TABARÉ



MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y PREVISIÓN SOCIAL

BIBLIOTECA ARTIGAS

Art. 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950

COLECCIÓN DE CLÁSICOS URUGUAYOS

Vol. 18

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN

TABARÉ

Preparación del texto a cargo de
ANGEL RAMA y ANTONIO PRADERIO

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN

TABARÉ

. . . .
"in iniquitatibus conceptus sum;
et in peccatis concepit me mater mea".
EL REY PROFETA.

Prólogo de
ALBERTO ZUM FELDE

MONTEVIDEO
1956



PRÓLOGO

Aun cuando "Tabaré" sea la obra más representativa de la poesía épica hispanoamericana, de tema indígena, escrita dentro del ciclo romántico (si bien en sus postrimerías), y por tanto aquella cuya fama ha sobrevivido a su época, entre las muchas más o menos frustráneas de sus congéneres, es evidente que no puede ser juzgada, a esta altura del siglo, sino en su perspectiva de relatividad histórica. Vale decir, que es necesario considerarla en gran parte, como expresión del gusto literario de una época, así en lo que atañe a su concepción como a su estilo; y en cuanto signo del estado de alma dominante en su tiempo, que tal es, siempre, en el fondo, toda gran modalidad estética universal. Pues así como se dan entre tales expresiones literarias de época, aquéllas, la mayoría, que no pueden vivir sino en su propio clima psicológico, temporal, siendo sólo materia histórica fuera de él, se dan también las que perduran, ya por sus virtudes intrínsecas intemporales, ya como formas típicamente representativas de una tradición, por haber alcanzado un grado de acendramiento mayor en su propio estilo, (sin llegar, empero, a la categoría de lo genial, que está fuera y por encima de toda condición). Tal sería el caso de "Tabaré".

El criterio de relatividad en el juicio póstumo de valor, es tanto más imprescindible tratándose de obra de esencia lírica —aun cuando sea épica su materia— como ocurre en el poema de Zorrilla de San Martín, ya que es en lo lírico donde aquel módulo subjetivo de época, que determina el gusto estético, se ejerce en modo más directo y por sí. En efecto, dos móviles inspiran la creación de este poema: objetivo, histórico, el uno; lírico, elegíaco, el otro. Por una parte, la representación poemática de la conquista del territorio indígena por los españoles, el choque del alma primitiva, selvática, de la raza aborigen, con la civilización cristiana de los adelantazgos; por otra parte, un canto elegíaco por el destino de aquellas tribus oscuras, desaparecidas, entonces dueñas de sus comarcas, de "aquella raza que pasó desnuda y errante por mi tierra", de aquel "pueblo sin redención y sin historia, — sin tumbas y sin lágrimas". De ahí el doble carácter épico-lírico del poema; de ahí que, si en su argumento se formaliza la primera de esas finalidades, la segunda prevalezca en su tono.

Ya su primer crítico importante, don Juan Valera, en aquellas sus célebres "Cartas Americanas", había observado esta doble naturaleza del poema, atribuyéndole, por tal, mérito de originalidad. "Lo nuevo en Zorrilla de San Martín —decía— es que, con ser su "Tabaré" una narración, en parte de ella, en la primera parte sobre todo, narra y casi no narra. Parece el poema, bella serie de poesías líricas, en las cuales la acción se va desenvolviendo". La novedad que en ella encuentra el crítico español de la época, esa fusión de ambas categorías, intrínsecas y formales, se refiere a aquello que, en "Tabaré", se aparta de la secular tradición retórica del Clasicismo rena-

centista, por cuya severa norma de objetividad el poeta épico mantiene la actitud de un demiurgo creador. Comprobemos que, en efecto, siendo ello cierto con respecto a la historia de la literatura, confiere al poema de Zorrilla una innegable originalidad genérica, la que es título más al interés en la estimativa de la posteridad, asignándole lugar propio en el cuadro de la fenomenología literaria de América. Y ello, sin apartarnos del romanticismo y cuanto, de común, tiene, en otros aspectos, con tal modalidad de época en estos países.

Pero, no ha de olvidarse que esa característica procede, en cierto modo, de la fuente de Ossian. Percíbese claramente en "Tabaré" el influjo estético de aquella épica brumosa, impregnada de lirismo, que trajo al mundo el supuesto bardo celta, la sugestión de cuyos "Poemas" fuera tan poderosa en la iniciación del movimiento romántico europeo. Zorrilla de San Martín amaba a Ossian —vivo aún el culto de su genial impostura— y estaba profundamente empapado de su grandeza melancólica; tanto que, a tiempo mismo de concebir "Tabaré", vertía al verso castellano fragmentos de aquella ficción nórdica, insertos luego en la "Revista de la Academia Literaria del Uruguay", publicación del centro católico así nombrado, que apareció de 1890 a 1892.



La posición de "Tabaré" dentro de la historiología literaria americana es de espécimen. Varias fueron las tentativas emprendidas en la región del Plata, durante el siglo XIX, para dar vida literaria inmortal

al tema autóctono. El movimiento romántico traía en sí mismo, desde su propio origen —y aun puede decirse que tal era su razón de ser, en el sentido histórico— la tendencia imperativa hacia el tema de carácter y tradición nacionales, apartándose de la motivación mítica greco-romana, tanto como del canon formal del gusto académico. Puesto que la "revolución romántica" —que Mme. de Stael se trajo "de l'Allemagne", en sus valijas— fue, en verdad, un movimiento de emancipación del genio nacional de cada pueblo, con respecto a la uniformidad retórica del modelo latino, los románticos hispano-americanos, movidos por tal principio, se esforzaron, ante todo y desde el comienzo, por realizar la épica americana, inspirándose en la naturaleza y la historia del Continente.

Así, Esteban Echeverría, iniciador del movimiento en el Plata, da también ejemplo inicial, escribiendo "La Cautiva", "Insurrección del Sur", "Avellaneda" y otros ensayos de épica nativa. La pauta es seguida de inmediato, en el Uruguay, por Adolfo Berro y por Juan Carlos Gómez, de la generación más joven de la época, que a Echeverría tenía por caudillo, con sus breves ensayos poemáticos "Liropeya" y "Figueredo". Poco más tarde, Magariños Cervantes intenta otra vez en "Celiar", fijar en la inmortalidad del bronce épico —*aere perennis*— la errante sombra del genio americano.

Pero ninguno de esos y de otros generosos empeños —citamos sólo los principales— alcanzó la meta literaria a que aspiraban. Gauchos e indios son puestos en escena; pinturas de la pampa, de los Andes, del Plata, de los bosques, fingen las bambalinas de la acción. Pero así estas descripciones de la natu-

raleza como las figuraciones de aquellos tipos nativos, se resienten de igual falsedad literaria. No son sino adaptaciones de los modelos transatlánticos, y se limitan a vestir con las plumas del indio o el chiripá del gaucho a los héroes del poema y la novela europeos. Puede decirse que, fuera de algunas exterioridades pintorescas: nombres, usos, costumbres, nada hay de sustancialmente americano en esa literatura. Tratamos ahora de la épica; pero conviene recordar que lo mismo, o peor, ocurre en la lírica. Los "Cantos del Peregrino", de Mármol —que, con "Los Consuelos" de Echeverría, asumen la máxima representación del alma romántica de aquel período en el Plata— no son más que un reflejo, muy pálido, de Lamartine o del "Childe Harold", el de las peregrinaciones, precisamente. Al igual del noble proscripto argentino, el uruguayo Juan Carlos Gómez navega, en su lírica proscripción voluntaria, por el mar desolado y proceloso de las reminiscencias byronianas. A tal déficit, es preciso sumar la flojedad del lenguaje poético, mortalmente enfermo de trivialidad y de ripio, cuya culminación infeliz hállase en los versos de Magariños Cervantes.

El americanismo literario de la promoción romántica que llena de sus voces el agitado correr del siglo XIX, fue sólo una entusiasta profesión de fe, contenida toda en los manifiestos y los prefacios. Se frustró en la obra de creación, porque faltó a aquellos varones, de generoso aliento cívico, ese soplo de talento intuitivo que inspiró las páginas del "Facundo" —su excepción—, del "Martín Fierro", de "Ismael", a los que es preciso llegar si se quiere encontrar la genuinidad de lo americano platense. Pero Sarmiento, Hernández, Acevedo Díaz, operaron con el

barro vivo de la realidad que tenían a mano: el gaucho, el caudillo, la pampa, los montes, entonces todavía en la plenitud de su imperio autóctono, muy luego transformado. Zorrilla de San Martín, en cambio, tuvo que operar con una realidad ya muy lejana, ya muerta en el tiempo e imaginativamente reconstruída, por lo que su labor se presentaba más difícil y peligrosa. Su peligro mayor era caer en la misma falsedad literaria de sus antecesores, transportando al escenario indígena del siglo XVI los personajes de Chateaubriand o de Hugo. Y peor aún, como ocurrió con más frecuencia, moviendo indios de ópera italiana, en un escenario de cartón. Haber logrado salvar ese mortal escollo literario en el que habían naufragado todos, hasta entonces, es su gran mérito. No es que su poema esté enteramente libre de esos defectos; pero lo genuino supera en él a lo falso y lo relega.

La crítica española, por la autoridad del ya citado don Juan Valera, consagraba a "Tabaré", en los días mismos de su aparición, hacia 1890, diciendo en rotundo juicio: "Prescindiendo de novelas como las de Cooper y descripciones en prosa, en libros científicos y en relatos de viaje, yo creía que, en poesía versificada, concisa por fuerza y en que no caben menudencias analíticas, los brasileños tenían hasta ahora la primacía en sentir y expresar la hermosura y la grandeza de las escenas naturales del Nuevo Mundo. Leído "Tabaré", me parece que Juan Zorrilla de San Martín compite con ellos y los vence".

Algunos años van transcurridos desde que el castizo ingenio español que tan preferente atención dedicara a las letras sudamericanas en su tiempo, escribió ese juicio consagratorio, que fue casi unáni-

memente compartido durante un cuarto de siglo por toda la opinión culta del mundo de habla castellana, citándose el poema del Zorrilla uruguayo como la producción magistral en su género. Posteriormente, el imperio de nuevos criterios literarios, más alejados de la atmósfera romántica del XIX (en América), han tendido a reconocer primacía —en cuanto a originalidad y vigor del tema americano se refiere— a obras como las ya citadas, un tanto invaloradas todavía en los días en que Valera pontificaba; y más acordes con los gustos estéticos del siglo, que se han ido distanciando de la manera de "Tabaré".

Pero los gustos y las escuelas cambian; y es deber de la crítica esforzarse en superar el plano de esas limitaciones temporales, para poder estimar, en su medida, *aquello que, en las obras, haya de validez permanente, es decir, de "clásico"*. Es lo que intentamos en estos escolios.



El mestizo Tabaré, que da nombre al poema, es una total ficción del autor; no pertenece ni a la historia ni a la leyenda. La finalidad del poeta, al concebirlo, fue encarnar y simbolizar en él, el choque y fusión de las dos razas, de las dos almas, la salvaje y la cristiana. Tal símbolo, a la par que concilia en el sentimiento patrio su doble culto por el pueblo aborigen y por la cultura hispana, representa el sentimiento histórico de la fusión de ambos elementos en el perfil genealógico de la Conquista. Y como la tradición no le daba al autor personaje alguno representativo del tal concepto, tuvo que inventarlo, creán-

dolo a la manera como el novelista crea sus personajes, por inducción imaginativa y en virtud del paradigma caracterológico que ha concebido. Con ello, es evidente que el autor se aparta de las normas clásicas del género; pues la poesía épica, epopéyica, tiene siempre como protagonistas al héroe histórico o legendario —de vida popular—, moviéndose la máquina de la ficción en torno a él. Al revés de ello, y más de acuerdo con el procedimiento de la novela histórica, Zorrilla de San Martín invierte los términos: crea su personaje concreto por abstracción imaginativa y en torno a él mueve la realidad histórica.

Hay, sin embargo, una diferencia grande entre la entidad del personaje representativo creado por el novelista y la del protagonista del poema que comentamos. El novelista tiene siempre, como base real de su creación imaginaria, los datos concretos aportados, ya por la observación directa, ya por la documentación histórica, el testimonio de la época. En el mestizo Tabaré no se da tal fundamento de caracteres, pues no existe testimonio ni tradición de un tipo de mestizo tal como lo presenta el poeta. Tabaré es, pues, íntegramente, un producto imaginativo del autor, que ha operado sólo con ideas, con inducciones, y en virtud de la concepción poético-histórica que es su entelequia.

Dadas las circunstancias y la anécdota imaginadas por el autor —y, en especial, esa reminiscencia de su llorosa madre blanca, y de su infancia arrullada por oraciones, flotando en su subconsciente— Tabaré es, empero, un personaje verosímil; y esta verosimilitud de caracteres salva, en cierto modo, la ausencia de aquella verdadera entidad histórica pro-

cedente de la tradición en que se basa la poesía épica. Pues conviene señalar, además, que la acción misma del poema, la anécdota central, no es tampoco hija de la tradición o de la historia, sino, también, puramente imaginaria y concebida por el autor para la realización de su designio. El procedimiento novelístico sigue rigiendo. Pero también de ello cabe decir que ese rapto de la mujer blanca por el cacique indígena y el nacimiento del mestizo Tabaré, híbrido de sus sangres, pudo haber ocurrido, puesto que se sabe que ocurrieron casos semejantes en los asaltos que los indígenas llevaban a los fortines y poblaciones de los españoles, en los primeros años de la Conquista. Sólo podría objetarse, tal vez, (por menos verosímil) esa presencia y abandono de Magdalena en la playa, al huir la hueste española derrotada por el ataque indígena. Lo mismo cabe decir del segundo y tercer raptos, el de Blanca por Yamandú y por Tabaré, aun cuando en éste ya interviene el elemento fantasioso puro, como es la actitud sentimental del mestizo hacia la mujer hispana, en virtud de las características biográfico-psicológicas de que el autor ha dotado al protagonista.

Cierto es que la carencia misma de tradición épica, en lo que se refiere a ese período de la historia uruguaya, obligaba al poeta a inventar su personaje y su argumento. Del pasado indígena y de las luchas del aborigen con el conquistador, ninguna leyenda quedaba en la tradición popular ni en las páginas de los cronistas que no fuese de carácter puramente militar, exceptuando el episodio de Liropeya, que narra el Arcediano Barco Centenera en su pesado cronicón en verso, y que ya había dado tema al breve ensayo poemático de Adolfo Berro, en 1838.

Pero el episodio heroico-amoroso de Liropeya no servía al intento de Zorrilla de San Martín; no porque en sí y en torno de él no hubieran todos los elementos necesarios para dar forma al poema hispano-indígena, sino porque la idea poemática del autor requería un personaje que uniera en su alma contradictoria y atormentada de mestizo los caracteres de ambas razas.

En la realidad histórica, el fenómeno del mestizaje, en lo que respecta al Uruguay, no da los caracteres de que Zorrilla dota a su personaje epónimo. Pero hay que tener en cuenta que Tabaré es sólo un símbolo poético y no una realidad histórica. Tabaré, híbrido de ojos azules y de cuerpo de bronce, extraña sombra de pelo hirsuto y de corazón blando, es, en verdad, un héroe típico de la literatura romántica, digno hermano de la progenie similar europea. En su alma oscura —*animula vagula*— se confunden la primitividad salvaje de su tribu y la sentimentalidad caballeresca de los héroes cristianos. Eso fue, precisamente, lo que quiso hacer el autor, aunque en la realidad no se haya dado el caso. Los mestizos indohispanos que conoce la historia, o la tradición recuerda, fueron rudos gauchos de nuestras guerras y de nuestras faenas de estancia, cuando no matreros o milicos. Pero la concepción cristiano-romántica del poema requería ese personaje esencialmente lírico.

Tabaré ama a Blanca, la doncella española, con ese amor puro, hecho de casta adoración y de sublime sacrificio, que es rasgo característico en la literatura romántica. Podría observarse que el autor incurre en cierto anacronismo, puesto que da a un mestizo del siglo XVI rasgos característicos del estado de alma europeo de tres siglos más tarde, de aquél en que el

autor concibe y escribe el poema, dotando al personaje creado de su propia sentimentalidad. Sin embargo, y aun reconociendo que lo predominante en la concepción de esta figura es su valor simbólico y que, por tanto, él representa una verdad poética más que una verdad estrictamente histórica, advertiríase que, a la luz de la más avanzada ciencia psicoanalítica de nuestros días, la casta pasión del mestizo por la doncella española puede tener su entera explicación en aquella profunda reminiscencia de infancia; "era así como tú la madre mía...". El autor sólo quiso encarnar en la individualidad flotante y un tanto fantasmal de su protagonista el conflicto de las dos razas, de las dos almas, pugnando dentro del ente fronterizo y errabundo; pero, acaso su intuición poética llegó a crear un ente de verdad, en el campo ideal de la alegoría.



Como en todo poema épico por su argumento, distínguense en "Tabaré" dos planos de realización: el de primer término, en que interviene el protagonista, y configura el argumento propiamente dicho; y el otro, el ambiental, con su descripción de cuadros naturales o históricos y sus episodios complementarios, en los que el protagonista no interviene. Es precisamente en este segundo plano donde el poema de Zorrilla acusa una más decidida e incontestable superioridad literaria sobre todos sus congéneres, por la autenticidad del carácter. Todos los elementos que en él aparecen —paisajes, figuras, escenas— trasuntan, de modo fiel, la realidad de la historia y del

ambiente, y constituirían por sí solos el verdadero poema de la doble conquista del territorio indígena por los guerreros y por los frailes españoles; más por los segundos que por los primeros, ya que, de los hechos, surge que el sometimiento de estos indios —los del Uruguay— y la fundación de las primeras poblaciones, fueron obra, más que de la bravura de las armas, de la dulzura catequística de los misioneros.

Claro está que esta comprobación no reza con los charrúas, la más belicosa e irreductible de las tribus que poblaban este territorio, y a la que, precisamente, se refiere el poema de Zorrilla, por haber sido, también, la de más fuerte carácter, la de personalidad más acusada dentro de su oscuro salvajismo. La vida original de esta extraña raza aborigen, en el escenario selvático y desierto, con sus sombrías supersticiones mágicas acerca del mundo y de la muerte, con sus feroces y lúgubres ceremonias guerreras y funerarias, está dada, en "Tabaré", en su genuinidad, y por primera vez en la literatura americana. La otra vez, y la última, en que se da lo indio auténtico, es en "Martín Fierro". Pero entre el salvajismo crudo de los indios que aparecen en el poema magistral de la Pampa y los que figuran en éste, el de los montes uruguayos, media la diferencia de tonalidad que va del realismo del uno al romanticismo del otro. Es de advertir, sin embargo, que el romanticismo poético no resta, en esta parte del poema de Zorrilla, ningún valor sustantivo a la verdad del carácter; sólo lo envuelve en una atmósfera de sueño.

La pintura de la naturaleza —completando aquello de "la hermosura y grandeza de las escenas na-

turales del Nuevo Mundo"—, con sus montes vírgenes, sus riberas silenciosas, sus desiertas colinas, su flora y su fauna indígenas, pintura a la que se mezcla, para darle más típico y original colorido, multitud de voces de la lengua gutural charrúa —discreta y oportunamente empleada— es, en verdad, la más verídica de la poesía americana de aquel período, en su doble veracidad: objetiva y poética. El autor logra hacernos respirar aquel aroma virginal y áspero de la tierra que "aún vivía su salvaje primavera", y guardaba su primitivo soplo anímico, aquella "sonrisa de Dios de que nacieron", como dice en su verso.

La descripción del asalto al villorrio español por los charrúas, cuya horda mandan sus famosos caciques; los salvajes funerales del jefe muerto en la pelea, entre hogueras y alaridos; la aparición de Yamandú, el brujo, saliendo de la espesura, y su proclamación como nuevo jefe de la tribu; el rapto de Blanca, la española, por Yamandú, durante el entrevero y la matanza, y el furor vengativo del capitán Gonzalo; estos y otros episodios de vigoroso relieve que forman ese segundo plano de la acción, componen el verdadero cuadro épico del poema. La vida de la raza indígena está en ellos; está, asimismo, en ellos, el carácter de la raza conquistadora.

Para la realización de toda esta parte del poema, Zorrilla se documentó concienzudamente acerca de los caracteres, costumbres, lenguaje, y demás formas, así de los hispanos como de los indígenas; sobre todo de estos últimos, cosa que no parece haber preocupado mayormente a sus antecesores. Se pasó bastante tiempo, de claro en claro y de turbio en turbio, consultando los amarillentos cimelios en que, por aquel entonces —cuando aún no existían las reedi-

ciones vulgares— se guardaban los prolijos cronicones del tiempo de la Conquista, y en especial los trabajos de los jesuitas de las Misiones, que fueron, como es sabido, los más sagaces y pacientes estudiosos de la primitiva vida americana de esta región tupí-guaranítica Y si algo hay en el poema de Zorrilla que no encaje estrictamente en la verdad histórica, fruto es, no de su desconocimiento de los elementos reales de la época, sino del arbitrio poético de su imaginación, al crear el mito expresivo del propio sentimiento.

Yamandú es el indio más auténtico de toda la poesía hispano-americana, una real encarnación del tipo aborigen, de su taciturna fiereza ancestral, de su misteriosa hechicería; hirsuto y tenebroso, brilla en sus ojos el fuego lúgubre de las hogueras rituales; sus pupilas apuntan como flechas mortales entre la maleza y su palabra es de una ruda inspiración atávica. Lástima que su intervención sea sólo episódica! Según el plan y espíritu del poema, él, el cacique charrúa, debe desaparecer, para dejar su lugar al mestizo Tabaré, engendro mítico, híbrido de ojos azules y dura crencha salvaje, ficción lírica en cuya sangre india flotan reminiscencias del cielo cristiano.



Dándonos, "Tabaré", una interpretación romántica del tema indígena, tenía que ser, necesariamente, un poema de esencia lírica más que épica; y, aún más: dentro de lo lírico, lo elegíaco. El tono de la elegía es predominante en cuanto se refiere a Tabaré, al personaje y a su desventura. En concordancia y unidad con la

concepción y los rasgos del protagonista, el verso es, en general, y salvo ciertos pasajes más recios, de estructura y modulación blandas, tristes, tendiendo más a la dulzura que al vigor. Predomina en su musicalidad, de violines y flautas, el tono que corresponde al sentimiento mismo de la obra; y la estrofa tiene, en mayoría, ese contorno leve, suspirante, como fugaz, que caracteriza la suave manera becqueriana. Bécquer era otro de los cultos poéticos de Zorrilla de San Martín, y su influencia es perceptible inmediatamente en toda la versificación de "Tabaré", casi todo escrito en cuartetos, en su mayor parte alternando los endecasílabos graves con los heptasílabos graves y agudos, estrofa ésta favorita de aquél que introdujo en la poesía castellana los "suspirillos germánicos" (dijera el prosaico dirigente del Banco de España, sí que a ratos campanudo versificador), y que su influencia puso de moda entre los románticos hispano-americanos de la época. Tal dulzura de tono, predominante en el poema, contrastaría y parecería inapropiada en un poema épico, si lo entendemos en el sentido de lo heroico y sugerido por la naturaleza histórica del tema: la conquista guerrera de un territorio, la lucha a muerte de dos razas. Sin embargo, corresponde íntimamente al lirismo con que el autor sintió y trató el asunto, haciendo de "Tabaré" ese poema esencialmente sentimental, cuyo *pathos* romántico —que alcanza alta tensión en muchos pasajes de la obra— culmina en aquel llanto y aquel rezo de la última estrofa.

Es natural que, habiendo nacido "Tabaré" —por designio del autor— privado de la presencia y de la acción del héroe, como protagonista, el poema se resienta, desde luego, en gran parte de la fuer-

za y la grandeza que sólo el heroísmo puede engendrar. Así vemos que la presencia de Yamandú, personaje de índole heroica, aunque salvaje, determina el momento más enérgico y recio del poema, tanto en la acción como en el verso. La fuerza del fiero "tubichá" se comunica al poema y vigoriza su estrofa. Son también, de un apropiado, vigoroso tono, las escenas de guerra entre indios y españoles, tales como el asalto al fortín; y es asimismo, más enérgica y majestuosa que en lo general, la Introducción, de tono inspirado, con esa inspiración típicamente romántica que tiende a la elocuencia, aunque sin caer del todo en ella, y no obstante algunos versos flojos que la afean en parte.

Un defecto frecuente en la forma de este poema es la impropiedad de ciertas imágenes, en relación con la índole del motivo a que se aplican; defecto, decimos, aunque pudiéramos decir sólo característica, pues que proviene de la disparidad que se produce en ciertos momentos entre la naturaleza recia del tema y la sentimentalidad excesiva del acento. Ejemplo típico de ello nos lo da —en el rapto lírico de la última parte del Canto I— cuando compara "aquella raza que pasó desnuda y errante por mi tierra", con "el eco de un ruego no escuchado — que camino del cielo el viento lleva". A los dos primeros versos, fuertes, de esa estrofa, suceden los otros dos, becquerianos, evidentemente muy dulces e inadecuados. Nada menos congruente con la idea de aquella raza charrúa, dura y guerrera, que ese aéreo, blando ruego, de modulación tan tierna y vagorosa. No obstante, todo ese pasaje, como otros, de inspirado carácter lírico, es de lo más vibrante del poema. Mas, felizmente, como ya anotamos, se mantienen en un

congruente tono épico todos los episodios guerreros; lo cual, después de todo, conserva en el poema cierto dualismo alterno de estilo, dentro de su modalidad épico-lírica.

Este esbozo de revisión crítica de "Tabaré", a la luz de la conciencia contemporánea, discerniendo lo que en él hay de caduco y de perenne, sólo procura fijar su posición de validez entre los "clásicos" de la tradición literaria nacional, teniendo en cuenta aquella perspectiva de relatividad histórica a que nos referíamos al comienzo.

Julio de 1955.

ALBERTO ZUM FELDE.

CRITERIO DE LA EDICIÓN

Tabaré ha sido impreso numerosas veces en vida del autor, siendo las principales ediciones, las siguientes: Montevideo, Barreiro y Ramos, 1888, Nueva ed. Montevideo, A. Barreiro y Ramos, 1889, 3ª ed. Madrid, Libr. de Fernando Fe, 1892, 5ª ed México, Libr. Nacional y Extranjera de Eusebio Sánchez Terrazas, 1892, Novísima ed México, Buenos Aires, Habana, Maucci Hnos., 1905, 5ª ed Buenos Aires, Libr. Nacional y Extranjera, 1911; 5ª ed. Buenos Aires, Lib. Internacional, 1912; Novísima edición corregida por el autor. Montevideo, Claudio García, 1918, Novísima edición corregida por el autor. Montevideo, Libr Nacional A. Barreiro y Ramos, 1923, 3ª ed Barcelona, Ed Cervantes, 1927; 4ª ed. Barcelona, Ed. Cervantes, 1929, Novísima edición corregida por el autor. Montevideo, Imp. Nacional Colorada, 1930. (Tomo 2º de las *Obras Completas*)

Para la presente edición, se ha utilizado el texto de la publicada por A. Barreiro y Ramos en 1923 —último que registra variantes de importancia con relación a los anteriores— y que fue luego reproducido en las *Obras Completas* (1930), aunque con varias erratas.

Se ha seguido fielmente el texto citado, corrigiendo alguna errata o estableciendo la lectura más correcta de ciertos versos dudosos, de acuerdo con la lección más reiterada en las ediciones anteriores. De él también se ha conservado la división en cantos y partes, que señala diferencias, aunque de escasa entidad, con la de la primera edición. En materia de acentuación, se han aplicado los criterios modernos, supeditándolos siempre a la medida y acentos del verso: así, se respeta *intérvalos*, y se acentúa *aún* en todos los casos en que el verso requiere dos sílabas en esta palabra, sin atender a su significado como evidentemente hace el propio Zorrilla de San Martín Asimismo se mantiene el acento enfático —reiteradamente usado por el autor— en el adverbio de negación *nó* En cuanto a la puntuación, se ha conservado la establecida en 1923, introduciendo alguna corrección cuando la claridad del texto parecía exigirlo.

En la portada, se ha restablecido el epígrafe, que luego de figurar en las tres primeras ediciones del poema, fue suprimido en las siguientes, para reaparecer en la de 1930

Como apéndice, se inserta el artículo *El libreto de "Tabaré"*, que fue publicado por Zorrilla de San Martín en "Mundial Magazine" (Paris, diciembre de 1912), y más tarde reproducido, con variantes, en las ediciones de 1918 y 1923 Se sigue el texto que figura en la edición de 1923, ya que el que recogen las *Obras Completas*, carece de los dos últimos párrafos del trabajo.

TABARÉ

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN

Nació en Montevideo el 28 de diciembre de 1855, hijo de Juan Manuel Zorrilla de San Martín y de Alejandrina del Pozo. Entre 1865 y 1873 cursa estudios en Santa Fe y Montevideo En 1877 se licencia en Leyes y Ciencias Políticas en Chile Hacia 1872 se inicia en la literatura. Más tarde escribe en "La Estrella de Chile", y publica *Notas de un himno* (1877).

Regresa a Montevideo en 1878, contrae matrimonio con Elvira Blanco e ingresa en la magistratura. Obtiene la Cátedra de Literatura de la Universidad. Funda y dirige "El Bien Público" En 1879, da a conocer el poema *La leyenda patria* en la inauguración del Monumento a la Independencia (Florida).

Bajo el gobierno de Santos, es perseguido por su actividad periodística Emigra a Buenos Aires en 1885 y participa en los preparativos de la Revolución del Quebracho. Enviuda en 1877 y regresa a Montevideo Es elegido diputado para la XVI Legislatura (1888-1891) Publica en 1888 el poema *Tabaré,* del cual había hecho conocer fragmentos en 1883 y 1886. En 1889 contrae segundas nupcias con Concepción Blanco.

En 1891 es designado Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario ante España y Portugal Con igual jerarquía pasa en 1894 a la Legación de París, y desempeña en 1897 una misión especial ante la Santa Sede Separado de su cargo bajo Cuestas, regresa a Montevideo en 1898. Reasume la dirección de "El Bien", publica *Huerto cerrado* (1900), y dicta la Cátedra de Derecho Internacional Público, hasta 1904.

Nombrado Jefe de Emisión del Banco de la República en 1903, en él actúa desde 1905 como Delegado del Gobierno. Este año abandona la dirección de "El Bien", y ocupa la Cátedra de Teoría del Arte en la Facultad de Matemáticas. En 1907, el Gobierno le encarga una memoria sobre la personalidad de Artigas, la cual se convirtió en *La epopeya de Artigas* (1910).

En 1916 es electo para la Convención General Constituyente, representando a la Unión Cívica. Publica *Detalles de la historia rioplatense* (1917) y *El sermón de la paz* (1924) En 1925 se le tributa un homenaje nacional. Edita en 1928, *El libro de Ruth* y fallece en Montevideo el 3 de noviembre de 1931.

Fuera de los títulos mencionados, Zorrilla de San Martín publicó en vida las siguientes obras. *El Bien Público. Diario Católico* (Mont. 1878); *¡Jesuitas! por Paul Feval y ¡Jesuitas! por Juan Zorrilla de San Martín* (Mont. 1879), *Ofelia* (Mont. 1880), *Descubrimiento y conquista del Río de la Plata* (Madrid, 1892), *Resonancias del camino* (París, 1896), *Conferencias y discursos* (Mont 1906); *Discurso del Monumento* (Mont. 1923); *Hispano americanismo* (Mont. 1925); *Obras completas* (Mont. 1930) Luego de su muerte han aparecido: *Las Américas* (Mont. 1945), *Maris Stella* (Mont. 1951) y *Discursos, artículos y notas de Derecho Internacional Público* (Mont. 1955).

A MI ESPOSA

ELVIRA BLANCO DE ZORRILLA

Te dedico TABARÉ... *¿Y qué he de hacer?*

Si fuera a esperar la época en que podré o no producir algo digno de ti, tendría que renunciar a la satisfacción de escribir tu nombre, que me es tan querido, al frente de una de mis obras.

Te lo dedico, pues; a ti, la inspiradora de aquellos mis primeros cantos de amor que aún me parece escuchar a la distancia, como una serenata que acaba de pasar por mi lado, y cuyos acordes lejanos se desvanecen en una queja llena de melancolía.

Viejo ya, aunque sin canas y quizá sin muchos años, siento llegar hasta mí, fundidas en un solo acorde, las últimas notas de aquellos mis cantos de adolescente, y las primeras risas de nuestros hijos. Hay algo de todo eso en la inspiración que ha dado vida, más o menos efímera, a este poema; hay, por consiguiente, mucho que es tuyo; tu espíritu y el mío palpitan identificados en él

Sin duda por eso he mirado a TABARÉ *con predilección; tú lo sabes, pues ha sido tu rival durante muchas de esas pocas horas que el trabajo incesante o las preocupaciones de mi agitada vida me han dejado libres, y que hubieran sido tuyas y de nuestros hijos, si no me las hubiera reclamado con derecho el pobre indio, soñada per-*

sonificación de una estirpe muerta, que, cuando menos, tiene derecho a nuestra compasión.

¡Cuántas veces, aunque no muy de grado, ahuyentaste de mi mesa de labor a nuestra querida y bulliciosa caterva, para hacer silencio en torno de la cuna de mi charrúa! Quiero devolverte esas horas, dedicándote la obra a que ellas fueron consagradas.

Lee, una que otra vez, a nuestros hijos, algunas de las estrofas de este pedazo de historia de nuestra patria, de esta su hermosa patria uruguaya, que, con tanto tesón, les enseñamos a amar después de Dios. Si ellos llegaran a advertir que esta página íntima está fechada en el destierro, recuérdales, pues tú lo sabes, que no debe culparse de ello a la patria, y enséñales a preferir siempre el sufrimiento, que tú has sobrellevado conmigo, al abandono de su misión moral en la tierra.

No sin algún pesar me separo de TABARÉ *para darlo al público Él ha sido mi compañero inseparable y bueno durante estos últimos años de tantas amarguras para mi espíritu, y, lo que es peor, de tantas desgracias para nuestro país. Pero va a tus manos, y esto hace menos sensible la despedida.*

Que tú quieres también un poco a mi indio; que tú lo mirarás con menos indiferencia de lo que él acaso merece, me lo demuestra el hecho de haber tú sentido una antipatía, y una repulsión invencibles hacia D. Gonzalo de Orgaz, porque lo hirió de muerte en el bosque.

Si a ti se te hubiera dado a elegir el desenlace de mi poema, yo bien me sé cuál hubieras elegido.

¡No podía ser!

No: tu idea era imposible. Blanca (tu raza, nuestra raza), ha quedado viva sobre el cadáver del charrúa.

Pero, en cambio, las últimas notas que escucharás en mi poema son los lamentos de la española y la oración del monje; la voz de nuestra raza y el acento de nuestra fe; la caridad cristiana y la misericordia eterna.

El poeta no puede decir mentiras, por más dulces que ellas sean.

¿Te ríes?

Pues, no te lo digo en broma. El arte es la verdad, la alta verdad inoculada en la ficción, como un soplo vivificante y eterno; de ahí que la verdad, lo real en el arte, no esté en la forma, como lo eterno del hombre no está en el cuerpo.

Y la prueba de ello la tienes en que la alta verdad, la excelsa realidad del pensamiento, alma de la creación artística, ha inmortalizado y conducido triunfantes, a través de los siglos, obras de formas diversas y hasta radicalmente opuestas; formas que recorren un diapasón tan extenso como el que media (te citaré dos obras que tú conoces), entre LA TEMPESTAD, *de Shakespeare, y* EL QUIJOTE, *de Cervantes.*

El arte contribuye poderosamente a la felicidad y al mejoramiento sociales, ¿sabes por qué?

¿Será porque copia o reproduce lo que existe materialmente, lo que todo el mundo ve y toca, y porque consigue despertar en el hombre las mismas impresiones que las escenas reales despiertan en él?

Todo lo contrario.

El arte contribuye al mejoramiento social porque, por medio de él, el común de las gentes participa de la visión de los hombres excepcionales, y se eleva y ennoblece en la contemplación de aquello cuya existencia no conocería, si el poeta no le dijera· levanta la frente: sube conmigo a las regiones de la belleza; la atmósfera es pura, porque acaba de atravesarla la tempestad del genio, que, como las tempestades de la tierra, purifica el ambiente.

En una palabra: el arte no es otra cosa que la reproducción sensible de la vida ideal.

Y la vida única de la inteligencia es la verdad, como la única de la voluntad es el bien.

De ahí que la sola fuente de belleza artística sea el pensamiento en que el bien se difunde y la verdad es-

plende; de ahí que, como antes te decía, el poeta no puede decir mentiras.

Yo debía, pues, decir la verdad en TABARÉ; *inocularla en el organismo literario que amasaba con el limo de nuestra tierra virgen y hermosa.*

No extrañes que haya elegido una verdad llena de inmensa tristeza: las que más aprietan el corazón, son las que más eficazmente lo exprimen; las que le hacen verter su jugo más íntimo.

El de mi alma va en TABARÉ; *por eso te lo ofrezco, en una fecha que nos es querida.* (1).

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN

Buenos Aires, 19 de Agosto de 1886.

(1) Después de escrita esta página, que respeto hasta en sus incorrecciones, y antes de darla a la prensa, mi esposa ha muerto. He bendecido la voluntad de Dios que me la dio y me la quitó: he ofrecido a Dios, como holocausto propiciatorio, los pedazos de mi corazón que Él destrozó. Con la absoluta evidencia de la fe, sólo veo en el dolor el nuncio de las divinas misericordias. — Sea.

INTRODUCCIÓN

I

Levantaré la losa de una tumba;
e, internándome en ella,
encenderé en el fondo el pensamiento,
que alumbrará la soledad inmensa.

Dadme la lira, y vamos: la de hierro,
la más pesada y negra;
esa, la de apoyarse en las rodillas,
y sostenerse con la mano trémula,

mientras la azota el viento temeroso
que silba en las tormentas,
y, al golpe del granizo restallando,
sus acordes difunde en las tinieblas;

la de cantar, sentado entre las ruinas,
como el ave agorera;
la que, arrojada al fondo del abismo,
del fondo del abismo nos contesta.

Al desgranarse las potentes notas
de sus heridas cuerdas,
despertarán los ecos que han dormido
sueño de siglos en la obscura huesa;

y formarán la estrofa que revele
lo que la muerte piensa:
resurrección de voces extinguidas,
extraño acorde que en mi mente suena.

II

Vosotros, los que amáis los imposibles;
los que vivís la vida de la idea;
los que sabéis de ignotas muchedumbres,
que los espacios infinitos pueblan,

y de esos seres que entran en las almas,
y mensajes obscuros les revelan,
desabrochan las flores en el campo,
y encienden en el cielo las estrellas;

los que escucháis quejidos y palabras
en el triste rumor de la hoja seca,
y algo más que la idea del invierno,
próximo y frío, a vuestra mente llega,

al mirar que los vientos otoñales
los árboles desnudan, y los dejan
ateridos, inmóviles, deformes,
como esqueletos de hermosuras muertas,

seguidme, hasta saber de esas historias
que el mar, y el cielo, y el dolor nos cuentan;
que narran el ombú de nuestras lomas,
el verde canelón de las riberas,

la palma centenaria, el camalote,
el ñandubay, los talas y las ceibas:
la historia de la sangre de un desierto,
la triste historia de una raza muerta.

Y vosotros aun más, bardos amigos,
trovadores galanos de mi tierra,
vírgenes de mi patria y de mi raza,
que templáis el laúd de los poetas;

seguidme juntos, a escuchar las notas
de una elegía, que, en la patria nuestra,
el bosque entona, cuando queda solo,
y todo duerme entre sus ramas quietas;

crecen laureles, hijos de la noche,
que esperan liras, para asirse a ellas,
allá en la obscuridad, en que aun palpita
el grito del desierto y de la selva.

III

¡Extraña y negra noche! ¿Dónde vamos?
¿Es esto cielo, o tierra?
¿Es lo de arriba? ¿Lo de abajo? Es lo hondo,
sin relación, ni espacio, ni barreras;

sumersión del espíritu en lo obscuro,
reino de las quimeras,
en que no sabe el pensamiento humano
si desciende, o asciende, o se despeña;

el caos de la mente, que, pujante,
la inspiración ordena;
los elementos vagos y dispersos
que amasa el genio, y en la forma encierra.

Notas, palabras, llantos, alaridos,
plegarias, anatemas,
formas que pasan, puntos luminosos,
gérmenes de imposibles existencias;

vidas absurdas, en eterna busca
de cuerpos que no encuentran;
días y noches en estrecho abrazo,
que espacio y tiempo en que vivir esperan;

líneas fosforescentes y fugaces,
y que en los ojos quedan
como estrofas de un himno bosquejado,
o gérmenes de auroras o de estrellas;

colores que se funden y repelen
en inquietud eterna,
ansias de luz, primeras vibraciones
que no hallan ritmo, no dan lumbre, y cesan;

tipos que hubieran sido, y que no fueron,
y que aun el sér esperan;
informes creaciones, que se mueven
con una vida extraña o incompleta;

proyectos, modelados por el tiempo,
de razas intermedias;
principios sutilísimos, que oscilan
entre la forma errante y la materia;

voces que llaman, que interrogan siempre,
sin encontrar respuesta;
palabras de un idioma indefinible
que no han hablado las humanas lenguas;

acordes que, al brotar, rompen el arpa,
y en los aires revientan
estridentes, sin ritmo, como notas
de mil puntos diversos que se encuentran,

y se abrazan en vano sin fundirse,
y hasta esa misma repulsión ingénita
forma armonía, pero rara, absurda,
música indescriptible, pero inmensa;

rumor de silenciosas muchedumbres;
tumultos que se alejan...
todo se agita, en ronda atropellada,
en esta obscuridad que nos rodea;

todo asalta en tropel al pensamiento,
que en su seno penetra
a hacer inteligible lo confuso,
a enfrenar lo que huye y se rebela;

a consagrar, del ritmo y del sonido,
la unión que viva eterna;
la del color y el alma con la línea;
de la palabra virgen con la idea;

todo brota en tropel, al levantarse
la ponderosa piedra,
como bandada de aves que, chirriando,
brota del fondo de profunda cueva;

nube con vida que, cobrando formas
variables y quiméricas,
se conträe, se alarga y se revuelve,
por sí misma empujada en las tinieblas.

Y así cuajó en mi mente, obedeciendo
a una atracción secreta,
y entre risas, y llantos, y alaridos,
se alzó la sombra de la raza muerta:

de aquella raza que pasó, desnuda
y errante, por mi tierra,
como el eco de un ruego no escuchado,
que, camino del cielo, el viento lleva.

IV

Tipo soñado, sobre el haz surgido
de la infinita niebla;
ensueño de una noche sin aurora,
flor que una tumba alimentó en sus grietas:

cuando veo tu imagen impalpable
encarnar nuestra América,
y fundirse en la estrofa transparente,
darle su vida, y palpitar en ella;

cuando creo formar el desposorio
de tu ignorada esencia
con esa forma virgen, que los genios
para su amor o su dolor encuentran;

cuando creo infundirte, con mi vida,
el sér de la epopeya,
y legarte a mi patria y a mi gloria,
grande como mi amor y mi impotencia,

el más débil contacto de las formas
desvanece tu huella,
como al contacto de la luz, se apaga
el brillo sin calor de las luciérnagas.

Pero te vi. Flotabas en lo obscuro,
como un jirón de niebla;
afluían a ti, buscando vida,
como a su centro acuden las moléculas,

líneas, colores, notas de un acorde
disperso, que frenéticas
se buscaban en ti; palpitaciones
que en ti buscaban corazón y arterias;

miradas que luchaban en tus ojos
por imprimir su huella,
y lágrimas, y anhelos, y esperanzas,
que en tu alma reclamaban existencia;

todo lo de la raza: lo inaudito,
lo que el tiempo dispersa,
y no cabe en la forma limitada,
y hace estallar la estrofa que lo encierra.

Ha quedado en mi espíritu tu sombra,
como en los ojos quedan
los puntos negros, de contornos ígneos,
que deja en ellos una lumbre intensa...

¡Ah! nó, no pasarás, como la nube
que el agua inmóvil en su faz refleja;
como esos sueños de la media noche
que en la mañana ya no se recuerdan;

yo te ofrezco, ¡oh ensueño de mis días!
la vida de mis cantos, que en la tierra
vivirán más que yo... ¡Palpita y anda,
forma imposible de la estirpe muerta!

LIBRO PRIMERO

CANTO PRIMERO

I

El *Uruguay* y el *Plata*
vivían su salvaje primavera;
la sonrisa de Dios, de que nacieron,
aun palpita en las aguas y en las selvas;

aun viste al espinillo
su amarillo *tipoy;* aun en la yerba
engendra los vapores temblorosos,
y a la calandria en el *ombú* despierta;

aun dibuja misterios
en el *mburucuyá* de las riberas,
anuncia el día, y, por la tarde, enciende
su último beso en la primera estrella;

aun alienta en el viento
que cimbra blandamente las palmeras,
que remece los juncos de la orilla,
y las hebras del sauce balancea;

y hasta el río dormido
baja, en el rayo de las lunas llenas,
para enhebrar diamantes en las olas,
y resbalar o retorcerse en ellas.

II

Serpiente azul, de escamas luminosas,
que, sin dejar sus ignoradas cuevas,
se enrosca entre las islas, y se arrastra
sobre el regazo virgen de la América,

el *Uruguay* arranca a las montañas
los troncos de sus ceibas,
que, entre espumas y grandes camalotes,
al *río como mar* y al mar entrega.

El himno de sus olas
resbala melodioso en sus arenas,
mezclando sus solemnes pensamientos
con el del blando acorde de la selva;

y al grito temeroso
que lanzan en los aires sus tormentas,
contesta el grito de una raza humana,
que aparece desnuda en las riberas.

Es la raza *charrúa*,
de la que el nombre apenas
han guardado las ondas y los bosques,
para que evoque el alma de un poema;

nombre que aun reproduce
la tempestad lejana, que se acerca
formando los fanales del relámpago
con las pesadas nubes cenicientas.

Es la raza indomable,
que alentó en esta tierra,
patria de los amores y las glorias,
que al Uruguay y al Plata se recuesta;

la patria, cuyo nombre
es canción en el arpa del poeta,
grito en el corazón, luz en la aurora,
fuego en la vida, y en el cielo estrella.

III

La encuentra el pensamiento, antes que el hombre
antiguo la sorprenda,
en lucha con la tierra y con el cielo,
y en su salvaje libertad envuelta.

Para ella, el horizonte cierra el mundo,
con un muro de piedra;
tras él, duermen las tardes y las lunas;
tras él, la aurora duerme y se despierta.

Cruza el salvaje errante
la soledad de la llanura inmensa,
y el amarillo tigre, como él hosco,
como él fiero y desnudo, la atraviesa;

el tigre brama; el indio
contesta en el silbido de su flecha.
¿Dónde va? ¿Qué persigue? Tras su paso,
sobre ese hermoso suelo, ¿qué nos deja?

¿Para él está formada
esa encantada tierra,
que a los diáfanos cielos de diciembre
retribuye una flor por cada estrella?

¿Para él, sus grandes ríos
cantando se despeñan
los himnos inmortales de sus olas?
¿Qué fue esa raza que pasó sin huella?

¿Fue el último vestigio
de un mundo en decadencia?
¿Crepúsculo sin día? ¿Noche acaso,
que surgió obscura de la luz eterna?

La eterna lumbre sólo engendra auroras.
La noche, las tinieblas
son ausencia de luz; la eterna noche
es sólo del Creador la eterna ausencia.

En esa raza, de un excelso origen
aun el vestigio queda,
como el toque de luz amarillento
que un sol que muere en los espacios deja.

Hay lumbre en esos ojos, siempre huraños;
fuego que encienden sólo las ideas;
mas la lumbre se extingue, y una raza,
falta de luz, se extinguirá con ella.

Nacida para el bien, el mal la rinde;
destinada a la paz, vive en la guerra...
Hojas perdidas de su tronco enfermo,
el remolino las arrastra enfermas.

IV

A las tribus lejanas
convocan las hogueras
que encendió *Caracé,* sobre las lomas,
como gritos de fuego y de pelea;

Caracé, en cuyo cuerpo
las heridas se cuentan
como las manchas en la piel del tigre,
y por eso le prestan obediencia;

Caracé, en cuyo toldo,
las pieles y sangrientas cabelleras
de los caciques *yaros* y *bohanes*
que su brazo arrancó, prueban su fuerza;

que tiene diez mujeres
que aguzan las espinas de sus flechas,
y los fuegos encienden de su toldo,
y el jugo de las palmas le fermentan.

Nadie sabe los fríos
que ha vivido el cacique; pero cuentan
que, allá *en el tiempo de los soles largos,*
al Uruguay llegó, desde la sierra

lejana, muy lejana,
que ve salir el sol, cuando las ceibas
en que hoy anida el águila, sentían
correr la savia en su primer corteza.

Ya entonces había visto
cruzar las lunas en las *horas lentas;*
pero aun es joven, cual si con sus manos
contar sus fríos *Caracé* pudiera;

aun en sus fuertes dedos,
es la maza de piedra
el brazo de la muerte, que, en las tribus,
derrama el frío que en los huesos queda.

V

¿Por qué el viejo cacique
a las tribus congrega,
toma la maza, y apercibe el arco
que nadie, sino él, cimbrar intenta?

¿Por qué, bajo sus párpados,
brilla con luz siniestra
la pupila, pequeña y prolongada,
en que se encienden sus miradas fieras?

¿Acaso los *bohanes*
la vencida cabeza
alzan de nuevo, y su guerrera lanza
del charrúa clavaron en la selva?

¿Acaso, al otro lado
del río como mar, las humaredas
se ven del indio *querandí,* y provocan
del Uruguay la tribu turbulenta?

Nó: Caracé no teme
que los indios se atrevan
a encender, junto al *Hum,* un solo fuego,
mientras seis lunas a brillar no vuelvan;

lo que hace que el cacique
ciña a su frenta estrecha
las plumas de avestruz, y ajuste el arco,
y, al par del fuego, su mirada encienda,

es que tendido estaba
en la playa desierta,
cuando vio que cruzaba por las islas
del *Paraná-Guazú,* piragua inmensa,

que, como garza enorme,
flotaba entre la niebla,
dando a los aires las extrañas alas,
y volando con rumbo a la ribera.

El Uruguay en vano
sale a su encuentro, y ladra bajo de ella;
en vano, con las olas encrespadas,
sus costados, airado, abofetea;

la nave avanza altiva;
lanza un grito del cielo que retiembla;
llega a la costa, y, agarrando al río
por la erizada crin, en él se sienta.

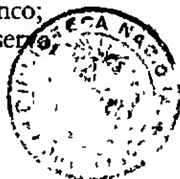
VI

A Caracé el cacique
han rodeado las tribus más guerreras;
y, entre el espeso matorral del río,
como banda escondida de luciérnagas,

los ojos de los indios fosforecen,
al ver, sobre la arena,
cómo descienden, de la extraña nave,
los hombres blancos de la raza nueva;

y cómo, dando al viento
y clavando en el suelo su bandera,
se agrupan en su torno, y, con sus voces,
la sorprendida soledad atruenan.

¡Extraños seres! Brillan
a los rayos del sol. Nada recelan.
Y las lomas los miran, y el barranco;
y el Uruguay se empina, y los observa;



y los indios ocultos
mutuamente se muestran,
con los brazos desnudos extendidos,
el grupo extraño que al jaral se acerca.

VII

Entre inmenso alarido,
una lluvia rabiosa de saetas
parte del matorral y de salvajes
un enjambre fantástico tras ellas.

La bola arrojadiza
silba, y choca del blanco en la cabeza;
muere el caído, y queda para siempre
amortajado en su armadura negra,

y, los que no cayeron,
huyen despavoridos por las breñas,
dejando sangre en la salvaje playa,
y una mujer en la sangrienta arena.
. . . .

VIII

Parece flor de sangre;
sonrisa de un dolor; es la primera
gota de llanto que, entre sangre tanta,
derramó España en nuestra virgen tierra.

Pálida como el lirio,
sola con vida entre los muertos queda.
Caracé, que a su lado se detiene,
con avidez felina la contempla,

mientras los rudos golpes
de las hachas de piedra,
del postrado español en la armadura
y en los cráneos inmóviles, resuenan.

IX

"De los guerreros muertos
vuestra será la hermosa cabellera;
su blanca piel ajuste vuestros arcos,
y sus dientes adornen vuestras tiendas;

y sus extrañas armas,
que brillan como el astro, serán vuestras;
y los *tipoys,* que sus espaldas cubren,
como las rojas flores a la ceiba.

Caracé sólo quiere
en su toldo a la blanca prisionera,
que de su techo encenderá los fuegos,
los fuegos del amor y de la guerra".

Tal hablaba el cacique,
en sus brazos llevando a Magdalena
al bosque solitario de los talas,
en que tiene su oculta madriguera.

X

Hermanos del dolor, bardos amigos,
trovadores galanos de mi tierra,
que me seguís en la jornada obscura,
al través del misterio de la selva:
ensayad en el alma
el acorde otoñal... la noche llega.

El acorde que suena cuando el ave
vuelve en silencio al nido que la espera,
y hasta el lirio más pálido del campo,
para dormir en paz, su broche cierra,
    y su perfume virgen
con el amor de otros perfumes sueña.

Vosotros, los que, al peso de la tarde,
inclináis tristemente la cabeza,
y amáis el cielo cuando en él agita
su ala tremante la primera estrella;
        calzaos las sandalias
con que hasta el alma del dolor se llega.

        Si el alma vuestra, ¡oh bardos!
bañada en el Jordán de la tristeza,
es pura, como la última palabra
que acaso os dijo vuestra madre muerta,
        llegaos en silencio
al tálamo sangriento de la selva...
Es ya de noche, los rumores lloran...
¡No despertéis a la española enferma!

CANTO SEGUNDO

I

¡Cayó la flor al río!
Los temblorosos círculos concéntricos
balancearon los verdes camalotes,
y en el silencio del juncal murieron.

Las aguas se han cerrado;
las algas despertaron de su sueño,
y la flor abrazaron, que moría,
falta de luz, en el profundo légamo...

Las grietas del sepulcro
han engendrado un lirio amarillento;
tiene el perfume de la flor caída,
su misma palidez... ¡La flor ha muerto!

Así el himno sonaba
de los lejanos ecos;
así cantaba el *urutí* en las ceibas,
y se quejaba en el sauzal el viento.

II

Siempre llorar la vieron los charrúas;
siempre mirar al cielo,
y más allá... Miraba lo invisible,
con los ojos azules y serenos.

El cacique a su lado está tendido.
Lo domina el misterio.
Hay luz en la mirada de la esclava,
luz que alumbra sus lágrimas de fuego,

y ahuyenta al indio, al derramar en ellas
ese blanco reflejo
de que se forma el nimbo de los mártires,
la diáfana sonrisa de los cielos.

Siempre llorar la vieron los charrúas,
y así pasaba el tiempo.
Vedla sola en la playa. En esa lágrima
rueda por sus mejillas un recuerdo.

Sus labios las sonrisas olvidaron.
Sólo salen de entre ellos
las plegarias, vestidas de elegías,
como coros de vírgenes de un templo.

III

Un niño llora. Sus vagidos se oyen,
del bosque en el secreto,
unidos a las voces de los pájaros
que cantan en las ramas de los ceibos.

Le llaman *Tabaré.* Nació una noche,
bajo el obscuro techo
en que el indio guardaba a la cautiva
a quien el niño exprime el blanco seno.

Le llaman *Tabaré.* Nació en el bosque
de Caracé el guerrero;
ha brotado, en las grietas del sepulcro,
un lirio amarillento.

Risa de mi dolor, hijo del alma,
alma de mis recuerdos,
lo llamaba gimiendo la cautiva
al apretarlo en su calor materno,

y al entonar los cánticos cristianos
para arrullar su sueño;
los cantos de Belén, que al fin escucha
la soledad callada del desierto.

Los escuchan con fe las alboradas,
los balbucian los ecos,
y, en las tardes que salen de los bosques,
anda con ellos sollozando el viento.

Son los cantos cristianos, impregnados
de inocencia y misterio,
que acaso aquella tierra escuchó un día,
como se siente el beso de un ensueño.

IV

El indio niño en las pupilas tiene
el azulado cerco
de las flores del cardo, cuando se abren
después de un aguacero.

Los charrúas, que acuden a mirarlo,
clavan los ojos negros
en los ojos azules de aquel niño
que se recuesta en el materno seno,

y lo oyen y lo miran asombrados,
como a un pájaro nuevo
que, llamado, al pasar, por los zorzales,
bajó del viento, para unirse a ellos.

Mira el niño a la madre; ésta llorando
lo mira, y mira al cielo,
y envía, en su mirada, a lo infinito,
un amor que en el mundo es extranjero;

y quiere al árbol, porque da su sombra
a aquel pequeño cuerpo;
y es para ella más azul el aire,
más diáfano el ambiente y más sereno.

La tarde, al descender sobre su alma,
desciende como el beso
de la hermana mayor sobre la frente
del hermanito huérfano;

y tiene ya más alas su plegaria;
su llanto más consuelo;
y más risa la luz de las estrellas,
y el ruido de los sauces más misterio.

. . . .

V

¿Adónde va la madre silenciosa?
Camina, a paso lento,
con el hijo en los brazos. Llega al río.
Es la hermosa mujer del Evangelio.

¡E invoca a Dios en su misterio augusto!
Se conmueve el desierto,
y el indio niño siente en la cabeza
de su bautismo el fecundante riego.

La madre le ha entregado, sollozando,
el gran legado eterno.
El Uruguay, al ofrecerle el agua,
canta con el juncal un himno nuevo.

Se eleva, en transparentes espirales,
el primitivo incienso;
una invisible aparición derrama
el resplandor del nimbo entre los ceibos.

Se adivinan cantares
a medio pronunciar, que flotan trémulos,
y de seres que absortos los escuchan
se cree sentir el contenido aliento;

hay sonrisas posadas
entre los puros labios entreabiertos
de un invisible coro, que, en el aire,
bate a compás las alas en silencio.

Hay contacto del cielo con la tierra...
Y aparece el misterio.
Vacila el hombre en su presencia, y mudo,
cierra los ojos, para ver más lejos.

. . . .
. . . .

VI

Madre: ¡no llores más! Siempre en tus ojos
gotas de llanto veo,
que humedecen tu voz y tus miradas,
tus cantos y tus besos;

con ese llanto siempre
al despertar te encuentro.
¿Quién lleva, por qué lleva tantas lágrimas,
hasta el mismo silencio de tus sueños?

¡No llores más! Porque no llores nunca
yo, madre, siempre rezo
la oración que despierta en mis mañanas,
y se duerme conmigo cuando duermo.

¿Por qué lloras? Las tribus no te ofenden.
¿Oyes? Están muy lejos.
Beben sangre de palmas y algarrobos,
y después dormirán; no tengas miedo.

En la cruz que recibe las plegarias,
en esa que has clavado entre los ceibos,
a hacer su nido bajarán los ángeles,
y a recoger mis ruegos.

No llores; que la virgen invisible
que me enseñas a amar, vendrá por ellos,
y a ti también te besará en la frente,
y a nuestro lado velará tu sueño.

La madre sollozaba;
apretaba su hijo sobre el seno,
y sus miradas húmedas
escalaban los mundos ascendiendo.

Huían de la tierra, hasta posarse
en el regazo eterno;
pero del cielo ansiosas descendían
el indio niño a acariciar de nuevo.

VII

Cayó la flor al río,
y, en el obscuro légamo,
derramó su perfume entre las algas.
Se ha marchitado, ha muerto.

Las algas la estrecharon
en sus brazos de hielo...
Ha brotado, en las grietas del sepulcro,
un lirio amarillento.

. . . .

VIII

Duerme, hijo mío; mira, entre las ramas
está dormido el viento;
el tigre en el flotante camalote,
y en el nido los pájaros pequeños.

Ya no se ven los montes de las islas:
también están durmiendo.
Han salido las nutrias de sus cuevas;
se oye apenas la voz del teru-tero.

. . . .

Las tribus embriagadas
aullaban a lo lejos;
el aire, con los roncos alaridos,
elaboraba quejas y lamentos.

Tras la salvaje orgía,
vendrá el cacique ebrio;
vendrá a buscar a su cautiva blanca,
que a su hijo esconderá tras de los ceibos.

IX

Cayó la flor al río.
Se ha marchitado, ha muerto.
Ha brotado, en las grietas del sepulcro,
un lirio amarillento.

La madre ya ha sentido
mucho frío en los huesos;
la madre tiene, en torno de los ojos,
amoratado cerco;

y en el alma la angustia,
y el temblor en los miembros,
y en los brazos el niño que sonríe,
y en los labios el ruego.

Duerme, hijo mío. Mira: entre las ramas
está dormido el viento;
el tigre en el flotante camalote,
y en el nido los pájaros pequeños...

Los párpados del niño se cerraban.
Las sonrisas entre ellos
asomaban apenas, como asoman
las últimas estrellas a lo lejos.

Los párpados caían de la madre,
que, con esfuerzo lento,
pugnaba en vano por que no llegaran
de su pupila al agrandado hueco.

Pugnaba por mirar al indio niño
una vez más al menos;
pero el niño, para ella, poco a poco,
en un nimbo sutil se iba perdiendo.

Parecía alejarse, desprenderse,
resbalar de sus brazos, y, por verlo,
las pupilas inertes de la madre
se dilataban en supremo esfuerzo.

X

Duerme, hijo mío. Mira, entre las ramas
está dormido el viento;
el tigre en el flotante camalote,
y en el nido los pájaros pequeños;
hasta en el valle
duermen los ecos.

Duerme. Si al despertar no me encontraras,
yo te hablaré a lo lejos;
una aurora sin sol vendrá a dejarte
entre los labios mi invisible beso;
duerme; me llaman,
concilia el sueño.

Yo formaré crepúsculos azules
para flotar en ellos:
para infundir en tu alma solitaria
la tristeza más dulce de los cielos.
Así tu llanto
no será acerbo.

Yo empaparé de aladas melodías
los sauces y los ceibos,
y enseñaré a los pájaros dormidos
a repetir mis cánticos maternos...
El niño duerme,
duerme sonriendo.

. . . .

La madre lo estrechó; dejó en su frente
una lágrima inmensa, en ella un beso,
y se acostó a morir. Lloró la selva,
y, al entreabrirse, sonreía el cielo.

XI

¿Sentís la risa? Caracé el cacique
ha vuelto ebrio, muy ebrio.
Su esclava estaba pálida, muy pálida...
Hijo y madre ya duermen *los dos sueños.*

LIBRO SEGUNDO

CANTO PRIMERO

I

¿Quién ata las pasadas sensaciones
        en haces de quimeras
que, al roce de un recuerdo no buscado,
juntas en el cerebro se despiertan,
y, nadando en un medio indefinible,
        con nuestras almas piensan?

Las notas ignoradas que, en la noche,
        hasta nosotros llegan,
¿por quién son recogidas, y ajustadas
a un ritmo misterioso, a una cadencia,
para formar el himno prolongado
        con que las sombras ruegan,

esa flotante ebullición sonora
        que, en el aire, semeja
de mil voces distintas y lejanas
los ayes, las palabras o las quejas
que, a extinguirse temblando a nuestro lado,
        como heridas se acercan?

¿Quién llora con la luna en los sepulcros,
y ríe en las estrellas,
y respira en las auras otoñales,
y anima la hoja seca,
y es perfume en la flor, gota en la lluvia,
y en la pupila idea?

Acaso en los espacios infinitos,
que el hombre no penetra,
la vida y la armonía se difunden
en cuyas formas entran,
como elemento indispensable y justo,
los ignorados llantos de la tierra,

los ayes de las razas extinguidas,
su soledad eterna,
los destinos obscuros, los suspiros,
las lágrimas secretas,
los latidos que el mundo no comprende,
y en la eterna armonía se condensan.

. . . .

Vosotros, los que amáis los imposibles;
los que vivís la vida de la idea;
los que sabéis de ignotas muchedumbres
que los espacios infinitos pueblan;

los que sentís quejidos y palabras
donde el silencio reina,
y algo más que la idea del invierno
os sugiere el rodar de la hoja seca,

escuchad el acorde arrebatado
al rumor misterioso de la selva;
la voz de aquella noche sin aurora
que difunde su sombra en mi leyenda.

II

La corriente del tiempo,
en brazos del pasado,
como el cadáver de otros tantos hijos,
ha dejado los años.

Al tramontar las lomas
del Uruguay, el astro
deja envuelto en la sombra de las islas
un villorrio español, que fue fundado

en la desierta margen donde el río
San Salvador, copioso tributario
del Uruguay, se ensancha, al derramarse
entre tupidos sauces y guayabos.

El pueblo aquél, sentado en el desierto
como un aventurero temerario,
¿es algo más que una visión de gloria?
¿brotó del suelo, o descendió de lo alto?

Sus cimientos han sido, varias veces,
con sangre de dos razas amasados;
sus techos, convertidos en hogueras,
varias veces el campo iluminaron;

y ya, más de una vez, en la colina,
quedaron sus escombros solitarios,
como los negros miembros de un gigante
por la zarpa del tigre hecho pedazos.

Desde el fondo del bosque, los charrúas
observan los bastiones castellanos,
las rudas estacadas
de troncos de algarrobos y quebrachos,

antemural sin fosos ni poternas,
remedo de baluarte, que, hacia el campo,
defiende el caserío,
cuyos techos se asoman al barranco.

Techos pajizos de bambú, con hebras
de la raíz del *ñapindá* amarrados;
muros de tierra negros,
entre despojos de bateles náufragos,

que rodean la casa construída
por Juan de Ortiz, el viejo adelantado,
con sillares de piedra
que el tiempo y los incendios respetaron,

tal es la población conquistadora
en que aun tremola el pabellón hispano,
sereno, como siempre,
el desierto sin nombre desafiando,

en una tierra, madriguera hermosa
del indio más bizarro
de los que aullaron y aguzaron flechas,
en el salvaje mundo americano.

Como el cachorro oculto bajo el cuerpo
del tigre provocado,
así se esconde la uruguaya tierra
de su indómito rey bajo los arcos.

El indio ruge, al escuchar la planta
del extranjero blanco,
con rugidos de rabia y de deseo,
siempre en acecho, cauteloso, huraño.

Brilla el ojo del indio en la espesura;
suena por todos lados
su alarido feroz: brotan rabiosos
de entre las flores sus agudos dardos.

¿Dónde se esconden? Donde esconde el viento
sus gritos ignorados;
donde esconde la muerte las lumbreras
que enciende sobre el haz de los pantanos.

Allí donde tan sólo se ve un grupo
de chircas o de cardos,
hay rostros escondidos en la sombra,
siempre despiertos, sangre olfateando.

Allá en el matorral algo se mueve...
¿Quién trepa en el barranco?
¿Sentís un grito en la lejana orilla?
Es la muerte... si vais, veréis su rastro.

¿Qué hay más allá? Lo ignoto, lo imprevisto,
quizá lo sobrehumano;
algo más que la muerte, más obscuro...
¿Quién se llega hasta él? ¿Quién va a retarlo?

España va, la cruz de su bandera,
su incomparable hidalgo;
la noble raza madre, en cuyo pecho
si un mundo se estrelló, se hizo pedazos.

El pueblo altivo que, en la edad sin nombre,
era el cerebro acaso
del continente muerto,
ya sumergido en el abismo atlántico,

que, no teniendo en sí, para el cadáver
de aquel coloso espacio,
dejó asomar, sobre la vasta tumba,
miembro insepulto, el mundo americano.

Sólo España, ¿quién más? sólo ella pudo,
con paso temerario,
luchar con lo fatal desconocido,
despertar el abismo y provocarlo;

llegarse a herir el lomo del desierto
dormido en el regazo
de la infinita soledad su madre,
y en él clavar el pabellón cristiano;

y resistir la convulsión suprema
del monstruo aquél, al revolverse airado,
sin que el pavor le acongojara el alma,
ni el resistir le desarmara el brazo.

III

En las torcidas calles del villorrio,
la guarnición se ve diseminada:
quién aguza en la piedra
el hierro de su lanza,

quién enluce un mohoso
capacete, o remalla
alguna vieja cota, o busca en vano
sobre la gola encaje a la celada;

quién las piezas ajusta
de sus gastadas armas,
espaldares o antiguas escarcelas,
de coseletes varios arrancadas;

mientras allá, a la sombra
tendido de una acacia,
algún soldado arrulla sus recuerdos
con un cantar querido de la patria.

El brazo desfallece,
sin que por eso desfallezca el alma,
de aquellos hombres recios y velludos,
que, para dar la postrimer lanzada,

persiguen, y no encuentran,
el corazón de la invencible raza,
que prolonga el honor de su agonía,
más allá de su vida legendaria.

En el cobrizo pecho de algún indio
postrado en la batalla,
las escamas grabadas y arabescos
se hallaron de las cotas y corazas

de los blancos guerreros, que el charrúa,
con fuerza extraordinaria,
estrujaba en el nudo de sus brazos,
que tan sólo la muerte desataba;

y en los dientes de muchos,
o en sus manos crispadas,
trozos sangrientos de enemiga carne
con vestigios de vida palpitaban;

pero jamás un ruego,
nunca una sola lágrima
plegó los labios, ni anubló los ojos
del dueño de las selvas uruguayas.



IV

Sapicán, el cacique más anciano,
ya cayó en la batalla,
después que por Garay, en la llanura,
vio deshechas sus tribus más bizarras.

Sopló la muerte, y apagó en sus ojos,
sedientos de venganza,
el último fulgor. Pero aun la muerte,
desde aquellas pupilas amenaza,

cuando las tribus, con clamor inmenso,
del combate separan
el cadáver, envuelto en los vapores
de la caliente sangre que derrama.

Murió; pero en la noche, cuando el astro
no alumbra las barrancas,
y se duermen las víboras, y agita
solo el *ñacurutú* las lentas alas;

cuando las sombras salen de los árboles,
y con los vientos andan,
y la nutria nadando cruza el río,
y canta el grillo oculto entre las matas,

el cacique aparece; lo ven siempre
las tribus espantadas
buscar en vano su arco entre los juncos,
o su maza de pórfido en las aguas.

Cuando, como jauría
de lebreles con alas,
vientos de tempestad cruzan rabiosos,
aullando entre las ramas;

cuando las nubes negras
se ven amontonadas
un momento, no más, sobre el relámpago
que por el fondo de los cielos pasa,

y las gotas de lluvia
en las hojas restallan,
y golpean el lomo de los tigres,
que encandilados y encogidos braman,

la sombra silenciosa
cruza en los aires pálida,
en medio al resplandor de la tormenta,
que refleja en los ojos sin mirarla.

Ésa es su frente estrecha,
su cabellera lacia,
y su saliente pómulo, y sus ojos
pequeños, de pupila prolongada,

al acecho dispuesta
y a devorar distancias;
a encenderse, a apagarse entre la sombra,
y a comprimir relámpagos de rabia.

El viento que, en su torno,
los centenarios *ñandubáes* descuaja,
no mueve ni un cabello del cacique,
que a través de los árboles resbala;

y si acaso dispersa
los miembros de la sombra alguna ráfaga
de los vientos del sur, vuelven al punto
a reunirse y cobrar la forma humana.

El rayo no lo ofende,
aunque a liarse a su cabeza vaya,
o, silbando, en su cuerpo se retuerza,
y lo ilumine con su lumbre cárdena.

El indio sigue mudo,
buscando siempre su guerrera maza,
y a su paso los tigres se espeluznan,
y las tribus se esconden espantadas.

Las plumas erizando,
dando graznidos, el fulgor apagan
de sus redondos ojos las lechuzas,
que huyen a guarecerse en las barrancas;

hasta que, al oir el indio
la primera canción que anuncia el alba,
en el aire sutil pierde sus formas,
se diluye en la luz, se va, o se apaga.

V

¡También *Abayubá* cayó en la lucha!
Abayubá, a quien llaman
en vano, con sus grandes alaridos,
las tribus que el cacique acaudillaba.

Era el joven amado
del viejo *Sapicán;* con sus palabras
encendía el valor de los charrúas,
y con su paso y su actitud gallarda.

Aun contaba sus fríos
por sus manos, que, hiriendo con la maza,
eran rudas y fuertes, como el viento
que sopla al Uruguay desde las Pampas.

¡Cómo cayó! Al sentirse
pasado por el hierro de una lanza,
trepó por ésta, hasta morir, cortando,
con el diente afilado de la rabia,

la rienda del caballo, en cuya grupa
el español acaba
con el puñal, la destructora brega
que la ocupada lanza comenzara.

VI

¿Y *Añagualpo* el gigante, y *Yandinoca?*
También sus sombras vagan
en la noche sin lunas, y se envuelven
en el triste vapor de las montañas.

¿Qué fue de *Tabobá?* También ha muerto.
Buscaba en el combate la venganza
de *Abayubá*, cuando del sueño frío
sintió en los huesos la corriente helada.

El fiero *Magaluna*,
ligero como el tigre, se abalanza
al cuello del corcel del enemigo,
al que los dientes y las uñas clava;

se agita, grita, ruge,
mientras el jinete el pecho le traspasa,
sólo la muerte lo desprende, y, yerto,
el cuerpo sólo se desploma, y calla.

No volverá a tenderse
el arco de algarrobo que ajustaba
la mano de *Yací*, del joven indio
que daba muerte al *yacaré* en las aguas;

no encenderá sus fuegos
en los bosques del *Hum,* ni en sus barrancas,
el valiente *Terú;* las sombras negras
gimen, cuando se posan en sus armas.

¡*Maracopá* y *Abaroré* no existen!
¡*Gualconda* ya es esclava!
Ya no reirá la esbelta *Liropeya,*
la virgen más hermosa de la playa,

hija del tiempo de los soles largos,
que brillan en las ramas,
cuando el botón del ceibo se revienta
como urna de sangre. Por llevarla

a sus toldos de pieles, muchos indios
se hendieron con sus hachas;
venció *Yandubayú;* pero la virgen
en vano llora y al cacique aguarda.

Murió *Yandubayú,* ¡también ha muerto!
Jamás en su piragua
vendrá a buscar a *Liropeya;* nunca
se oirá su voz en medio a la batalla.

Los hijos valerosos
de muchas indias, cuando no contaban
haber visto diez veces hojas nuevas
abrir en el penacho de las palmas,

han caído en la lucha,
dando débiles gritos de venganza;
sus brazos no eran fuertes, y sus flechas
eran temidas sólo de las gamas.

Los viejos que habían visto
nacer la primer luna, y, en los talas
en que hoy las uñas el leopardo afila,
habían visto correr la primer savia,

también hicieron arcos,
y aguzaron las puntas de las lanzas,
y fueron al combate lentamente,
apoyados en ellas, o arrastrándolas.

Y todos han caído,
uno tras otro, en la desierta pampa;
y nadie abrió sus párpados; la noche
bajo de ellos quedó, la noche larga,

triste, sin lunas, la del viento negro,
en la que nunca aclara.
Ya no se mueven los caciques indios,
no encienden fuegos; para siempre callan...

VII

¡Héroes sin redención y sin historia,
sin tumbas y sin lágrimas!
¡Estirpe lentamente sumergida
en la infinita soledad arcana!

¡Lumbre expirante que apagó la aurora!
¡Sombra desnuda, muerta entre las zarzas!
Ni las manchas siquiera
de vuestra sangre nuestra tierra guarda,

¡Y aun viven los jaguares amarillos!
¡Y aun sus cachorros maman!
¡Y aun brotan las espinas que mordieron
la piel cobriza de la extinta raza!

¡Héroes sin redención y sin historia,
sin tumbas y sin lágrimas!
Indómitos luchasteis... ¿Qué habéis sido?
¿Héroes o tigres? ¿Pensamiento o rabia?

Como el pájaro canta en una ruina,
el trovador levanta
la trémula elegía indescifrable,
que, a través de los árboles, resbala,

cuando os siente pasar en las tinieblas,
y tocar con las alas
su cabeza, que entrega a los embates
del viento secular de las montañas.

Sombras desnudas, que pasáis de noche,
en pálidas bandadas,
goteando sangre, que, al tocar el suelo,
como salvaje imprecación estalla:

yo os saludo al pasar. ¿Fuisteis acaso
mártires de una patria,
monstruoso engendro a quien feroz la gloria
para besarlo, el corazón arranca?

Sois del abismo, en que la mente se hunde,
confusa resonancia;
un grito, articulado en el vacío,
que muere sin nacer, que a nadie llama;

pero algo sois. El trovador cristiano
arroja, húmedo en lágrimas,
un ramo de laurel en vuestro abismo...
¡Por si mártires fuisteis de una patria!

CANTO SEGUNDO

I

¿Qué queda entonces de la tribu errante
del Uruguay? ¿Qué de su altiva raza?
Aun resta su agonía; asida al suelo,
la fiera agita la convulsa zarpa.

Quedan indios aún para la muerte,
que cautelosos por los bosques andan,
cual rebaños de tigres, que, en el pueblo,
siempre encendidas, las pupilas clavan.

De noche, por las lomas o entre el bosque,
como gritos de luz, se ven las llamas
de señales charrúas que se cruzan,
se avivan, se repiten o se apagan;

y alguna vez, el temeroso aullido
que algún consejo al terminar levanta,
al pueblo llega, en ráfagas del aire,
como rumor de tempestad lejana.

Un temor imprevisto y repentino
entonces suele atravesar las mallas;
los soldados se miran, y suspenden
la ardiente relación de sus hazañas;

parece que, en los labios animados,
tropezase un momento la palabra;
mas pronto, cuando advierten con despecho,
que, sin quererlo, ha vacilado el alma,

las risas y burlescas maldiciones
en el silencio momentáneo estallan,
y, al amor de la lumbre, se reanuda
con nuevo ardor la interrumpida plática.

II

Don Gonzalo de Orgaz, joven bizarro,
es jefe de la plaza;
la cimera encarnada de su yelmo
marcó siempre el peligro en la batalla;

olvidó muchas veces, en la lucha,
el toque a retirada;
era noble y valiente, noble y bueno,
bueno y celoso de su estirpe hidalga.

III

¿Por qué el valiente aventurero trajo
consigo a Doña Luz la castellana,
y a su mujer expone a los peligros
que ambicionó para lustrar sus armas?

¿Qué hace a su lado, qué hace de sus días,
en esta vasta soledad, qué aguarda
esa otra niña, la de tez morena,
Blanca, la hermosa, la inocente Blanca?

¿Para quién brillan esos ojos negros,
profundos hasta el alma,
y en que la luz del sol de Andalucía
brillo de estrellas presta a las miradas?

Exprimió el mismo seno que Gonzalo;
lloró la misma madre, y solitaria,
riendo con el cielo,
en que su madre se perdió llamándola,

quedó en el mundo, sin más sombra amiga
que la armadura de su hermano hidalga;
allí recuerda su niñez reciente,
y espera el porvenir allí sentada.

¿Qué impulso los condujo
a la salvaje tierra americana?
¡Quién sabe! Acaso el mismo misterioso
que une las notas que en el aire vagan,

en prolongado acorde
de transparentes arpas,
que suenan en el viento, en los recuerdos,
en los vagos crepúsculos del alma;

que, en las noches serenas,
y en los rayos de luna columpiadas,
se acercan, y se alejan, y, en los aires,
las lentas trovas del dolor ensayan;

ese impulso secreto
que, aun de entre las lágrimas,
hace brotar a veces las sonrisas,
como luces que rielan en las aguas;

que el polen encendido
lleva de palma a palma,
y hace nacer los lirios en las tumbas,
y en el dolor abriga la esperanza.

Quizá la niña, en cuyos grandes ojos
se mueven las miradas
como insectos de luz aprisionados
en urnas de cristal negras y diáfanas,

allí, en la tierra en que una raza expira,
es la nota con alas
que, mezclada a un acorde moribundo,
de gritos de dolor hará plegarias.

El *Uruguay*, al verla en sus orillas,
palpitaba en sus aguas,
y temblaba en los juncos, y en la arena
dejaba notas, quejas y palabras.

El astro que pasea las colinas,
con su abierta mirada
seguía a la española, que, en la tarde,
paseaba tristemente por la playa;

y buscaba sus ojos cuando, sola,
sentada en la barranca,
quedaba confundida en las tinieblas
que sus líneas esbeltas esfumaban.

Parece que este mundo americano
a aquella niña aguarda,
porque en sus ojos brillen sus estrellas,
porque su viento pueda acariciarla;

porque sus flores tengan quien recoja
la esencia de sus almas,
y las corrientes de sus grandes ríos
quien oiga y sienta sus canciones vagas.

IV

Era una hermosa tarde;
huía la sonrisa de los cielos
en los labios del sol, que la llevaba
a iluminar la faz de otro hemisferio.

De su excursión al bosque
tornan Gonzalo y diez arcabuceros.
Fue eficaz la batida: un grupo de indios
viene sombrío, caminando entre ellos.

Otros muchos quedaron
tendidos en el campo; el viento fresco
la sangre orea en las hispanas armas,
y en la piel de los indios prisioneros.

. . . .

No son tigres, aunque algo
del ademán siniestro
del dueño de las selvas se refleja
en el andar de aquellos hombres. Vedlos.

Son el *hombre-charrúa,*
la sangre del desierto,
¡La desgraciada estirpe, que agoniza,
sin hogar en la tierra ni en el cielo!

Se estrechan, se revuelven,
las frentes sobre el pecho,
en los ojos obscuros el abismo,
y en el abismo luz, luz y misterio.

Parece que, en el fondo
de esos ojos, a intérvalos,
un monstruo luminoso se moviera,
sus anillos flexibles revolviendo;

con rápidos espasmos
se sacuden sus miembros;
sus músculos, elásticos y duros,
al salto y la carrera están dispuestos;

la sangre apresurada
circula bajo de ellos,
como corre callado, entre las breñas
un rebaño de fieras que va huyendo;

no hay en su rostro inmóvil
ni siquiera un reflejo
del espíritu extraño y concentrado
que, al parecer, lo anima desde lejos;

se advierte en su mirada
un constante recelo,
y una impasible languidez, que tiene
algo de triste, mucho de siniestro.

Son esbeltas sus formas,
duros sus movimientos,
la tez cobriza, el pómulo saliente,
negros los ojos, como el odio negros.

Sobre los fuertes hombros
se derrama el cabello,
en crenchas lacias, rígidas y obscuras,
que enlutan más aquel huraño aspecto;

pupila prolongada
que prolongó el acecho;
dilatada nariz, y estrecha frente
a que se ajusta, enhiesto,

un erizado matorral de plumas
de colores diversos,
que parecen brotar de la cabeza,
como brotan de un tronco los renuevos.

Jamás mira de frente;
jamás alza la voz, muere en silencio;
jamás un signo de dolor se posa
entre sus labios pálidos y gruesos.

Ni aun el suplicio borra
su ademán de desprecio;
sólo el combate, en su fragor, arranca
estridente alarido de su pecho.

Entonces, semejantes
a los colmillos del jaguar sediento,
brillan, entre los labios taladrados,
los dientes blancos, con horrible gesto.

Son el *hombre-charrúa,*
la sangre del desierto,
la desgraciada estirpe que agoniza,
sin hogar en la tierra ni en el cielo.

V

El grupo de indios, como viva masa
de apeñuscados cuerpos,
adelanta, rodeado de arcabuces,
entre las casas del pajizo pueblo.

Salen de sus viviendas las mujeres
y los hombres a verlos;
ni una impresión se nota en sus semblantes:
todos caminan impasibles, fieros.

Ah... todos nó; no todos. ¿Quién es ese
que se detiene trémulo?
¿No es su pupila azul? Azul, no hay duda.
¿Qué hay en ella? ¿Terror? ¿Asombro? ¿Miedo?

¡Extraño sér! ¿Qué raza da sus líneas
a ese organismo esbelto?
Hay en su cráneo hogar para la idea,
hay espacio en su frente para el genio.

Esa línea es charrúa; esa otra... humana.
Ese mirar es tierno...
¿No hay, en el fondo de esos ojos claros,
un sér oculto con los ojos negros?

La blanda piel de un tigre
ha ceñido a su cuerpo;
no se ha pintado el rostro, ni en su labio
ha atravesado el signo del guerrero.

Es pálido, muy triste; en su semblante
y en su azorado aspecto,
hay algo misterioso
que inspira amor, o desazón, o duelo.

¿Por qué se ha desprendido de su grupo?
        ¿Se ha apoderado un vértigo
de ese salvaje enfermo, que venía
entre los otros indios prisionero?

        La onda de un suspiro
se ha notado quizá sobre su pecho,
y se hubiera creído, al observarlo,
que ha roto entre los dientes un lamento.

No es ira, no es encono, ¿qué es entonces
ese temblor extraño de sus miembros?
¡Así sacude su prisión el alma
cuando estallan en ella los recuerdos!

VI

Es que Blanca, al pasar, lo está mirando
        con inocente empeño,
y él clava en ella los azules ojos,
cual poseído de un pavor intenso.

La mira absorto, fijo, con el labio
        inmóvil y entreabierto;
parece interrogar algo invisible,
a sí mismo, a su sombra, a su recuerdo.

Diríase que alumbra sus pupilas
        el cercano reflejo
de algo como una aparición radiosa,
sensible sólo para el indio enfermo,

y por la lumbre intensa de una idea
        que viene desde adentro;
que arde en el alma, y llega hasta los ojos,
y con la otra visión se funde en ellos.

Esperando a Gonzalo, estaba Blanca
en el umbral de su morada; al verlo,
corrió hacia él, y distinguió al salvaje
que allí venía entre los otros presos...

Ved cómo tiembla el indio
de ojos extraños de color de cielo...
Blanca esa noche se encontró llorando,
al acordarse del salvaje enfermo.

VII

Cayó una flor al río.
Los temblorosos círculos concéntricos
balancearon los verdes camalotes,
y entre los brazos del juncal murieron.

Las grietas del sepulcro
han engendrado un lirio amarillento.
Guarda el perfume de la flor caída.
La flor no existe: ha muerto.

Así el himno cantaban
los desmayados ecos;
así lloraba el *urutí* en las ceibas,
y se quejaba en el sauzal el viento.

VIII

¿Quién es ese charrúa que suspira?
¿Quién es el prisionero
que es capaz de alumbrar, con luz del alma,
esos su ojos de color de cielo?

Tabaré lo apellidan los charrúas,
o *el hijo de los ceibos*...
Hijo de mi dolor, una española
le decía llorando, ha mucho tiempo.

. . . .

Las grietas del sepulcro
han engendrado un lirio amarillento;
tiene el hálito triste de la muerte,
su extrema palidez y su misterio.

IX

El pánico del indio
duró sólo un momento;
sombrío, confundido entre los otros,
se ha alejado de Blanca; pero entre ellos,

entre el grupo cobrizo, se destacan
las líneas de su cuerpo,
de una amarilla palidez. La niña
lo sigue con los ojos largo tiempo.

. . . .

X

—¿Quién es, Gonzalo, ese indio que trajiste,
el de la frente pálida,
que me miró de un modo tan extraño
cuando venía entre tus hombres de armas?

¿Está enfermo? ¿Qué tiene?
¡Me ha dado tanta lástima!
¿Qué tiene en esos ojos?
¿Qué harás con él? ¿Quién es? ¿Cómo se llama?

—¿Lo sé yo acaso? Ese hombre es un misterio,
todo misterio, Blanca.
Al cruzar aquel bosque, lo encontramos
en actitud de duelo o de plegaria.

Y es el mismo, lo es, estoy seguro,
que he visto, en las batallas,
reír con el peligro y con la muerte,
bravo como el aliento de su raza.

¡Y qué! ¿Tiene algún crimen?
¿No lucha por su hogar y por su patria?
¿No defiende la tierra en que ha nacido,
la libertad que el español le arranca?

Cuando a él nos llegamos,
no sintió nuestros pasos a su espalda,
ni demostró sorpresa, al verse solo,
rodeado de arcabuces y de adargas.

Tendrá el pueblo por cárcel...
Él ha de respetarla.
Yo probaré, en ese hombre, si se encuentra
capaz de redención su heroica raza.

¡Qué! ¿Sólo duelo y muerte
ha de obtener América de España?
¡La sangre de esos hijos del desierto,
más que el orín, deslustra nuestras armas!

—Gonzalo, no te olvides
de la española sangre derramada,
le dijo doña Luz; esos salvajes
hombres no son; la redención cristiana

no alcanza a redimirlos,
pues para ellos no fue: no tienen alma;
no son hijos de Adán, no son, Gonzalo;
esta estirpe feroz no es raza humana.

. . . .
. . . .

XI

Duermen los indios prisioneros; duermen
tendidos en el suelo, como masa
de bronce, que se mueve y que palpita,
con aliento vital en las entrañas.

Sobre aquellas cabezas, que, en los brazos,
y entre cabellos rígidos descansan,
no se siente pasar un solo ensueño;
nada invisible por los aires anda.

Pero, entre el grupo de dormidos cuerpos,
despierta una figura se destaca,
inmóvil, con los ojos encendidos,
clavada en el vacío la mirada.

Las horas, una a una, la encontraron,
como una sombra vana:
la vio la noche, la abrazó el insomnio,
y así la halló la claridad del alba.

CANTO TERCERO

I

Ahí va... callado, cual lo miran siempre
        discurrir por el pueblo:
extraño, taciturno. *El indio loco*
le llaman los soldados; pero, al verlo

pasar entre ellos pálido, absorbido,
        lo miran en silencio,
lo siguen con los ojos, y, mostrándose
al salvaje entre sí, dicen: ¿Qué es esto?

—¿Qué dices tú?
            —Que es loco rematado,
        a estar a lo que veo.
—Rematado, bien dicho; ved sus ojos;
ese indio tiene barajado el seso.

—Moscardón que no gruñe se me antoja
        en sus mudos paseos.
—¡Y parece que sufre!
            —¡Ca! Esa gente
no es capaz de dolor... ¡muere en silencio!

Ved qué pálido está, qué desmayado.
        Sus pasos son inciertos;
parece que su cuello no pudiera
sostener la cabeza por el peso.

—Es que algo habrá perdido,
y piensa que ha de hallarlo por el suelo.
—¡Y también en el aire!
—¡Cierto! El loco
anda buscando en él pájaros negros.

—¿Y si os dijera que ese insano duerme
con los ojos abiertos?
—¡Oiga!
—Como os lo digo. Lo he observado
más de una noche, y me asustó su aspecto.

¡Si parece un cadáver que nos mira!
—¿Tendrá el diablo en el cuerpo?
—Todo es posible. Si, en las altas horas,
vais a observar los indios allá dentro,

entre el grupo cobrizo, allí entregado
a su profundo sueño,
siempre tropezará vuestra mirada
con dos ojos diabólicos, despiertos.

Son los de ese indio; no se cierran nunca;
sentado, inmóvil, yerto,
lo veréis siempre, hasta en la media noche,
tal cual lo estamos ahora mismo viendo.

—Loco, no hay más.
—O poseído acaso.
—¿Qué dices? ¿Le hablaremos?
—Háblale tú, que entiendes de latines,
a ver si te contesta.
—No lo creo.

Un mes hace que vive entre nosotros;
        ni su voz conocemos.
—¿No será mudo?
            —Nó: con Fray Esteban
ha hablado alguna vez, según entiendo.

—Vedlo, allá va; cuando en aquella loma
        aparezca el lucero,
frente a nosotros pasará de vuelta;
puedes salirle entonces al encuentro.

—Pero háblale con tino, con mesura;
        cuida de no ofenderlo;
sabes que el capitán tiene ordenado
que al *Señor Don Charrúa* no irritemos.

—¿No es aquella la hermosa Doña Blanca?
    —La misma. El prisionero
va a pasar a su lado.
            —¡Ved qué hermosa!
Todo lo alumbra con sus ojos negros.

II

Tabaré sigue; se detiene a veces,
        cual si escuchara atento;
sumerge la mirada en los espacios,
o la revuelve en torno con recelo.

Inclina nuevamente la cabeza,
        y sigue a paso incierto,
como el que va temiendo, a cada instante,
ser sorprendido por oculto riesgo.

Blanca lo observa; sigue del charrúa
        los tristes movimientos;
espera la ocasión de ver sus ojos,
pues sabe que algo ha de encontrar en ellos;

Pero es en vano: el prisionero pasa,
sin mirarla jamás, nublado el ceño,
y, al cruzar frente a ella, se apresura,
y se aleja temblando, casi huyendo.

Es que cierra los ojos, y, no obstante,
ve su forma flotar, entre los velos
de una aurora confusa, muy remota,
que ilumina el nacer de sus recuerdos.

¿Es ella la que flota en su pasado?
¿Es la blanca visión de sus ensueños?
A una mujer tan blanca como aquélla
oyó cantar los cánticos maternos.

El indio siente confusión ignota;
        vacila, tiene miedo;
busca a la niña, y huye al encontrarla;
huye de la ilusión y del misterio.

III

        Así pasaba *Tabaré* aquel día
frente a la virgen, que, con dulce acento,
¡Vaya el indio con Dios! ¿Por qué así corre?
dijo por fin, ¿me tiene acaso miedo?

Él se detuvo, sin alzar la frente,
        cual llamado a lo lejos;
cual si la voz tardara largo espacio
en ir, desde el oído, al pensamiento.

Y allí fijo quedó, como tocado
        por un conjuro; trémulo,
como el corcel que, en su carrera, escucha
el bramido del tigre en el desierto.

        Así como una piedra,
al fondo del abismo descendiendo,
despierta temerosas resonancias,
voces lejanas, quejas y lamentos,

        la voz de la española
descendió al alma del salvaje enfermo,
y en el abismo despertó la vida,
la queja, el grito del dolor y el tiempo.

El indio alzó la frente; miró a Blanca
de un modo fijo, iluminado, intenso.
Había, en su actitud indescifrable,
terror, adoración, reproche, ruego.

IV

"—¡Tú hablas al indio! ¡Tú, que de las lunas
        tienes la claridad!
¿Por qué lo hieres con tu voz tranquila,
tranquila como el canto del *sabiá?*

Si tienes, en los ojos, de las lunas
        la transparente luz,
¿por qué tu alma para el indio es negra,
negra como las plumas del *urú?*

¿Por qué lo hieres en el alma obscura?
        ¡Deja al indio morir!
Tú tienes odio negro para el indio,
para el triste cacique guaraní".

Blanca sintió una lágrima en los ojos,
y una amargura insólita en el pecho.
—Yo no tengo odio para ti, charrúa,
dijo al cacique, con acento ingenuo.

Las pupilas azules del salvaje
brillaban asombradas; en sus nervios
vibraba el alma. Tabaré sentía
el abismo sonar en su cerebro.

Habla por vez primera a la española;
sus palabras, sin orden ni concierto,
brotan de entre sus labios, como informe
tropel de sombras, luces y reflejos:

"—¡Oh, sí! Yo sé que acechas
        mis horas de dolor;
sé que remedas alas de jilgueros
        donde yo estoy.

        Yo sé que tú el secreto
        conoces de mi sér,
y sé que tú te escondes en las nieblas...
        ¡Todo lo sé!

        Que gimes en el viento,
        que nadas en la luz,
que ríes en la risa de las aguas
        del *Iguazú;*

que miras en las altas
hogueras de *Tupá*,
y en las lunas de fuego, fugitivas,
que brillan al pasar.

Tú, como el algarrobo,
sueño das a beber;
y das la sombra hermosa que envenena,
como el *abué*.

Yo, temiendo tu sombra,
tiemblo y huyo de ti,
y tú, en el despertar de mis memorias,
vas tras de mí.

Mis nervios, que eran fuertes,
fuertes cual *ñandubay*,
blandos como el retoño más temprano
del *ombú* están...

No ha pasado una luna
después que yo te vi...
¡Mira cómo está enfermo el indio bravo,
sólo por ti!"

La súplica, el reproche,
la imprecación, el ruego,
se sucedían en la voz del indio,
y en su ademán nervioso y altanero;

él, que se había alejado,
con la frente inclinada sobre el pecho,
como impulsado por interna fuerza,
hacia la niña se volvió de nuevo;

la miró un breve espacio,
y señaló sus ojos con el dedo,
cual si, del fondo obscuro de su alma,
envuelto en luz, brotara un pensamiento.

"—Era así como tú... blanca y hermosa;
era así... como tú,
miraba con tus ojos, y en tu vida
puso su luz;

yo la vi, sobre el cerro de las sombras,
pálida y sin color;
el indio niño no besó a su madre...
¡No la lloró!

Las avispas de fuego de las nubes,
ellas brillaron más;
pero el hogar del indio se apagaba,
su dulce hogar.

Han pasado más fríos que dos veces
mis manos y mis pies...
Sólo en las horas lentas yo la veo,
como *cuerpo que fue.*

Hoy vive en tu mirada transparente,
y en el espacio azul...
Era así como tú, la madre mía,
blanca y hermosa... ¡pero no eres tú!".

. . . .

Por ocultar el llanto
que, sin mojar sus párpados, acerbo
como lluvia de hiel, se derramaba,
y empapaba del indio los recuerdos,

el infeliz charrúa,
en convulso y mortal desasosiego,
se alejaba sombrío, y se volvía
a la española, en ademán violento:

—Así, como tu mano,
blanca como la flor del *guayacán*,
es la que he visto en la batalla siempre
mi sudorosa frente refrescar.

La misma mano blanca
de mi desnudo pecho separó
el rayo que arrojaban tus hermanos,
más rápido que el vuelo del halcón;

la he visto, entre los dedos,
romper la flecha que a esconder llegó
en mis venas el sueño de las sombras,
ese pálido sueño del dolor...

. . . .

Pero... ¡no era la tuya!
era otra aquella mano ¿no es verdad?
¡Dile al charrúa que esos ojos tuyos
no son los que en sus sueños ve flotar!

Dile que no es tu raza
la que vierte esa tenue claridad
que, en el alma del indio, reproduce
aquella luz de su extinguido hogar;

aquella luz que el astro de los muertos
nunca sabrá copiar,
más pura que el reir de las mañanas,
y el llorar de las tardes, ¡mucho más!

. . . .

Oh, nó, tú eres la sombra...
Tú no vives la vida como yo.
¿Por qué has de arrebatarme mis recuerdos
y vestirte ante mí de su color?

¡Déjame! ¡No me sigas!
¿No sientes? ¿No lo ves?
¡El corazón del indio está muy negro!
¡Triste como la sombra del *abué!*

. . . .

V

Con movimiento brusco,
se ha separado de la niña el indio,
volviendo la cabeza, cual si huyera
temiendo la agresión de un enemigo.

Un eco largo y triste
quedó de Blanca en el absorto oído.
Tabaré atravesó entre los soldados.
Ninguno lo detuvo en su camino.

Ella siguió con pena,
con los ojos, al indio fugitivo.
Aquel extraño sér en sí tenía
la atracción de lo obscuro. Era el abismo.

VI

En ese estado en que, movida el alma
por fuerza superior, en lo infinito
medita, sin conciencia de sus actos,
como *otro yo* de nuestro sér distinto;

y conoce los hijos de regiones
en que vaga desnuda de sentidos,
sin traernos, de vuelta de su viaje,
nada que de otros mundos nos dé indicios;

y al despertar la sensación de nuevo,
rompe de un sueño el transparente hilo,
quedó la niña, hasta que oyó a su espalda
que alguien decía: —¿Qué te hablaba el indio?

—¿El indio?... Nada. ¿En qué estaba pensando?
        ¡Ah! Luz, no te había visto.
¿Qué me dijistes?... Ahora lo recuerdo;
        nada, nada me dijo.

Y agregó Doña Luz: —¡Pero aquí hablando
        lo hemos visto contigo!
y Blanca: —¿Sabes, Luz, que ese salvaje
amó a su madre? Él mismo me lo ha dicho.

        —¿Y no le temes, Blanca?
—¡Temerle! Puede ser. Lo que al oirlo
mi espíritu sintió, fue un algo raro,
muy parecido al miedo de los niños.
. . . .

        Con terror, la mirada
clavó en su hermana, Doña Luz.
                ¿Qué ha visto
o creído advertir en sus pupilas?...
le aconsejó que huyese de aquel indio.

CANTO CUARTO

I

En la limpia armadura
de un grupo de guerreros,
dejaba el sol, al trasponer las lomas,
su resplandor postrero.

Las flotantes cimeras
de los ferrados yelmos,
al viento de la tarde, se agitaban,
con blando movimiento.

Como españoles, bravos,
como soldados, crédulos,
siempre el brazo a la lucha apercibido,
y el alma a las consejas y a los cuentos,

los del corro escuchaban
a un camarada viejo,
en su adarga los unos apoyados,
y sentados los otros en el suelo.

II

—¿Dices que es un fantasma
eso que anda de noche por el pueblo?
—No es otra cosa, a mi sentir: la sombra
de algún cacique muerto.

—Que es un indio, no hay duda;
lleva en la frente plumas, y su cuerpo...
—¡Su cuerpo! ¿Acaso piensas
que esa sombra impalpable ha de tenerlo?

—¡Será posible!
—¡Y tanto!
No es el primer espectro
que, haciendo yo la guardia en los bastiones,
se ha llegado hasta mí. Bien lo recuerdo.

La noche en que Garay venció a los indios
en aquel llano que se ve a lo lejos,
vi muchas de esas sombras
que cruzaban gimiendo entre los muertos.

La flor y nata de indios y caciques
cayó en el lance aquel. ¡Si los espectros
no se hubieran entonces presentado,
no sé cuándo lo hicieran, voto al cielo!

No es de extrañar, por ende,
que ese fantasma que de noche vemos,
viniera a presagiar ruinas o males,
y es fuerza le arranquemos su secreto.

III

Más que con los oídos,
con los ojos oyeron
los soldados absortos, las consejas
del camarada viejo;

no quisieron los unos
habérselas con muertos;
pero los más serenos y esforzados,
no sin algún recelo,

en velar esa noche
se pusieron de acuerdo,
para tender una emboscada heroica
al vagabundo espectro.

IV

El último soldado
de los que por las calles discurrieron,
se perdió en la penumbra de las chozas
del villorrio desierto.

Cayó la noche, y embozado en ella
quedó San Salvador. El viejo Tiempo
sobre las altas horas se adelanta,
con paso soñoliento.

Todos duermen: las aves en el nido,
los niños en el cielo,
en las cunas los ángeles,
y en las ramas inmóviles el viento.

Sólo vela el soldado
que está de guardia en el bastión del pueblo,
y algún perro que ladra, se levanta,
y sobre el musgo tiéndese gruñendo.

Tranquila está la noche; las estrellas
se ven brillar muy lejos;
como una sombra que entre ruinas anda,
la luna entre las nubes va en silencio.

V

Alguien también está, sin duda, en vela,
allá, en un aposento
de la casa del jefe, en cuyos vidrios
se proyecta una sombra por intérvalos.

Es la del Padre Esteban,
encarnación de aquellos misioneros
que, del reguero de su sangre, hacían
la primer senda en medio del desierto,

y marcaban el sitio
hasta el cual penetraba el Evangelio,
con el cadáver, solo y mutilado,
de algún mártir sin nombre y sin recuerdo.

La lumbre, en las paredes
del aposento estrecho,
dibujaba, con mano temblorosa,
las formas sin color de los objetos;

y la negra silueta
del pensativo monje, sobre el suelo,
obediente a la luz, se estremecía
con un imperceptible movimiento.

Meditaba el anciano
los destinos secretos
de aquella pobre raza moribunda
que el abismo atraía hacia su seno.

Miraba el Crucifijo,
símbolo y prenda del amor eterno;
interrogaba a sus cerrados ojos,
y a su labio expirante y entreabierto,

y entonces recordaba
al indio de ojos de color de cielo;
miraba en él su estirpe redimida,
y el clarear de un horizonte nuevo.

Quizá advirtió en la frente del salvaje
el imborrable sello
del bautismo del bosque; en su alma, acaso
vio brillar algo vacilante y trémulo.

¡Cuántas veces, sentado
junto al indio infeliz, de sus recuerdos
el enjambre dormido despertaba,
con sólo una palabra o un consejo!

¡Cuántas veces, el indio
la mirada clavó en el misionero,
pugnando por secar, entre los párpados,
gotas de llanto, con esfuerzo interno,

y bebió sus palabras,
inmóvil y suspenso,
cuando su oído absorto recogía,
como un recuerdo, los cristianos rezos!

Cuando el Padre, mostrándole la altura,
le hablaba de una madre que tenemos,
los hombres todos, madre de los indios,
Madre de Dios, amparo de los buenos,

Tabaré se agitaba,
se incorporaba, y del anciano al cielo,
y del cielo al anciano, escrutadoras,
pasaban sus miradas. En el viejo

por fin ponía los azules ojos,
con triste desaliento,
y, hundiendo la cabeza entre los brazos,
se tendía clamando: ¡No la encuentro!

. . . .

El fraile meditaba, meditaba
con desolado empeño.
Cuando creía su ilusión cumplida,
tocaba lo imposible y el misterio.

VI

De pronto, penetró por la ventana
algo como un lamento
que el monje ya otras noches había oído,
a una vana ilusión atribuyéndolo;

pero en aquella noche, claramente
al oírlo de nuevo,
se llegó a la ventana presuroso,
y la abrió con estrépito.

Una sombra medrosa, entre los árboles,
se levantó del suelo,
y, esquivando la luz, huyó hacia el río,
como empujada por extraño vértigo.

Las plumas de la frente,
movidas por el viento,
denunciaron la forma de un charrúa,
que conoció al instante el misionero.

Miró a la alcoba en que dormía Blanca,
miró en seguida al cielo,
y una oración cruzó, sin hacer sombra,
la inmensa soledad del firmamento.

¿Quién es ese charrúa? Es el fantasma
        que han visto los guerreros,
y que acertaron al mirar en ella
        una sombra, un espectro:

es *Tabaré* que, cuando todo duerme,
        huye de sus ensueños;
vaga en lo obscuro, huyendo de sí mismo,
y llevando la fiebre en el cerebro,

hasta caer, guiado, noche a noche,
        por un instinto ciego,
allí, frente a la casa de Gonzalo,
donde hasta el alba permanece yerto.

        De la casa del jefe
        tendido junto al cerco,
¡cuántas noches lloraron su rocío
de aquel charrúa sobre el cuerpo enfermo!

Allí el *ñacurutú* lo contemplaba,
        con los ojos de fuego,
y, sin temor, las alas agitando,
muy cerca de él, pasaba el teru-tero.

        Allí el aire del río
        penetraba en sus huesos,
y la luz de la luna lo miraba
con amor impotente desde el cielo.

        Allí estaba, la noche
en que oyó el Padre Esteban su lamento,
y, al verse sorprendido, huyó sin rumbo,
sobrecogido de un pavor intenso.

De su amor imposible,
de su desconocido sentimiento
volaba ante la sombra, que sentía
correr tras él, asida a sus cabellos;

las carnes erizadas,
temblorosos y rígidos los miembros,
dilatadas y ardientes las pupilas,
corría, tropezando y sin aliento.

Las sombras de los árboles,
que la luna trazaba sobre el suelo;
las zarzas, que sus pies ensangrentados
mordían, al romperse con estrépito;

los ladridos agudos
de los perros despiertos;
las aves que, a su paso, levantaban,
de aquí y de allá, su sonoroso vuelo;

todo atronaba el exaltado oído,
todo enconaba el vértigo
de *Tabaré* el charrúa, que seguía
su carrera sin rumbo y sin objeto.

VII

Los soldados que el golpe concertaron,
a su paso febril se interpusieron,
asestando sus picas y arcabuces
a su desnudo pecho.

Los dilatados ojos
clavó el salvaje en ellos,
escondido en la sombra proyectada
por un grupo de ceibos.

La fiebre le oprimía la cabeza
con los dedos de acero,
y un temblor convulsivo sacudía
sus ateridos miembros.

—¡Dinos quién eres!
—¡Háblanos!
—Si eres fantasma bueno,
¡habla, en nombre de Dios!
—Si no respondes,
espíritu infernal te juzgaremos!

—¡Dale tú con la lanza,
veremos si habla; hiérelo!
Y, por si fuere espíritu maligno,
el signo de la cruz haz en el hierro.

—Cuida que no te esquive,
porque mucho me temo
que nos haga cegar. Este fantasma,
al irse o estallar, puede ofendernos.

—¡Cá! No tiene bastante
potestad para eso.
¿No ves que está temblando? ¿No lo sientes?
¡Herir con brío! ¡No tenerle miedo!

. . . .

Cual tigre acorralado,
volvía el indio su mirar de fuego,
todo el furor salvaje
sintiendo en su alma y en sus duros nervios;

y el asta de la lanza
dirigida a su pecho,
como por un zarpazo arrebatada,
crujió, y saltó, en astillas, de sus dedos.

Aunque el asombro embarga a los soldados,
no vacilan por ello,
y, con creciente ardor, sus alabardas
buscan herir al infernal engendro.

El indio, sacudido por la fiebre,
siente que ya su cuerpo
va a desplomarse, pues sus piernas trémulas
se doblan a su peso,

cuando, a espaldas del grupo,
clamó una voz cansada: ¡Quedos! ¡Quedos!
Y con la frente cana descubierta,
se vio llegar jadeante al misionero.

Se abrió paso hasta el indio,
tendiéndole los brazos; éste, al verlo,
se aferró a su sayal, dobló la frente,
y en tierra dio con su extenuado cuerpo.

VIII

Del seno de una nube,
sus desflocadas orlas encendiendo,
salió la luna, que alumbró piadosa
la yerta faz del infeliz enfermo.

—¡Tabaré! prorrumpieron los soldados.
—¡El indio de los ceibos!
—¡El indio loco!
—¡El de los ojos verdes!
—¡El fantasma del cuento!

. . . .

El fraile, la cabeza
de Tabaré apoyó sobre su pecho...
¡Los soldados entonces se engañaban,
al creer que el indio aquel... no era un espectro!

CANTO QUINTO

I

Desleída en las tintas de la aurora,
se ha disuelto la luz de las estrellas;
        la risa de los cielos
ha despertado el himno de la tierra.

El ombú, solitario de las lomas,
la copa verde apenas balancea;
        el sauce besa al río,
y el talle esbelto cimbran las palmeras.

El carnoso ropaje verdinegro
sacude el canelón de las riberas;
        la flor del camalote,
morada y blanca, en la corriente juega.

Como gotas de sangre que sonríen,
las margaritas rojas se despiertan,
        despiertan las azules,
y esas hijas sin nombre de la yerba,

de un amarillo y blanco deslumbrantes,
        que, en el campo, se cuentan
como, en las claras noches de diciembre,
se cuentan en el cielo las estrellas.

Todas las hojas brillan; una savia
joven y turbulenta
circula por las cañas y los juncos,
da ternura a los brazos de la yedra,

desabrocha las flores de los talas,
del *guaviyú* y la *ceiba,*
y alegra el corazón de los palmares,
y los estambres húmedos revienta.

Los cardos, agrupados o dispersos,
levantan las cabezas,
con las corolas frescas, muy azules,
sobre el tallo espinoso descubiertas;

y, cual ropas tendidas por la noche
a secar en la arena,
desparramados vense, entre espadañas,
flamencos, y gaviotas, y cigüeñas.

De dos en dos, dispersos y pesados,
o en obscuras hileras,
se posan en la orilla los *chajáes,*
lanzando a ratos su estridente queja.

Pasea cadenciosa, entre los juncos,
con su rítmico andar, la garza esbelta,
o asoma entre ellos el nevado cuello,
mientras abre el *biguá* las alas negras;

y corren, por la arena de la playa,
esas aves pequeñas,
de largas patas y afilados picos,
que en su base sutil se balancean,

cual si intentaran emprender el vuelo,
y de ello desistieran,
para correr de nuevo por la orilla,
allí dejando sus ligeras huellas.

Como vapor, en tanto, sonoroso,
que en el espacio ondea,
los pájaros, las arpas que la aurora
de las ramas descuelga,

dan el cantar del día,
que, en temblorosa ebullición, se eleva;
nadan en luz las notas,
y el alma de la luz palpita en ellas.

El día las recoge,
y las ajusta al ritmo de una idea,
y así elabora el salmo de alabanza,
que eleva a Dios, al despertar, la tierra.

Las islas van brotando, lentamente,
del seno de las nieblas
disueltas en la luz; los horizontes,
a través de los árboles, se alejan.

La claridad naciente va ganando
colinas y laderas;
tras ella, el sol dispara, victorioso,
a través de los aires, sus saetas.

II

¿Quién no siente en el alma
la fresca sensación de la belleza,
el descansar feliz de los sentidos,
el instintivo amor a la existencia?

¿Quién no siente, en los labios,
las sonrisas serenas
en que la luz y la quietud del alma,
y el escondido amor se transparentan,

y esas lágrimas puras,
de luz y encanto llenas,
que humedecen los ojos, sin dejarles
huella alguna de llanto? ¿Quién no reza?

III

Él: *Tabaré,* el cacique,
a quien las sombras cercan,
y abren abismos a sus pies, honduras
en que sus propias tempestades ruedan.

Vedlo. Es el indio puro;
es el charrúa de la frente estrecha.
Su sangre afluye al pómulo saliente,
su labio tiembla, su pupila humea.

La lucha sostenida
en la noche anterior, y la sorpresa;
las armas asestadas a su pecho,
que aun cree astillar entre las manos yertas,

todo le encona el alma,
todo despierta en ella
el instinto dormido, el ansia viva
de libertad, y destrucción, y guerra.

Como del fondo obscuro del abismo
vuelan las aves negras,
del fondo de su alma se levantan
las fierezas ingénitas,

que cruzan por sus ojos,
en el suelo clavados, y reflejan
en ellos repentinas llamaradas,
que en sus pupilas encendidas tiemblan.

En vano, de sus labios,
solícito pretende el Padre Esteban
oír una palabra, que revele
un eco al menos de su lucha interna;

en vano, las memorias
que otras veces al indio conmovieran
ha llamado en su ayuda,
para tocarle el corazón con ellas:

la mano del recuerdo
esa arruga del ceño no despliega,
ni separa esos dedos, que serpientes
enroscadas semejan.

Oye gritos de muerte y de victoria,
silbidos de saetas,
aullidos de una guerra inextinguible,
que su enconado pensamiento atruenan.

Sólo sangre charrúa
siente andar en sus venas...
Pero asoma a sus ojos azulados
el alma de su madre Magdalena,

y la mortal congoja
del indio se apodera,
y la lucha de un átomo con otro
se renueva potente en sus arterias,

y silba en sus oídos,
y anubla su cabeza,
y afluye al corazón, y en él estalla,
y recorre su carne y sus potencias.
. . . .
. . . .

IV

Doña Luz suplicaba
al noble capitán, que, ensimismado,
escuchaba a su esposa, con los ojos
clavados, sin mirar, en el espacio.

—Sólo he visto en ese hombre
un misterio infeliz, un sér extraño;
no hallo peligro en él; mas... tú lo quieres...
Tabaré partirá, dijo Gonzalo.

—¡Partirá!, dijo Blanca.
¿Y adónde ha de ir el indio desgraciado?
¿Qué será de él, en el desierto bosque,
enfermo y solo? ¡No hagas tal, hermano!

¿Y qué mal nos ha hecho?
¿Por qué así abandonarlo?
El pobre *Tabaré* no nos ofende...
¿Qué vais a hacer? ¿Es una fiera acaso?

—Blanca: tú siempre niña,
le dijo Doña Luz. ¿Estás pensando
que son capaces de pasiones buenas
esos hombres, nacidos para esclavos?

¿Piensas, Blanca, que anoche
no meditaba un crimen ese bárbaro,
cuando, en las altas horas, felizmente,
en vela lo encontraron los soldados?

—¡Un crimen! Nó, por cierto.
¡Un crimen *Tabaré*! ¿Qué estás hablando?
Tú no has oído, como yo, al charrúa;
si lo oyes, Luz, tú no podrás odiarlo.

¡Oh! No arrojéis al indio.
¡Lanzarlo para siempre!... ¡Es inhumano!
Llamad al Padre Esteban; que él os diga
si *Tabaré* el charrúa es un malvado.

—¡Oh! ¡El Padre, el Padre Esteban!
¡De masa de indios quiere hacer cristianos!
¡Inocente ilusión! Él no imagina...
¡No puede ser! Despídelo, Gonzalo.

Si aun crees que no es culpable,
después que anoche se le halló velando,
no le hagas mal; pero, por Dios, despídelo,
dale la libertad; no lo veamos.

Mientras él está aquí, tú bien lo sabes,
yo vivo en un continuo sobresalto;
yo no puedo dormir; ese salvaje
en sueños me persigue; no descanso.

. . . .

V

Tabaré entró sombrío...
Don Gonzalo, que solo lo esperaba,
busca, al verlo llegar, mas busca en vano,
del indio la mirada,

que chispea, en el fondo
de la órbita ceñuda, como llama
que, con espesa obscuridad en lucha,
se extingue, reaparece, y se dilata.

—¿Por qué el indio charrúa
fue sorprendido anoche por la guardia?
¿Qué buscaba a esas horas?
¿Qué intento lo llevaba?

El indio queda inmóvil en su sitio,
con la cabeza baja.
Repite su pregunta Don Gonzalo,
e igual respuesta: el prisionero calla.

El jefe continuó: —Cuando el cacique
rompió ante mí su lanza,
en señal de amistad, le di la mía.
¿No he sido fiel a la amistad jurada?

Diga el indio charrúa si el cristiano
a sus promesas falta...
¡Conteste *Tabaré!* ¿Qué es lo que intenta?...
Todo es en vano: el prisionero calla.

—En cambio, el indio amigo
en la alta noche por el pueblo vaga;
y en la sombra revela de su frente
que en su espíritu hay sombras, sombras malas.

¿Qué plan revuelve en ellas?
¿Nada, en su abono, que decirnos halla?
¡Raza maldita! ¿No es capaz, entonces,
de amor y gratitud? ¿Todo es venganza?

Una terrible lucha
de *Tabaré* en el alma se desata,
y, como el eco de la lucha interna,
suena un ronco gemido en su garganta;

pero calla. Temblor imperceptible
discurre por su carne. Onda del alma
llega a su cuerpo enfermo, como mueren
las olas en la playa.

Compasivo, sin odio,
el capitán al indio contemplaba;
mas, recordando el ruego de su esposa,
—Pues bien, gritó, con expresión airada,

ya que el indio charrúa
nuestra amistad rechaza,
vuelva a sus bosques, a enconar sus flechas.
Vuelva a buscar las fieras, sus hermanas.

El español no quiere
violar un punto la amistad jurada;
pero verá en el indio a su enemigo,
al eterno enemigo de su raza.

Vaya libre a su selva,
pues no hay amor ni gratitud en su alma;
pero jamás, donde el cristiano aliente,
torne a posar la sigilosa planta.

. . . .

Don Gonzalo partió. Quiso en la boca
de *Tabaré* asomar una palabra;
alzó la frente... ¡y la inclinó de nuevo!
Mudo y sombrío, abandonó la estancia.

CANTO SEXTO

I

Tras los bosques de acacias de las islas,
se esconde el sol; en las más altas ramas
deja un toque de luz anaranjado,
y polvo de oro en las dormidas aguas.

Tiemblan en los vapores, al perderse,
de los cuerpos las líneas esfumadas;
cruzan, hacia las islas, las bandurrias,
los cisnes, y los patos, y las garzas,

que, ya a lo largo del bruñido río,
casi rozando el agua, se adelantan,
o forman, en la altura que atraviesan,
simétricas y largas caravanas.

El Uruguay se envuelve en su neblina;
llega al nido en silencio la calandria;
buscando su nocturno alojamiento,
aletea la tórtola en las ramas.

Los flexibles y esbeltos sarandíes,
en su alfombra de juncos y espadañas,
abrigan al dormido camalote,
cuyas hojas se extienden sobre el agua.

Los zorzales se esconden; a lo lejos,
gritando, el teru-tero se agazapa;
sale a pacer la nutria, y el carpincho
deja su cueva al pie de la barranca.

Cual sobre dos abismos reflejados,
en la orilla, los sauces y los talas
sobre un cielo proyectan las cabezas,
y en otro cielo las raíces bañan.

II

Entretanto, la frente sobre el pecho,
        y el caos en el alma,
Tabaré cruza el pueblo lentamente;
vuelve a su selva, a su salvaje patria.

Va sombrío, y huraño, y silencioso.
        El monje lo acompaña.
¿Por qué esa sombra, cuando va a ser libre,
libre como el venado de la pampa?

        ¿No es Tabaré charrúa?
¿No son la libertad, el cielo, el aura,
y la selva nativa, y los combates,
la pasión del charrúa y la esperanza?

        ¡Ay del indio imposible!
Ya una mujer, de la enemiga raza,
es libertad para él, y cielo, y nubes,
y hogar nativo, y selvas, y batallas!

III

Cruza entre los corrillos de soldados,
que hablan, tendidos en la yerba, o cantan,
al ritmo de los golpes que aderezan
los coseletes y maltrechas armas.

Al ver pasar al indio con el monje,
suspenden la labor, y se levantan.
¡El indio loco! dicen por lo bajo.
¡Ya lo hallaremos! ¡Ése no me engaña!

—¿Qué pensará, decid, de esa trahilla
nuestro buen capitán? ¿Acaso aguarda
a que nos mate aquí, como a conejos,
en la noche mejor esa canalla?

¡Darles la libertad! ¡Valiente idea!
¡Cual si nada costara darles caza!
¡Hierro y fuego les diera, hierro y fuego!
—¡Hierro, bien dicho, exterminar la plaga!

—¿Pues no ha dado en creer, el buen hidalgo,
que el indio de estos bosques tiene una alma
como la nuestra, y es vasallo y súbdito
del Rey Nuestro Señor?
—¡Oiga!
—¡No es nada!

—Como lo oís. El padre franciscano,
¡es claro! lo aconseja, lo acompaña;
y aquí estamos ¡pardiez! mirando siempre
al señor indio como a gente honrada.

—¡Los vasallos del rey!
—¿No es una ofensa
que se infiere, decid, al gran monarca?
¿Qué dices tú, Rodrigo? Tú eres viejo...
—A ver qué dices tú; deja esa adarga.

—Pues yo... ¿qué he de decir? Veinte años hace
que ando en estas diabólicas andanzas;
por cierto que era yo de la partida
cuando encalló la nave capitana.

Fue allí, sobre esa arena ¡triste noche!
¿Veis esa loma? ¿Distinguís la playa
que se ve más allá? Tras de aquel árbol,
¿lo veis bien? tras de aquél, va la barranca.

Pues bien: allí. Cayeron los charrúas
sobre nosotros, como avispas bravas;
incendiaron las tiendas, y diezmaron
nuestra gente más firme y más bizarra.

¡Buena la hubimos, por San Jorge, buena!
¡Por poco allí los indios nos acaban!
Estábamos sitiados en las naves,
oyendo sus aullidos y amenazas,

mirándolos llegar hasta la orilla
con gritos e insolentes musarañas,
y citar al más bravo de nosotros
para retarlo a singular batalla.

Las pieles o cabellos de los nuestros
que en el campo quedaron, enastaban
en sus picas, aullando, los malditos,
y dando saltos en siniestra danza.

Así pasamos las eternas horas,
aguardando la muerte, como ratas,
hambrientos y desnudos; dando al río
tributo de cadáveres; sin armas,

pues ni un grano de pólvora teníamos
que dar al arcabuz; sin esperanza,
pues una tempestad hacía imposible
de recursos humanos la llegada.

¡Ah, Don Juan de Garay! Sin él, os juro
que no llevamos este cuento a España;
en los barcos hallamos nuestra tumba,
sin su arribo, con tropas bien armadas.

¡Y no era la primera, ¡voto a Sanes!
ni la última será! ¡Maldita raza!
Luchan como demonios, no como hombres.
¿Digo bien?
—¡Bien, muy bien!
—Entonces, ¡nada!

¡Bien los conoces! Mientras quede uno,
capaz de alzar la endemoniada lanza,
no hay que andar con escrúpulos; al indio,
lanzada firme; nada de palabras.

—Lo propio digo yo.
—Pues yo otro tanto.
¿Qué hacemos ¡vive Dios! en esta plaza?
Sin un caballo, expuestos noche y día...
—Noche y día, bien dicho, desde el alba.

Y el capitán, en tanto, se entretiene
en dar la libertad a esa canalla.
¡Buena les diera yo!
—Mirad al indio:
allá va con el Padre; a ése mañana

acaudillar acaso lo veremos
alguna turba de esos perros.
—¡Cáspita!
¡Que vengan, voto al diablo!
—¡Que me place!
¡Tiempo hace ya que no tenemos danza!

—Yo os juro que, en las noches, a mi lado,
bosteza mi arcabuz de holganza tanta.
—Bien dicho, ¡el arcabuz!
—¡Oiga! ¿Qué esperan
el indio y el anciano? ¿Qué les pasa?

IV

Tabaré ya se aleja;
ya lo despide el monje, con palabras
de consuelo y de amor; indiferente
lo escucha el indio, que a su lado marcha,

terrible, duro, con el ceño torvo,
fiera cual nunca la actitud y huraña.
Lleva la noche, la infinita noche,
sin un rayo de luz, en las entrañas.

De pronto, se detiene,
en un punto clavada la mirada
¿Qué lo agita? ¿Qué ve? Temblor de muerte
por sus rígidos miembros se derrama.

¿La víbora, silbando,
casi invisible, en el chircal se arrastra?
¿O es el jaguar, despierto en la maleza,
que hacia el charrúa silencioso avanza?

Nó. *Tabaré* no teme
a la amarilla fiera, que, a sus plantas,
ya muchas veces vio, cuando su flecha
hasta a morderle el corazón llegaba;

no es fiera lo que ha visto;
una mujer lo mira entre las ramas;
mirándolo, se acerca al Padre Esteban,
y esa mujer que se aproxima es *Blanca.*

Ya no puede dudarlo;
nó, no es una ilusión, no es un fantasma:
han crujido, a sus pies, las hojas secas;
ha hecho mover las ramas, al tocarlas.

El viento de la tarde
viene a agitar, con sus movibles alas,
su cabello en desorden, y, en su rostro,
a orear la huella de recientes lágrimas.

Es ella: trae un ramo
de margaritas en la falda blanca;
ella, con sus estrellas en los ojos,
sus alas invisibles en la espalda.

Viene la frágil niña,
como un rayo del alba
que en la profunda obscuridad penetra,
y el seno negro de la noche aclara;

la trae el mismo impulso
que conduce los besos de las palmas;
que despierta sonrisas en los labios,
y de los ojos lágrimas arranca,

cuando el alma sonríe,
y el espíritu llora, sin más causa
que esas ansias de llanto o de ternura
que, en ciertas horas, nuestro sér asaltan.

Besó la mano al Padre,
que con muda sorpresa la observaba;
alzó tímidamente la cabeza,
y bañó a *Tabaré* con la mirada.

Al verlo, sacudido
por la lucha que su alma despedaza,
el ceño torvo, ardiente la pupila,
convulso y presa de mortales ansias,

en terror y amargura
el corazón sintió se le inundaba,
como si, al borde de ignorado abismo,
después de un corto sueño despertara.

Dio un grito; las azules margaritas
rodaron hasta el suelo por su falda;
se acogió horrorizada al Padre Esteban,
y escondió en su sayal la frente helada.

—¿Entonces es verdad, ¡verdad, Dios santo!
que el indio nos odiaba?
¿Es verdad que en su pecho no hay latidos,
y que jamás su corazón se ablanda?

¡Oh, Padre!... ¿Por qué entonces de esos hombres
el amor me enseñabais?
Padre, no me dejéis, volvamos pronto...
Mirad: la noche baja.

Huye del indio esclavo, me decían,
sólo hay odio en su alma;
no tuvo hogar, ni madre; de ternura
su raza es incapaz: todo lo ultraja.

Yo nunca lo creí: yo vi en sus ojos
dolor... ¡le tuve lástima!
Venía a consolar su desventura!...
Y no más... ¿Hice mal? No lo pensaba.

No quise nada más, nada, os lo juro,
vine por consolarlo.
Lo sabe Dios muy bien... Pero ¡qué tarde!
¡Qué tarde es ya! ¡Cómo la niebla se alza!

Y el indio, Padre Esteban, me da miedo.
¿Qué tiene? ¿Qué le pasa?
Vedlo... Volvamos, por favor, volvamos...
¿Por qué vine hasta aquí? ¡Quién lo pensara!

Indio... Adiós, *Tabaré.* Terror y pena
me inspira tu desgracia.
¡Qué tarde es ya!... ¡La Virgen te proteja!
¡Anda con Dios a tu salvaje patria!

V

Ya huyendo temblorosa hacia la villa,
Blanca exhaló sus últimas palabras.
La tarde la arropaba en sus vapores,
y ella, en su seno, al parecer, flotaba.

El charrúa la vio tenue, impalpable;
la siguió con estúpida mirada;
la vio volver de nuevo la cabeza,
y ocultarse, por fin, entre los talas.

Cuando la vio perderse para siempre,
sintió la soledad. Toda su raza
en él moría; muda, sin quejarse,
hundíase en la noche de su alma.

En brazos del anciano misionero
se arroja el indio; su contacto abrasa.
Solloza... Sus sollozos, cual rugidos
de fieras moribundas, se dilatan.

Al sentir en los párpados el llanto,
exhala un grito de dolor o rabia.
Un grito que, a lo lejos, al perderse,
se transforma en lamento o en plegaria.

De pronto, con un brusco movimiento,
se desprende del monje; la mirada
clava en el punto en que, la vez postrera,
sobre el fondo del cielo, miró a Blanca,

y huye, como la fiera perseguida,
y se interna en la selva solitaria...
Largo tiempo se oyeron sus quejidos,
como si un tigre herido se alejara.

VI

Sobre el sayal del monje,
del charrúa quedó la primer lágrima;
el supremo dolor, entre los dedos,
una raza exprimió, para arrancarla.

Las horas de la noche,
ya vestidas en luto, se adelantan;
y entran al bosque, y sus cendales negros
van colgando, en silencio, de las ramas.

Sobre el sayal del monje,
del charrúa quedó la primer lágrima...
¡Para llorar, la moribunda estirpe
una pupila azul necesitaba!

LIBRO TERCERO

CANTO PRIMERO

I

Genios de las riberas,
invisibles espíritus del bosque,
que convertís en moscas o en reptiles
a los indios que vagan por la noche;

seres que, en las tinieblas,
gastáis el tiempo en ajustar los broches
de la dormida flor, mientras su ovario
abre su amor al encendido polen;

que elaboráis en ella
el dulce néctar que la abeja sorbe,
y los frescos aromas que, sedientos,
los labios de los céfiros recogen;

o, en la mortal cicuta,
vivís acurrucados, de los hombres
acechando el secreto de la vida,
y destiláis la hiel de los dolores;

y agriáis la crespa yerba
que ni el carpincho ni la nutria comen,
y envenenáis al avestruz dormido
los huevos, bajo el ala, sin que os note.

II

Vírgenes transparentes
que os colgáis en las ramas de los molles,
y os columpiáis, con vuestros pies trazando
rayas de luz sobre la linfa inmóvil,

y en esas lacias hebras
con que acaricia el sauce al camalote,
subís y descendéis, llevando al río
rayos de luna, en haces brilladores;

o, hundidas en el lecho de espadañas,
os reclináis en los desiertos bordes,
a escuchar el secreto de las olas,
que transformáis en trémulas canciones;

pobladores del aire,
leves y multiformes,
hijos de los crepúsculos azules,
que con las alas embozáis los montes;

que taladráis el diente
de la víbora, en donde
derramáis los licores ponzoñosos
que, al infiltrarse, el corazón corroen;

que, en los ojos del tigre,
encendéis vuestra antorcha, y las visiones
preparáis a su luz disparatadas,
y las vaciáis en sus extraños moldes;

que, en la blanca osamenta,
hacéis brotar los fuegos fatuos dobles,
esos que, sobre el haz de los pantanos,
ebrios, inquietos e impalpables corren,

suben, bajan, se arrastran, se persiguen,
    se agitan y se rompen,
y se apagan los unos a los otros,
sin que el aire los mueva ni los sople;

    almas de los murmullos,
espíritus errantes de las flores
que, al murmurar, hacéis más perceptible
el solemne silencio de los orbes;

    invisibles remeros,
que empujáis blandamente al camalote
en que navega incorporado el tigre,
que, dormido en la orilla, descuidóse;

    engendros de los ríos,
que recortáis la escama y los arpones
del dorado, debajo de las islas
que, en vuestros hombros, sostenéis a flote,

    meciéndolas en ellos,
sin que el río en que nadan se desborde,
ni el movimiento imperceptible y blando
las húmedas barrancas desmorone;

seres que, como llamas apagadas,
    sois, de un pasado informe,
la vida actual y eterna, cuyo velo
la fuerza del espíritu descorre;

    testigos que no mueren,
que acompañasteis a las tribus nómades,
las visteis desprenderse de su tronco,
y viajar, sumergiéndose en la noche:

brotad de entre los tiempos, y escuchadme.
Yo os nombraré por vuestros propios nombres.
En la forma, en la voz y el movimiento,
mi espíritu sutil os reconoce.

Cabalgando en las horas que pasaron,
que el tiempo enfrena, y en su noche esconde,
desatad vuestras alas puntiagudas,
en legiones aéreas y deformes.

¡Horadadme esa tierra!
¡Sacudidme ese monte!
Como caen los cabellos de un anciano,
como el cardo desgrana sus plumones,

de la muerta cabeza
en que pensó una raza, acaso logre
ver desprenderse el pensamiento oculto
sobre mi frente, cuando yo os invoque.

¡Dad un vuelco a ese río!
Salid, desde su légamo a sus bordes,
con secretos del agua y de la arena,
de los huesos de piedra, que se esconden

en el profundo limo
en que tienen las algas sus amores,
se arrastra el yacaré, duerme la raya,
y la tortuga sus nidadas pone.

Infundid, en ese indio
que ahora penetra en el callado bosque,
los latidos postreros de una raza,
que a vuestro acento viven y responden;

latidos de esperanzas imposibles,
        rudo y último acorde
de las arpas malditas, que sonaron
pulsadas por la muerte y los dolores.

. . . .

III

Es *Tabaré.* Penetra nuevamente
        en su nativo bosque,
cuyos añosos árboles lo miran,
y, a su paso, los troncos interponen.

Y le tienden los brazos descarnados,
        con raras contorsiones,
como fantasmas que, en inmóvil danza,
cruzan y se retuercen por el monte,

y en torno de él se agrupan a mirarlo,
        y así que lo conocen,
después de herirlo con los brazos negros,
se dispersan en todas direcciones.

Y los duros lagartos, al sentirlo,
        hacia sus cuevas corren,
y asoman las cabezas puntiagudas,
y el largo cuerpo sin calor encogen;

y las ranas se callan un instante,
        mientras pasa, y sus voces,
como largos quejidos, a su espalda,
cuando ha pasado, nuevamente se oyen;

y los nocturnos pájaros, lo siguen
        en negras procesiones:
el chajá dando saltos por el suelo,
chirriando esos murciélagos enormes,

que, como manchas de la misma sombra,
la obscuridad recorren,
persiguiendo los átomos, o huyendo,
atolondrados, de invisible azote.

Detrás de cada tronco, acurrucada,
parece que se esconde
alguna cosa, que, al pasar el indio,
sigue tras él, con movimiento torpe.

Él siente, a sus espaldas, ese mundo
que su alma sobrecoge;
mas no se vuelve, y apresura el paso,
y sigue, y sigue sin saber adónde.

¿Anduvo mucho? El indio no lo sabe.
Era la media noche
quizá, cuando, rendido por la fiebre,
detúvose entre rudas convulsiones,

pues la luna, en lo alto de los cielos,
los transparentes bordes
de las nubes plomizas encendía,
franjeándolas de tenues resplandores.

De las que ante su disco se atraviesan,
parecen los jirones
las siluetas de negros cocodrilos,
que la infinita soledad recorren;

palidecen lejanas las estrellas
que, desde lo alto, vuelan hacia el norte;
la Cruz del Sur se inclina esplendorosa,
con los brazos tocando el horizonte.

Tabaré escucha. En el profundo hueco
de sus ojos inmóviles,
introduce los dedos el delirio,
que atruena su cabeza con sus voces.

Y ora fugaces, ora persistentes,
comenzaron entonces
a hablar, y cobrar vida, los espacios,
la tierra, el aire, el corazón del bosque.

IV

Y, a los pies del charrúa,
la tierra daba gritos.
Retorcían los árboles sus troncos,
como animados de un airado espíritu.

—¡El genio de la tierra
ha de morder tus pies, con los colmillos
de sus víboras negras, que se arrastran
silbando como el viento! ¡No eres indio!

—¡Pasa! ¿Por qué me huellas?
La sangre brota de tus pies heridos.
¿Por qué me manchas? De tu sangre, nacen
malas serpientes, negros cocodrilos.

—¡No te detengas! ¡Huye!
Aquí en mi seno no hallarás abrigo:
ya, para ti, la patria es un recuerdo.
¿No te sientes llamar? Eres tú mismo.

Tabaré oyó la voz, cual si brotara
de las grietas del suelo removido;
lejanas muchedumbres
a sus pies agitaban el vacío;

crujían las raíces de los árboles,
        como si extraño fluido
las retorciera, al circular en ellas,
dándoles movimientos convulsivos.

. . . .

        Y, del añoso ceibo,
cayó, volteando en animados giros,
una hoja seca, que miró al charrúa,
que a su vez la miraba. Y ella dijo:

yo rodaré a tus pies ensangrentados,
        realidad de mi símbolo;
el viento me ha arrancado de mi rama;
a ti te empuja el viento del destino.

Yo vivo con la vida de tu estirpe,
        con tu fiebre palpito;
y mi polvo, y el polvo de tus huesos,
van a formar el légamo del río.

Vamos, charrúa; sígueme, salvaje.
        Nos llama el torbellino.
Tus lunas han pasado; el sueño negro
anda en tus venas, derramando frío.

Te vuelca el suelo. ¿No lo sientes? Vente;
        vente, sigue conmigo.
¿No sientes el aliento de otra raza,
que te sopla del suelo en que has nacido?

Es la raza de vírgenes tan pálidas
        como la flor del lirio;
hermosas cual la luna, cuando se hunde
entre las aguas trémulas del río;

y tienen luz de aurora en la mirada,
y sus ojos tranquilos
miran con odio al indio de los bosques,
y le llaman maldito.

Vamos, charrúa; sígueme, salvaje.
¡Mira aquel remolino!
Vientos de tempestad vienen de lejos,
aullando, como perros fugitivos.

Las sombras que recorren la maleza
lanzan agudos gritos;
esas llamas sin luz marcan la ruta
por donde corren *los que fueron vivos.*

. . . .

Los impasibles ojos del charrúa
siguen los vanos giros
de la hoja, en cuyas venas circulaba
la vida de un espíritu cautivo,

que en pie la sostenía,
y la empujaba contra el viento mismo,
y la llevó, saltando y retorciéndose,
siempre mirando y señalando al indio.

V

Oye entonces al aire de la noche,
que a su lado respira,
jadeante, con penosa intermitencia,
como el hálito de alguien que agoniza.

¿Te ahogas?, le gritaba. Es que, en tu bosque,
la muerte sólo habita;
está poblado el aire por las sombras,
por las sombras charrúas que te miran.

Vengo empapado en llanto de las tribus
que mueren fugitivas;
vengo cargado de vapor de sangre,
que forma sobre el campo una neblina.

¿Sientes los ayes? Es la muerte; corre
tras de las madres indias,
que huyen sin hijos. Ellos no se mueven:
tendidos allá están en las colinas.

Son tus hermanos, muertos en su tierra
por la raza maldita.
¿Ves esa virgen que en tus sueños anda?
Está empapada de tu sangre. ¡Mírala!

VI

El indio está de pie. Todos sus miembros
ateridos tiritan;
le falta el suelo, y vuelve a recobrarlo,
en actitud violenta y convulsiva;

la fiebre, en su cabeza espeluznada,
hunde la mano rígida,
y, en sus ojos atónitos, llamean,
con fosfórica lumbre, las pupilas.

Todo es extraño para él: el viento,
los árboles, que imitan
seres desnudos, negros, que en su torno
se han detenido, y cuyos ojos brillan

entre cabellos que hasta el suelo bajan,
y lentamente oscilan;
brillan, marcando el sitio en que se encuentran
cabezas que, sin verse, se adivinan.

Los rumores que pasan, van dejando,
por la extensión vacía,
como esos remolinos que las barcas
hacen surgir del fondo de las linfas,

resonancias que brotan en la sombra,
tumultos que se agitan,
silencios prolongados, que, de nuevo,
estallan en confusas vocerías,

o dan paso a una voz, triste y aislada,
voz que parece amiga,
y dice algo al oído, en una lengua
inteligible pero nunca oída.

VII

Por fin, cual si las vagas sensaciones
que el indio aun percibía
sufrieran, en la nada tenebrosa,
una inmersión violenta y repentina,

Tabaré se desploma. Un ruido extraño
produce su caída.
¿Se queja el suelo? ¿Quién impone al bosque
esa actitud de asombro o de atonía?

Las notas que pasaban,
los rumores que huían,
las ramas que, inclinadas por el viento,
a levantarse nuevamente iban,

suspensos han quedado. Es que el charrúa
está en la selva antigua
del indio Caracé; es que ha caído
sobre el sepulcro de su madre extinta.

La cruz abre los brazos a su lado;
la cruz de la cautiva.
Parece que, inclinando la cabeza,
al indio inerte en su regazo abriga.

¿Qué habló con el salvaje, aquella noche
el alma errante que en la cruz palpita?
Es el secreto de la sombra eterna...
Empieza a amanecer; casi es de día

CANTO SEGUNDO

I

¿Quién grita, por allá, que tiembla el bosque,
y hasta los aires tiemblan?
Un vago resplandor, allá a lo lejos,
sobre el obscuro cielo se proyecta;

destaca el bosquecillo, cuyas formas
vacilantes revela,
y alumbra aquel ombú que, solo y negro,
está en pie, durmiendo en una cuesta.

Parece que se mueven un instante
las lomas soñolientas
que en la turbada obscuridad estaban,
y que asoman por entre las tinieblas.
. . . .

De nuevo el alarido temeroso
en los aires revienta.
¿El hambre, acaso, tiene congregadas,
en esos matorrales, a las fieras?

Nó: las fieras, miradlas: en rebaños,
tendidas las orejas,
saltan de acá y de allá; sobre las lomas
se detienen, volviendo las cabezas;

emprenden nuevamente, amedrentadas,
su rápida carrera;
alargando los cuerpos, se deslizan,
con sigiloso paso, entre las breñas;

enarcando los lomos amarillos,
acurrucadas quedan,
y, en la profunda obscuridad del soto,
sus dos ojos de fuego centellean.

El avestruz, corriendo en la llanura,
va con las alas sueltas;
se siente el aleteo de los pájaros
que abandonan los nidos, y se alejan;

y se oyen las carreras del venado,
que salta en la maleza,
y el rumor de manadas de carpinchos,
que corren a buscar sus madrigueras.

II

¿Quién va? ¿Qué sombras son las que corriendo
van entre las tinieblas,
e indican, con los brazos extendidos,
el resplandor de la lejana hoguera?

Son los indios charrúas. Han brillado
los *fuegos de la guerra,*
en las lomas del *Hum; fuegos de muerte*
lucen del *Uruguay* en las riberas.

Y el indio que al venado perseguía
en las pampas desiertas;
y el que encendía el tronco de algarrobo
en el hogar del valle, y a las flechas

ataba, con los nervios del carpincho,
el colmillo de piedra,
o la cuerda del arco retorcía,
formada de flexible enredadera;

y el que miraba, más allá, tendido
con su eterna indolencia,
a sus mujeres fermentar la chicha,
y levantar las pieles de la tienda,

todos vieron los fuegos de las lomas,
y alzaron las cabezas,
y, señalando el resplandor, gritaron:
¡Ahú! ¡ahú! ¡ahú! ¡Fuegos de guerra!

Todos caminan; han tomado todos
sus lanzas y sus flechas;
se han pintado las caras y los cuerpos
con rayas muy azules y muy negras,

inyectando en la piel los jugos agrios
de las silvestres yerbas
que el venado no come ni la nutria,
y que crecen de noche entre las piedras,

bajo las cuales, en las altas horas,
ladra el zorro en su cueva,
y se esconde la iguana perseguida,
y anidan la lechuza y la culebra.

Todos caminan; llevan en los cuerpos
arreos de pelea:
las plumas de ñandú sobre la frente,
en las lanzas, humanas cabelleras.

¿Adónde van? Donde los llama el fuego,
el fuego de la guerra;
el que anuncia la muerte del cacique,
allá en el bosquecillo de las ceibas.

¡Ahú, ahú, ahú! Corren los indios,
gritando en las tinieblas,
y el turbado silencio de la noche
huye a esconderse en la inmediata selva.

III

Las nubes de humo denso iluminado,
que en el aire se elevan
sobre la masa negra de los árboles,
marcan el sitio en que las tribus velan;

desde lejos, se ven, de los charrúas
las obscuras siluetas,
que, cruzando y saltando entre los troncos,
sobre el rojizo fondo se proyectan.

IV

¡Extraño funeral! ¡Los indios, ebrios,
avivan diez hogueras
encendidas en torno de un cadáver
tendido sobre un lecho de maleza.

Es un viejo cacique. El sueño frío
se ha entrado por sus venas;
nadie pudo arrancarlo con la boca
de la piel del anciano; quedó en ella,

dejándole el color amarillento
        que entristece a las ceibas,
cuando el viento se enfría, y, de las ramas,
las hojas bajan a morir en tierra.

Los médicos el vientre del cacique
        han chupado con fuerza,
por arrancarle el dardo y el gusano
que le causaban mal. Inútil brega.

Vedlo tendido inmóvil, taciturno,
        tan largo como era;
los indios gritan, en su torno corren,
y las abiertas bocas se golpean.

El arco de *urunday* tiene el cadáver
        entre las manos yertas;
han colocado en orden, a su lado,
su lanza, y sus macanas, y sus flechas,

y pieles de venados, y vasijas
        en que el zumo fermenta
de *guaviyús* silvestres y algarrobas,
y de la miel que forman las abejas.

V

Las tribus cuidan de que tenga el muerto
        las pupilas abiertas;
bien atadas le han puesto, en la cintura,
las silbadoras bolas de pelea;

y, porque espante entre los negros toldos,
        a *Añang* y a *Macachera*,
con jugos de *urucú* le han embijado
todo el cuerpo, y la cara que amedrenta.

Tiene azules los pómulos salientes;
amarillas y negras
son las rayas que cruzan sus mejillas,
y su pecho, y sus brazos, y sus piernas.

El deformado rostro del cadáver
hace una horrible mueca,
que infundirá terror, cuando el cacique
de los genios del aire se defienda.

VI

¡Ahú! ¡ahú!, ¡ahú! Por todos lados
los indios atraviesan;
aúllan, corren, saltan jadeantes,
dando al aire las rígidas melenas;

hacen silbar las bolas, agitadas
en torno a las cabezas;
chocan las lanzas, los cerrados puños,
con feroz ademán, al aire elevan,

y forman un acorde indescriptible,
que en los aires revienta:
ebullición de gritos y clamores,
golpes, imprecaciones y carreras.

Ya hiriéndolos de lleno, ya, a lo lejos,
bañándolos a medias,
según que a las hogueras se aproximan,
o de ellas, con el vértigo, se alejan,

la lumbre hace brotar, como arrancados
del medio en que voltean,
cuerpos desnudos, rostros que aparecen,
y se hunden nuevamente en las tinieblas.

VII

¿No son mujeres esas, las que ahora
alumbran las hogueras,
esas, que danzan en redor del muerto,
y sus pequeños en los brazos llevan?

Sí; son madres de indios. Sus cabellos,
en obscuras guedejas,
flotan sobre las mórbidas espaldas,
ceñidos en la frente; mas no velan

los cuerpos palpitantes y desnudos,
en que los fuegos tiemblan,
dando relieve a los redondos senos,
que sudorosos de cansancio ondean.

Tienen sus movimientos convulsivos
cierta ruda cadencia,
y sus formas turgentes, a las formas
de la hembra del venado se asemejan;

sus ojos negros brillan empapados
en la luz, y chispean;
se cimbran sus elásticas cinturas,
en plumas grises de avestruz envueltas;

los collares de piedras de colores
en sus gargantas suenan,
y los cintillos de brillantes plumas
lucen en sus tobillos y muñecas.

El que ajustado llevan en la frente,
al erguirse sobre ésta,
da a la figura la esbeltez del pájaro,
que su penacho en el sauzal ostenta.

Las indias van cantando; sus cantares
son una extraña mezcla
de alaridos y gritos quejumbrosos,
que en un ritmo monótono se estrechan.

Las ruidosas bandadas de gaviotas
que sobre el agua vuelan,
gritan como esas indias, y, en el aire,
como ellas se revuelven y atropellan.

La turba de los indios las empuja,
y las mujeres ruedan,
heridas, dando gritos, que al vagido
se unen de sus hijos. No se arredran:

de nuevo se levantan, y prosiguen
en su danza frenética,
y en los cantares bárbaros que entonan,
en torno del cadáver, dando vueltas.

VIII

En redor de aquel fuego, y en cuclillas,
ved a esas indias viejas;
casi con las rodillas sobre el pecho,
revuelven sus vasijas, y bostezan.

Sobre sus rostros penden los cabellos,
que el tiempo no blanquea,
como retoños lacios y marchitos,
que aun de sus troncos vacilantes cuelgan.

No se adornan los cuerpos angulosos;
sus mandíbulas secas
mastican algo, que al brebaje arrojan
que en las silvestres cáscaras fermenta;

Gritan de vez en cuando, y se levantan,
y de nuevo se sientan.
Hay en sus voces algo de chirrido,
que acaso el grito del *chajá* recuerda.

IX

¿Y esos indios, de bruces en la sombra?
¿Por qué dan esas quejas?
¿No es sangre lo que brota de sus manos,
que destrozadas muestran?

Se han cortado los dedos. Son parientes
del cacique que velan;
se han cortado los dedos, con el filo
de sus hachas de piedra.

Así, de que lloraron al anciano
dan elocuente prueba.
¿Quién pondrá en duda su dolor, que, a voces,
en coro manifiestan?

X

Nadie que, a media noche, aquellos gritos
y clamores oyera,
evitaría que el terror helase,
con un frío de muerte, hasta sus venas.

Los llantos de los niños y mujeres
en el aire se mezclan
con los gritos, palabras y alaridos
de los indios, que airados vociferan,

y con el choque de armas, y el silbido
de las bolas de piedra,
y los golpes de cuerpos desplomados,
que, heridos, en el suelo se revuelcan.

XI

¿Qué quieren esas gentes? ¿Por qué corren?
¿Qué ven en las tinieblas?
¿A quiénes amenazan en el aire,
y dirigen sus bárbaras arengas?

¡Quién no lo sabe! Espantan a las sombras
que, en bandadas, se acercan
al indio muerto, a cerrarle los ojos,
y apagarle los fuegos. Ved: son esas,

esas que, con las alas de carancho,
entre las ramas vuelan;
Curupirá las sopla y las revuelve,
el negro *Añanguazú* viene con ellas.

Son los hijos del aire y de la noche,
que andan en las tormentas,
encendiendo sus fuegos en las nubes,
los grandes ruidos derramando en éstas;

son los perros que roen a las lunas,
y apagan las estrellas,
y lanzan los ladridos prolongados
que suelen escucharse en las cavernas;

los que afilan los dientes de las víboras
dormidas en sus cuevas,
y, en la yerba que pisan los charrúas,
las arañitas de la muerte siembran.

Son las sombras malditas, que al cadáver
del cacique se acercan,
para cerrar sus párpados, quedando
bajo de ellos ocultas; allí esperan

que se apague del indio la mirada,
y hacia adentro se vuelva.
Entonces lo persiguen, y lo acosan
en la noche sin lunas que comienza.

Y allí, escondidos en sus toldos negros,
le disparan sus flechas,
fingen rostros horribles en lo obscuro,
y soplan como el viento en sus orejas.

XII

El viento se ha calmado; algunas voces,
en medio a la incoherencia
de la grita salvaje, con esfuerzo
acaso se comprendan.

Oíd a esos que cruzan: sus palabras
claras allí resuenan;
también a aquellos, que, con duros gestos,
amenazando el aire vociferan:

—¡Ahú! ¡Dejad al muerto!
¡Dejad al *tubichá!*
¿Por qué soplais las llamas de sus fuegos?
¡Dejad al muerto, *Añang!*

—¡No le cerréis los ojos!
—¡Ahú! ¡ahú! ¡ahú!
—¿Sentís ladrar las sombras que han salido
del tronco del ombú?

—¡Corred, seguid aquella
que se revuelve allá!
Sacude la maleza con las alas,
y agita el *ñapindá.*

¿A quién lleva el fantasma
de rápido correr?
Va fugitivo, y en sus hombros lleva
al *cacique que fue.*

—¡Cómo gritan los árboles!
¡Ahú! ¡ahú! ¡ahú!
— El aire zumba; son los moscardones
que corre *Añanguazú.*

—¡Persiguiendo la luna,
los perros negros van!
—¡Los perros negros, que a beber comienzan
su tibia claridad!

¡Cómo mira esa sombra
con sus ojos de luz!
—¡Y cómo se retuercen, y se alargan,
sus alas de *ñandú!*

—¡El viento! ¡El viento negro!
¡Allá va! ¡allá va!
¿Quién zumba en él? ¡Las moscas, que conduce
gruñendo el *mamangá!*

XIII

Las sombras de la noche
vienen volando, en caravana aérea,
y luchan con las llamas, las sacuden,
y, en torno del hogar, revolotean.

Las llamas las rechazan,
y las detienen en aureola negra,
en cuyo seno, los añosos árboles
cobran formas variables y quiméricas.

Los ojos del cadáver,
horriblemente abiertos, parpadean;
parece que sus miembros se estremecen
al avivarse el fuego que lo cerca,

o que el rígido cuerpo
nada en el aire, flota en las tinieblas,
y se hunde, y reaparece, y se transforma,
cuando la inquieta llamarada amengua,

formando un fondo negro,
lleno de líneas vagas y revueltas;
un medio en que se esfuman y se mueven
formas abigarradas e incompletas.

XIV

El viento se ha callado entre los aires.
Los salvajes jadean,
se apoyan en las lanzas o en los troncos,
o se dejan caer sobre la yerba.

La grita se enrarece; por el aire
las voces se dispersan.
Suenan acá los llantos de mujeres;
allá, los magullados aun se quejan.

Los fuegos, no avivados, languidecen;
sus oscilantes lenguas
se mueven, como el indio que, borracho,
lleva de un hombro al otro la cabeza

Corre, entre aquellas voces, un silencio
semejante al que reina
sobre la onda del río, cuando acaba
de pasar por el aire la tormenta...

XV

Lo rompe un joven indio, que, saltando,
desaforado llega;
da un grito clamoroso, y, con su lanza,
pasa de un viejo tronco la corteza.

Habla a voces, furioso sacudiendo
la cabellera negra;
sus palabras parecen alaridos,
de una ruda y fantástica elocuencia;

y salta como el tigre, y, con la maza,
el cuerpo se ensangrienta,
y, sobre el negro matorral de plumas,
la bola agita atada a su muñeca.

Son de hierro sus miembros; nadie excede
su talla gigantesca;
ramas de sauce negro, los cabellos
sobre el rostro y los hombros, se despeñan,

y, en sus ojos, pequeños y escondidos,
las miradas chispean,
como las aguas negras y profundas,
tocadas por el rayo de una estrella.

XVI

Es el cacique *Yamandú.* Los indios
se alzan, y lo rodean.
¿Qué quiere *Yamandú?* Reclama el mando,
mostrando sus heridas y su fuerza.

Nadie como él se descompone el rostro,
con espantosa mueca,
ni lanza el alarido que, en la lucha,
brota del hueco de su boca abierta;

nadie como él, en el hinchado labio,
la señal atraviesa
que distingue a los indios de las tribus
que más espanto infunden en la guerra.

¿Quién, si no él, entonces, a la gente
llevará a la pelea?
¿Quién, si no él, que, de enemigos muertos,
cien cabelleras en su toldo ostenta,

y adorna su garganta con collares
de los dientes y muelas
de *arachanes* vencidos, cuyas pieles
forman de su arco la flexible cuerda?

Jamás el gamo, huyendo en la llanura,
pudo esquivar su flecha,
ni el avestruz el golpe de su bola,
que silba como víbora sedienta.

¡Ahú! grita, con grito prolongado.
Aquí, en el *urunday,*
el indio *Yamandú* clavó su lanza...
¡Nadie la arrancará!

Yo he peleado, con ella, entre las tribus
que ven salir el sol;
no la he roto jamás en la rodilla,
ni en mi brazo tembló.

La he clavado en el bosque donde encienden
los caciques *chanás*,
y los *minuanos*, *tapes* y *bohanes*,
los fuegos del hogar.

Yo arranqué la sangrienta cabellera
del fiero *Tubichá*
cuya piragua atravesó las ondas
del *río como mar*.

¡Ved mi pellejo! Tiene más heridas
que plumas el *ñandú*,
y que lunas han visto los ancianos
salir del *guaycurú*.

Yo derramo la sangre de mi cuerpo,
de la que, en el chircal,
brotan los *yacarés*, que, entre los juncos
duermen del Uruguay.

Los rayos de los blancos no penetran
en mi curtida piel,
más dura que la piel de la tortuga,
y del *jaguareté*.

Mirad mis ojos: brillan en la sombra...
Son de *ñacurutú*...
¿Cuál de los indios tiene la mirada
de mis ojos de luz?

XVII

Un murmullo de asombro se difunde
por aquella asamblea;
la tribu, fascinada y aturdida,
nuevo cacique en el salvaje encuentra.

Ya en algunas gargantas, comprimido,
está el grito de guerra,
la aclamación al indio cuyos ojos,
al moverse en la sombra, centellean.

Entreabiertos e inmóviles los labios,
los otros lo contemplan;
sobre aquel grupo de desnudos cuerpos
las rojas llamaradas se reflejan.

Ellas solas se mueven, y el cacique,
cuya ruda elocuencia
es algo como un vértigo que estalla;
una danza fantástica y siniestra.

Sólo él se agita, salta, se retuerce,
con espantosa fuerza.
Inmóvil lo demás; todas las almas
en los ojos absortos se concentran.

¡Nadie, prosigue el indio, estremeciendo
la turba con la voz,
nadie, la lanza que clavó mi brazo
de su tronco arrancó!

Llega a mi toldo, sin morder mis piernas,
el malo *añanguazú;*
yo penetro, de noche, al más obscuro
bosquecillo del *Hum.*

Las sombras de los viejos de mi tribu,
que viven con *Tupá,*
van, en sus nubes, a enseñarme el grito
que lanzan los *chajás;*

los perros que devoran a las lunas
no ladran como yo;
el viento negro de la noche calla,
cuando siente mi voz.

¿Quién arranca mi lanza? ¿Quién, su fuerza
mide con Yamandú,
el indio de los brazos como el tronco
del viejo guaviyú?

. . . .

¿No oís el río? Suena en sus barrancas.
¡oíd al Uruguay!
El río de los indios... ¡Y los blancos
en su ribera están!

Los blancos, que vinieron de allá lejos,
de donde sale el sol;
los que matan los indios, con los rayos
que el astro les prestó,

y les cortan las negras cabelleras,
y les quitan la piel;
y les roban la tierra en que nacieron,
y en que posan los pies.

Sólo esclavos del blanco, allá en su toldo,
el indio engendrará,
y, en sus bosques, el fuego de la guerra
no encenderá jamás;

dando un quejido, morirá el charrúa
que nunca se quejó;
y sus mujeres correrán, lanzando
sus gritos de dolor.

¿Queréis matar al extranjero? Entonces,
        seguid a *Yamandú.*
Yo sé matarlo, como al gato bravo
        de los bosques del *Hum.*

Los cráneos de los pálidos guerreros
        al indio servirán
para beber la chicha de algarrobas,
        y el jugo del palmar.

Sus rayos no me ofenden; en su sangre
        se hundirán nuestros pies;
sus cabelleras, en las lanzas nuestras,
        el viento ha de mover;

vírgenes blancas, que en los ojos tienen
        hermosa claridad,
encenderán, en nuestros libres valles,
        nuestro salvaje hogar.

En esos días de las horas largas,
        en que canta el *sabiá,*
y, al pie de la barranca, está el bañado
        dormido en el juncal;

en esas noches en que, a ratos, se oye
        el canto del *urú,*
las vírgenes esclavas del charrúa
        brillarán con su luz.

Sus cuerpos son más blandos que el venado
        que acaba de nacer,
y tiemblan, como tiembla, entre la yerba,
        la verde *caicobé.*

Sus cabellos parecen los renuevos
        más tiernos del sauzal;
sus bocas se abren como el dulce fruto
        que da el *mburucuyá*...

¡Vamos! ¡Seguidme! ¡El extranjero duerme,
        duerme en el Uruguay!
¡El sueño, que en sus ojos se ha sentado,
        no se levantará!

¿Veis? La luna de fuego de las lomas
        no se distingue aún;
aun se siente a lo lejos, en las ramas,
        el canto del urú...

XVIII

Un feroz alarido, y pavoroso,
        en los aires revienta;
nadie, a fauces humanas, esos gritos,
a escucharlos de noche, atribuyera.

Un águila tranquila, que pasaba
        sobre la selva aquella,
el vuelo aceleró, torció su rumbo,
y se perdió en la soledad inmensa;

y el tigre, bajo el párpado apagando
de su enorme pupila la lumbrera,
y barriendo la tierra con la cola,
y tendiendo hacia atrás la aguda oreja,

a largo paso y con temor, cambiando
        de sitio en la maleza,
se revolvió tres veces, para hundirse
y quedar más oculto entre las breñas.

XIX

¡Yamandú tubichá! ¡Yamandú enciende
los fuegos de la guerra!
¡Al río! ¡Al río! ¡El extranjero blanco
tendido duerme en su cerrada tienda!

¡Ahú! ¡ahú! ¡ahú! Vamos, cacique,
lanza al aire tu flecha,
para que al astro de los indios, llegue,
y, con presagios de victoria, vuelva!

Y la flecha del indio, por el aire,
tiende las alas muertas...
¡Ahú! ¡ahú! ¡ahú! Volvió del astro,
volvió del astro y se clavó en la tierra.

¡Recta como las palmas de las islas!
¡El astro habló con ella!
¡Al río! ¡Al río! ¡Al Uruguay! ¡Al río!
¡Cacique Yamandú! ¡Fuegos de guerra!

XX

En pos de Yamandú corre la tribu.
Su negra silueta
se ve, a lo lejos, tramontar las lomas,
como obscuro rebaño de culebras.

Los gritos, y los choques de las armas,
se perciben apenas;
las mujeres, los niños, los heridos,
en todas direcciones se dispersan.

Se escuchan sus quejidos algún tiempo,
que en el bosque se internan;
el silencio que huyó, de nuevo vuelve
a echarse, fatigado, entre la yerba.

XXI

Todo está en calma: el viento está callado;
han vuelto las estrellas
a brillar, a través de sus vapores,
y siguen, en silencio, su carrera.

El cadáver del indio, abandonado,
flota entre las tinieblas;
las hogueras, a punto de extinguirse,
lo alumbran, con penosa intermitencia,

bañándolo en las tenues llamaradas
que, oscilantes y trémulas,
sacan, de entre las cálidas cenizas,
las puntiagudas y azuladas lenguas.

Las sombras que aleteaban, poco a poco,
han bajado a la tierra,
y, en torno de los fuegos expirantes,
se arrastran, agarrándose a las breñas.

CANTO TERCERO

I

Duerme San Salvador entre rumores.
Corre a sus pies el río,
remedando el arrullo de una tórtola
con su blando y monótono rüido.

El centinela en el bastión se duerme,
y, al verlo allí tranquilo,
juegan, con su arcabuz y con su adarga,
los invisibles genios de los indios,

con los ojos pequeños, y los cuerpos
desnudos y cobrizos,
con los pechos y pómulos salientes,
los labios gruesos y cabellos rígidos:

engendros microscópicos, que miran
al soldado dormido,
trepan por él, lo palpan, cuchichean,
y, en grupos, lo recorren con sigilo,

y danzan, en su torno, de las manos,
golpeando el suelo con alegre ritmo,
o, al compás de los ruidos de la noche,
se mecen, en los aires suspendidos,

lanzando esas fugaces carcajadas,
y esos pequeños gritos,
que se oyen en las noches silenciosas,
sin verse quién respira en el vacío.

¿Cómo puede dormir, soñar acaso,
ese hombre? ¿No habrá visto
esas manchas de sangre, que aparecen
del astro solitario sobre el disco?

Las horas, impregnadas de indolencia,
al soldado han vencido;
juegan, con su arcabuz y con su yelmo,
los invisibles genios de los indios.

II

¿Sentís moverse ese cardal cercano,
y ese roce de cuerpos escondidos,
que se arrastran, cual suele, entre los juncos,
arrastrarse callado el cocodrilo?

¿No veis, entre las ramas, asomarse
las temerosas caras de los indios,
embijadas de rojo, y dibujadas
con trazos verdes, negros y amarillos?

Las plumas de sus frentes se confunden
con las hojas del cardo; el remolino
del viento suave, al agitar las ramas,
descubre, acá y allá, rostros cobrizos,

brazos que se abren paso cautelosos,
entre el tupido bosque de espinillos,
cuerpos a medio incorporarse. Vedlos.
Salen al llano, en dirección al río.

Aquel es *Ybipue.* ¿Quién no conoce
al *tubichá,* tan fiero como listo,
que al avestruz alcanza y al venado,
y apresa, entre las aguas, al carpincho?

Cayú es aquel, que corre entre las chircas.
Se le conoce en el profundo signo
que le grabó, con hacha, en la cabeza,
hace algún tiempo, el arachán *Siripo.*

¿También tú, *Guaycurú?* De los cristianos
tú te dijiste servidor sumiso,
y ese casco que llevas, y esa adarga,
de Garay los ganaste en el servicio.

Tú fuiste el mensajero de tu tribu;
rompiste, en la rodilla, tu macizo
arco de *ñandubay,* y, en tu piragua,
o a nado, en són de paz, cruzaste el río.

¿No es esa una mujer? Es *Tabolía.*
Sabe arrancar la piel al enemigo,
y ya, más de una de ellas, ha colgado
en el movible toldo de sus hijos.

Ella no exprime el fruto del quebracho,
ni recoge, en la selva, para su indio,
la miel del *guabiyú,* ni lleva el toldo,
ni entona el *yaraví* de triste ritmo.

Tiene en el labio el signo del guerrero;
suena en la lucha su salvaje grito,
y en el desnudo seno apoya el arco,
en que viene la muerte a hacer el nido.

Yamandú va adelante. El negro brazo
hacia atrás extendido,
silencio impone a la jadeante turba,
con ademán nervioso y expresivo,

mientras él se incorpora; la cabeza
saca de entre las matas, y, al tranquilo
resplandor de la luna, ya cercano,
observa el silencioso caserío.

III

Blanca duerme. La lámpara, en la alcoba
de la inocente niña,
su dormida cabeza, en la almohada,
con trémulas aureolas ilumina.

Entreabiertos los párpados,
dejan adivinar en las pupilas,
como en el lago el brillo de una estrella,
la lumbre palpitante de la vida.

Los invisibles labios de un ensueño
parecen apoyarse en su mejilla,
y comprimir su boca
con los pliegues del llanto o la sonrisa.

Una oración acaso,
a medio terminar, interrumpida
por el sueño, ha quedado abandonada
entre los labios de la hermosa niña,

que, unos ratos, parece recogerla,
moverla entre ellos, pura e instintiva,
y ofrecerla a los ángeles, que nadan
en el callado ambiente que respira.

¿Duerme? ¿O en el vahido indescriptible
intermedio entre el sueño y la vigilia,
la realidad y la ilusión se estrechan,
y en su espíritu flotan confundidas?

¿Conserva esa conciencia vacilante,
esa confusa actividad que infiltra
la voluntad del hombre en los ensueños,
que en lo obscuro procuran sumergirla?

IV

Acaso no dormía. Se incorpora;
en el espacio la mirada fija;
separa los cabellos de la frente,
y escucha inmóvil, temblorosa, lívida.

Vedla en el borde del revuelto lecho.
        ¿Qué ve? ¿Sueña? ¿Delira?
¿Quién derrama, en el alma de la virgen,
ese terror que asoma a sus pupilas?

        ¡Ah! Blanca no ha soñado.
        La ronca gritería
que llegó hasta su oído se repite,
crece, arrecia, se acerca; no es mentira.

        Es el *malón salvaje,*
        derramado en la villa;
el bramido terrible de la fiera,
que ataca, y se revuelve, en su agonía.

        ¡Indios! ¡Los indios vienen!
        En medio de la grita,
se oye clamar. ¡Los indios! ¡El charrúa!
¡Ahú! ¡Ahú! ¡Ahú!... Suena la esquila,

sobre el pajizo techo
de la humilde capilla,
con ayes repetidos de rebato,
estalla un arcabuz, el plomo silba.

¡Ah del valiente hidalgo!
¡Los indios en la villa!
¿Dó está la espada, brazo de la muerte,
que, en las batallas, Don Gonzalo vibra?

El salvaje alarido
con que las tribus su valor excitan,
suena, cual si los átomos del aire,
para aullar y gemir, cobraran vida.

Y vuelan las saetas,
que sus colmillos en el aire afilan,
y en ellas, discurriendo por la sombra,
silba la muerte, como errante víbora.

Como el penacho ardiente
del yelmo de un demonio, va encendida,
su roja cabellera desgarrando
en los aires, la bola arrojadiza;

y se quiebran las ramas,
los árboles oscilan,
despierta el arcabuz, pero, sin rumbo,
el plomo vuela, el fogonazo brilla.

Y el salvaje alarido
levanta a los jaguares, que dormían
y se alejan corriendo, y a los pájaros,
que huyen despavoridos a las islas.

Y el malón se dilata
como reptil inmenso, que se agita
en mortal convulsión, y envuelve al pueblo,
y lo estruja, y lo ahoga en sus anillas.

¡Ay del pueblo dormido!
¡Ay de la hermosa niña!
¿Quién duerme dulce sueño, quién descansa
al lado de la fiera que agoniza?

V

Mal ajustado el yelmo,
la cota mal ceñida,
con la espada desnuda, Don Gonzalo
ha estrechado a su esposa; a sus rodillas

se ha abrazado, gimiendo,
su hermana Blanca. El capitán vacila.
Ruge el malón afuera... ¡Cierra España!
se oye clamar, en medio de la grita.

¡Gonzalo, no nos dejes!
Gonzalo, si te vas, ¿quién nos auxilia?
¡Santiago! ¡Cierra España!... Ruge el indio:
¡Ahú! ¡Ahú! ¡Ahú! ¡Ah, por Castilla!

De los queridos brazos
se arranca el capitán, corre a la lidia;
ha huido Doña Luz, y, junto al lecho,
Blanca ha caído, como flor marchita.

VI

Las *macanas* que agitan los charrúas
ya están en sangre tintas,
y los desnudos cuerpos brotan sangre,
y fuego las pupilas.

Rueda el incendio en los pajizos techos,
como de aladas víboras
una bandada extensa, que, entre el humo
y el rojizo fulgor, se arremolina.

Con retumbante són, en las rodelas
chocan las mazas indias.
Mudo está el arcabuz, porque el charrúa
el cuerpo ciñe a la armadura misma

del español, y clava
en él sus dientes, que la rabia irrita;
y ruedan ambos, en estrecho nudo,
estremeciendo el suelo en su caída.

Crecen los alaridos;
la brega recrudece, y la rojiza
claridad del incendio, los pintados
rostros de los salvajes ilumina;

se refleja en las aguas,
en fantásticas danzas, y, en la villa,
las desnudas siluetas de los indios
por todas partes cruzan fugitivas,

como sombras extrañas e impalpables
que los aires vomitan,
y, a la voz de un conjuro,
cuajan en las tinieblas sacudidas.

¡Ay de la buena hermana
de la estrella que alumbra las colinas,
cuando la tarde entona sus rumores,
al quedarse dormida entre las islas!

VII

¿No es *Yamandú,* el cacique,
el que huye allá en la sombra?
Corre, volviendo el rostro abigarrado,
huye, trepando las cercanas lomas.

Es él; bien se distinguen
sus gigantescas formas;
bien se conoce el matorral de plumas
que su cabeza, en el combate, adorna.

Es él. ¿Por qué va huyendo?
¿Por qué sus compañeros abandona?
¿Teme la muerte, el guaraní cobarde,
después que él mismo concitó las hordas?

Nó: el indio ha conquistado
lo que su ardor provoca;
él fue una vez a la española villa,
y vio una virgen. Lo siguió su sombra

al bosque de los talas,
a su movible choza;
hirvió su sangre; la pasión salvaje,
brutal y ciega, devoró sus horas.

Miradlo: entre los brazos
se lleva a la española:
es Blanca, Blanca, la tranquila hermana
de la inocente estrella de las lomas;

Blanca, cuyos lamentos
en el aire sofoca
el último clamor de la batalla,
que desgarrando los espacios flota:

ella, que se retuerce,
y forceja, y se ahoga,
en ese nudo de viviente hierro,
que hace crujir sus delicadas formas.

Lleva tan sólo, de su lecho aun tibio,
las desceñidas ropas;
entre los brazos negros del charrúa,
se ven alas de un nido de palomas;

y, entre el pecho nervudo
y la mano callosa,
la cabeza de Blanca va oprimida,
inmóvil, encajada entre dos rocas.

VIII

Allá, en el horizonte,
una raya de luz traza la aurora;
luz incierta y rosada, que franjea
los ropajes talares de las sombras.

Los últimos charrúas
el incendiado pueblo ya abandonan,
y, en grupos, se dirigen a la selva,
dando alaridos que el espacio asordan;

y, sobre el nimbo tenue
que circunda la curva de las lomas,
a ratos se proyecta, siempre huyendo,
la silueta del indio y la española.

IX

Cuando se lo dijeron,
la planta vaciló de Don Gonzalo;
perdió el mundo las formas a sus ojos,
y, para no caer, se asió de un árbol.

Zumbaron sus oídos,
con gritos y lamentos prolongados,
y ese llanto sin lágrimas, que riega
la raíz del dolor, secó sus párpados.

El nombre de su hermana,
como un ruego, brotó de entre sus labios;
sintió la sombra de su madre extinta
alzarse suplicante allí a su lado;

y, tal cual aparecen
las nubes sobre el fondo de un relámpago,
de *Tabaré*, el recuerdo presentóse
en el fondo del alma de Gonzalo.

Tabaré, a quien el jefe
buscó siempre en la lucha, sin hallarlo.
¿Quién, si no él, pensaba, de los indios
la turba vil, como caudillo, trajo?

¿Qué otra cosa, en la mente,
acariciaba aquel salvaje huraño,
cuando, en las altas horas, por el pueblo
solía discurrir con sobresalto?

X

Duró sólo un instante
del abatido joven el letargo;
un instante mortal, en que perdiera
la conciencia del tiempo y del espacio.

Cuando alzó la mirada,
vio que sus hombres de armas, a su lado,
por su intenso dolor sobrecogidos,
en silencio lo estaban contemplando.

Los vio, como quien vuelve
de larga ausencia; los hallaba extraños.
Meditó, recordó... y un grito sordo
lanzó, al hallar de su dolor el rastro.

¡Ah, ya os entiendo, amigos!
El bosque entero arrancaréis de cuajo.
Lo arrancaréis, ¿verdad? ¡Oh, en vuestras venas,
sangre española no discurre en vano!

¡Mis valientes, mis fieles!
¿La oís? Os llama sollozando... ¡vamos!
¿Cuándo una dama ha recurrido en balde
al hidalgo valor de un castellano?

¡Es mi Blanca! ¡mi hermana!
¿La recordáis? ¿Lo veis? No está a mi lado.
Y no está muerta... ¡ni siquiera muerta!
¿Sentís su voz? ¿No la sentís, mis bravos?

Yo, a mi maldita suerte,
su inocencia y su vida he vinculado;
yo la arrojé a las fauces de las fieras
del salvaje desierto americano.

¡Y era el último ruego
de mi madre expirante su cuidado!
Para ella fue, para mi tierna hermana,
la última gota del sagrado llanto.

Yo juro, al que la salve,
ceder mi vida, mi blasón hidalgo.
¡Damián! ¡Ramiro! ¡Vamos, Padre Esteban!
Es tiempo aún, y nos está esperando.

Corramos a salvarla...
¿Españoles no sois? ¿No sois soldados?
¡Yo juro a Dios que vadearé el infierno,
si el infierno se pone ante mi paso!

CANTO CUARTO

I

Saltando breñas, y horadando muros
de impenetrables ramas,
de enredaderas que, de tronco a tronco,
corren, y se retuercen, y entrelazan:

mburucuyás que, entre follaje ajeno,
abren sus pasionarias,
y columpian sus frutos numerosos,
de piel dorada y corazón de grana;

rompiendo del *cipó* las duras hebras,
y esquivando las blancas
ramas del *ñapindá,* que, con sus dientes,
muerde los troncos, y los pies desgarra;

cruzando entre laureles y quebrachos,
ñangapirés y talas,
cuyo follaje, espeso y verdinegro,
con el del sauce pálido contrasta;

sumergido entre chircas y juncales,
matorrales y zarzas,
se pierde a veces, y se ve de nuevo
reaparecer, huyendo a la distancia,

al indio Yamandú. Lleva, en los hombros,
a la exánime Blanca,
cuyos brazos, y negra cabellera,
cuelgan lacios, del indio por la espalda.

Ya, rompiendo los muros de verdura,
el salvaje se agacha,
ya se abre senda con el duro brazo,
o, entre los troncos derribados, salta.

Tal el tigre que va a su madriguera,
en la maleza arrastra,
colgada de sus fauces sanguinosas,
la res herida que cayó en sus garras.

II

Silencioso está el bosque, el bosque obscuro
de ceibos y de talas;
el bosque de las sombras, en que anidan
las noches más espesas y más largas,

que convierten en moscas, o en reptiles,
a los indios que pasan,
y las alas de piel de los murciélagos
empapan en la sangre de la iguana.

Es el bosque de Añang; las tribus huyen
de sus siniestras ramas;
tan sólo los *payés* en él aprenden
de *Añan-guazú* los cantos y palabras.

Nacen en él los seres invisibles
que a los indios disparan
las flechitas de piedra, que penetran,
y enfrían para siempre las entrañas;

los indios que en la tierra no se mueven
        entre sus sombras andan,
dando alaridos, y encendiendo fuegos,
y golpeando los troncos con las hachas;

y se les ve subirse a las tormentas,
        que por el aire arrastran,
y, entre una y otra ráfaga de viento,
se oyen sus voces, tristes y apagadas.

Por eso nunca se llegó la tribu
        a ese bosque de talas;
sobre él no tiene luz el *astro grande,*
las lunas, al tocarlo, se desmayan.

Es un bosque sin cantos y sin nidos;
        sus ceibos y sus talas,
en el vigor de la vejez, se miran
ceñudos, sin cambiar una palabra.

En torno de los troncos, la maleza
        crece tupida y alta,
y enredaderas duras, y sin nombre,
en todas direcciones se enmarañan,

y cuelgan, de la bóveda hasta el suelo,
        y entre el musgo se arrastran,
y envuelven, en sus hojas verdinegras,
los troncos secos, que en el suelo abrazan;

los troncos derrumbados por el rayo,
        que no mató las plantas
que al árbol vivo estaban adheridas,
y su negro cadáver acompañan.

III

Caídos los cabellos,
como el ala del ave fatigada;
insensible, sin fuerzas ni conciencia,
sin miradas los ojos, y sin lágrimas;

mal cubiertas las formas,
formas de líneas tímidas y vagas,
pues los años, artistas de la vida,
su obra tienen apenas modelada,

hundida entre la yerba,
como una garza herida, yace Blanca.
Su cabeza se mueve sobre el pecho,
colgada de su cuello; frías, lacias,

sus manos han caído
sobre el blando regazo en que desmayan.
Casi ríe su labio; es esa tregua
que el colmo del dolor presta a las almas.
. . . .

Los ceibos se han echado,
sobre la espalda, el manto de escarlata;
en idioma extranjero, están las hojas
conversando entre sí, y en voz muy baja.

IV

Un hondo grito de terror y angustia
Blanca por fin exhala;
un grito desolado, que se pierde
en lo impasible de la selva huraña.

Al tornar a la vida, recobrando
una conciencia vaga;
al volver a sentir que, en sus pupilas,
las confusas miradas despertaban,

las derramó en su torno; vio a su lado,
entre la luz escasa,
los viejos troncos, la maleza, el bosque,
y por fin, en la sombra, a sus espaldas,

con las negras pupilas luminosas
en lascivia empapadas,
vio el rostro abigarrado del salvaje,
que de su presa el despertar aguarda.

Una estúpida risa lo contrae
con una mueca bárbara;
la cabellera rígida y obscura
sobre el pintado rostro se derrama;

el cuerpo tiembla, y el jadeante aliento,
al rozar la garganta,
forma un sonido, intermitente y áspero,
que se acelera, y al rugido alcanza.

El salvaje se ríe; de aquel bosque
sólo él sabe la entrada;
él es *paye;* de *Añan-guazú* no teme
los fuegos, ni los pálidos fantasmas.

V

El grito de la virgen se ha extinguido.
Su cabeza, ocultada
en los brazos, que oprimen las rodillas,
todas las líneas de su cuerpo, pálidas,

forman un nudo, estrecho y tembloroso,
que se ve entre la grama,
al través del cabello, que lo envuelve
como el ramaje al ave amedrentada;

nudo ajustado apenas, que la mano
de un niño desatara;
que defender no puede, en aquel bosque,
el tesoro que guarda.

Siente la virgen, tras de sí, el romperse
de sacudidas ramas,
y oprime más sus trémulas rodillas,
y así un gemido imperceptible lanza.

¿Qué pasa allí? La niña sólo siente
dos rugidos que estallan,
dos cuerpos que a su lado se desploman,
y un grito sofocado a sus espaldas.

Después, por un instante, sólo escucha
las hojas que conversan en voz baja...
Alguien también respira junto a ella...
¿Quién es? Nadie la ofende, todo calla.

No se atreve a mirar eso ignorado
que siente allí, muy cerca, como zarpa
ya dispuesta a caer; sus pensamientos
comienzan a voltear en ronda vaga;

sin rumbo se atropellan sus ideas;
el silencio la atruena; en su mirada
las sombras se condensan; los rumores
se alejan en tropel, y, a la distancia,

parecen remedar voces confusas,
indefinibles gritos o palabras;
le falta tierra y aire, y se desploma,
y el nudo de sus brazos se desata.

Ha creído escuchar, al desplomarse,
algo como un lamento a sus espaldas,
y haber visto una sombra conocida
llegarse hasta su lado, sin tocarla.

VI

El indio Yamandú yace en el suelo.
        En los ojos y el alma
tiene la noche; su salvaje risa
está en sus labios para siempre helada.

¿Quién es ese otro, pálido y convulso,
        que entre la yerba se alza,
después que, entre los dedos, ha estrujado
de Yamandú el cacique la garganta?

¿Quién escuchó, en el fondo de la selva
        temida de los talas,
el grito de la virgen española,
        indefensa y esclava?

¿Quién si no él? De pie, junto a la niña
        que inmóvil ve a sus plantas,
como si el soplo de un ensueño frío
por sus hinchadas venas circulara,

el indio Tabaré mira el cadáver
        de Yamandú, y a Blanca
que, cual visión dormida en la maleza,
el resplandor de su blancura irradia.

Es él, es Tabaré, que hasta aquel bosque
llevado fue por una fuerza extraña,
y, al despertar de su sopor, en brazos
de la cruz de la selva solitaria,

sintió muy cerca, entre el rumor confuso
de ramas agitadas,
el grito de la virgen española,
de Yamandú bajo la horrible garra.

Saltó, como mordido por el aire;
saltó, y en la garganta
del indio Yamandú clavó las manos,
que sacudió, con fuerza extraordinaria,

hasta sentir la muerte entre sus dedos
crispados por la rabia.
Dejó el cuerpo del indio estrangulado...
Se alzó... miró... la virgen allí estaba.

VII

E inmóvil, tembloroso,
el indio mira a Blanca,
cual si la muerte, asida a sus cabellos,
su oído, con sus gritos, desgarrara.

Y sigue el ruido sordo de las hojas,
que en voz baja se hablan,
en ese idioma dulce y extranjero
en que hablan los crepúsculos al alma.

Y, sobre el lecho de hojas y de espinas,
la niña desmayada se destaca.
Y la ilumina el rayo compasivo
de la primera luz de la mañana.

VIII

Tabaré cargó en hombros el cadáver;
miró de nuevo a Blanca,
y alejóse, en silencio,
como temiendo oirla, o despertarla.

Y seguía, seguía presuroso,
con el muerto a la espalda,
volviendo la cabeza,
entre mortales pavorosas ansias.

Se detiene por fin; tira el cadáver;
lo esconde entre las zarzas,
y sigue huyendo, huyendo
del sitio en que la niña se encontraba.

IX

Como lebrel que, tras perdido rastro,
ciego y sin rumbo vaga,
y, de pronto, lo encuentra por el aire,
y vuelve atrás, jadeando entre las matas,

el indio cambia de repente el rumbo,
su camino desanda,
y corre, hacia la selva que ha dejado,
entre las breñas que sus pies desgarran.

Tal cruza el matorral la hembra del tigre,
y entre las ramas salta,
dando cortos bramidos, cuando escucha
a su cachorro herido a la distancia.

X

Sólo el indio lo hubiera percibido
Ha sonado a su espalda
un vagido, a lo lejos, a lo lejos,
en el bosque de ceibos y de talas.

Se parece al quejido del venado,
cuando a la madre llama,
escondido en los verdes matorrales,
al advertir el vuelo de las águilas.

Es el débil gemido que la niña,
al verse sola, lanza.
Tabaré llega, y jadeante y mudo,
se detiene a su lado, sin mirarla.

Un pánico de muerte se apodera
de su sér; siente a Blanca
moverse entre las breñas, como el cisne
que se revuelca herido en la hojarasca,

y alguien diría que algo pavoroso
al salvaje anonada.
Un soplo helado por sus venas corre,
y en sus pupilas la visión apaga

Parece que la mano de la muerte
a su frente se agarra,
y la ardorosa piel de su cabeza,
con lento esfuerzo, de su cráneo arranca.

Tabaré tiembla: siente que a su lado
la española se arrastra;
percibe, en las rodillas, el contacto
de sus manos heladas,

el roce de su aliento,
la humedad de sus lágrimas,
y oye, por fin, su voz, su voz, no hay duda,
que allí, como un ensueño, se levanta.

Parece que, a la voz de aquella niña,
todo ruido se apaga
en el alma del indio; el mundo todo
sólo esa voz, para el salvaje, exhala.

Jamás la fiera dominó a su presa,
como la virgen pálida
al hijo del desierto que, temblando,
sobrecogido escucha sus palabras.

XI

—¡Eres tú, Tabaré! ¿Por qué me hieres?
¿Por qué así me maltratas?
Yo nunca te hice mal; yo no quería
que tú de nuestro lado te alejaras.

¿Qué me quieres, charrúa? ¿En mí vengarte
querrás de las ofensas de mi raza?
No me hagas mal, perdóname,
yo no te odié jamás... ¿Por qué me odiabas?

Perdóname, por Dios; por la memoria
de aquella madre blanca
que está en el cielo, y desde allí te mira,
y en el mundo tus pasos acompaña.

Si no han muerto, me lloran mis hermanos;
¡oh! llévame a su lado, que me llaman...
Enséñame el camino:
yo sola iré, las fuerzas no me faltan.

Aunque ves que, desnudas y con sangre,
se resisten mis plantas
a sostener mi cuerpo, no lo creas,
aun puedo caminar una jornada.

Díme sólo, por Dios, cuál es la senda
que conduce a la playa...
¿No me contestas, Tabaré? ¿Qué tienes?
¿Qué haces ahí? ¿No me oyes? ¿Me amenazas?

¡Ah, me infundes terror! ¿Por qué así tiemblas?
¿Te ofenden mis palabras?
Yo me iré sola, si, piadoso y bueno,
me indicas el camino de mi casa.

¿O han muerto todos? Dímelo, ¿qué hiciste?
¿Mataste a mi Gonzalo en la batalla?
¡Sola, sola en el mundo
tengo yo que morir abandonada!

Déjame entonces, Tabaré, que rece
la oración de la noche, pronto acaba...
Y moriré en silencio,
si tengo que morir, si no te apiadas.

XII

El indio que, abrazado a un viejo tronco,
a la niña escuchaba,
lanza un gemido prolongado, amargo
como un llanto sin lágrimas.

Todas a una, al reventar, sollozan
las fibras de su alma;
Blanca atribuye a rabia aquel sollozo,
que un nuevo grito de terror le arranca.

Al cielo la oración de la inocencia
temblorosa levanta,
con las manos unidas, y los ojos
llenos de luz, de sombras y de lágrimas.

Cual si quisiera aprovechar los breves
instantes que le faltan,
ahoga los sollozos, y de entre ellos
brota en tropel la fórmula cristiana;

el rezo que aquel indio en los albores
escuchó de su infancia,
de una mujer tan blanca como aquélla,
tan transparente, inmaterial, sagrada.

—¡Morir tú! grita el indio... Por el viento
el *sueño negro* pasa;
ha brotado en la sombra, y cruza el bosque,
y al ñapindá sacude con las alas.

Ha golpeado la frente del charrúa
con sus manos heladas...
¿Dónde está? ¿Quién, en medio de la selva,
con esa voz de mis silencios anda?

¡Morir! ¡La virgen que salió del sueño!
¿Quién llegará a tocarla?
El indio, entre sus brazos, ahogaría
al negro yacaré de las barrancas;

arrancará a los fuegos de las nubes
sus encendidas alas,
y mojará, con sangre de su cuerpo,
el astro de las lomas solitarias!

. . . .

¡Tú morir! Cuando el indio, con sus manos,
vuelque todas las aguas
del *Hum* y el *Uruguay*, y allí derrame
toda la sangre de su obscura raza;

cuando, en los dientes, *Tabaré*, el charrúa,
destroce las escamas
del yacaré, y al tigre, con los dedos,
arranque palpitantes las entrañas,

aun entonces la virgen de los sueños
será la vida, el alba...
Todas las flores se abrirán para ella,
y cantarán por ella las calandrias.

¿Quién, con la voz del sueño de mis noches,
entre las breñas anda?
¿Quién vierte en las arterias del charrúa,
el fuego que calienta las venganzas?

XIII

Blanca mira al salvaje, que persigue
invisibles fantasmas.
Mucho más de una vida se refleja
en su pupila azul iluminada.

La extrema palidez que, por sus miembros
convulsos se derrama,
hace de él una sombra transparente,
forma sin cuerpo, evocación, fantasma.

XIV

En la mente del indio se disipan
las visiones, y clava,
con larga intensidad, en la española
las pupilas ardientes fatigadas.

Sus ojos, en los ojos de la niña,
la mirada descansan;
una gota de llanto brota en ellos,
y brilla tristemente en sus pestañas,

y su voz se transforma, y suena dulce,
como suenan las auras
en los bosques del *Hum,* cuando las sombras
que durmieron en él se desparraman.

¿Por qué la virgen hiere con los labios
al indio Tabaré,
que ha contado las horas de sus noches
todas negras correr?

¡No eres el sueño! ¿Sientes en las venas
la vida como yo?
¡Ah! ¿No eres sombra que formó la noche
que vive en mi dolor?

Ven, el charrúa posará los labios
donde pongas el pie...
Vamos con tus hermanos. A las sombras
yo volveré después.

No se abrirá dos veces, con la aurora,
la flor de *guabiyú;*
no mojarán dos lunas, en el río,
la temblorosa luz,

y ya el charrúa el sueño que no acaba
comenzará a dormir,
porque siente en los huesos mucho frío...
¡el frío de morir!

¿Oyes el canto? Ya anda, entre las ramas,
con su canto el *urú*:
el pájaro que anuncia las auroras,
y llora por la luz.

¿No lo sientes? Es triste como el indio,
dulce como el *sabiá*...
No hieras, virgen, al salvaje enfermo,
que la noche sin lunas va a cruzar;

la noche sin auroras y sin cantos,
donde corren, sin fin,
las almas perseguidas, que aspiraron
la flor del *curupí.*

Sólo una vida tiene, una tan sólo,
el indio para ti;
tú no dirás su nombre dulcemente.
Él volverá a morir,

allá en el bosque donde el astro hermoso
nunca se ve asomar,
donde vuelan los pájaros obscuros,
que no duermen jamás;

donde duerme la madre del charrúa,
tan blanca como tú;
donde los fuegos de su hogar primero
brillaron con su luz.

Nadie dirá, con llanto de ternura:
¡ha muerto Tabaré!
Nadie verá los huesos, con tristeza,
de mi *cuerpo que fue;*

mas la ligera madre del venado
        herido en el chircal,
sobre los huesos del cacique muerto,
        por el venado herido balará.

Vamos con tus hermanos. A su selva
        el indio volverá.
Su raza ha muerto; se apagaron todos
        los fuegos de su hogar.

Ya siento el sueño negro que no acaba
        en mis huesos correr;
vamos hasta el hogar de tus hermanos;
        allí te dejaré.

Tú quedarás, como te vio en los sueños
        el indio Tabaré,
que va a cruzar entre los negros toldos,
        para nunca volver:

Pura, como las aguas transparentes
        que duermen en el *Hum*,
cuando, en los aires, enmudece el viento
        del *Paraná-guazú*.

Vamos con tus hermanos; no me hieras,
        el indio no te odió;
tú lo has seguido siempre, derramando
        en sus venas dolor;

Tú te has llevado el sueño de sus noches,
        y el fuego de su hogar,
las alas de sus flechas, y la fuerza
        de su arco de *urunday*

Vamos con tus hermanos. A su bosque
el indio volverá,
a morir con su raza, y con los fuegos
de su salvaje hogar.

La voz del indio suena como un canto;
como suenan las auras
en los bosques del *Hum*, cuando las sombras
que durmieron en él se desparraman.

Blanca lo escucha, como se oye el eco
de canción olvidada,
que, en ráfagas, acude a la memoria,
sin que la voz acierte a recordarla.

Pende, en los labios de la absorta niña,
la tímida palabra
de la trunca oración, y mira y sigue
al indio con atónita mirada.

En sus ojos azules, ha creído
ver algo que esperaba;
algo como la estrella de las tardes,
que, en las riberas, alumbró sus lágrimas;

punto de luz en que miraba acaso
aquella madre blanca
que se acostó a morir bajo los ceibos,
y, en el dolor de su hijo, despertaba.

La niña vio la luz en el abismo;
y alguien, que habló en su alma:
"ésa es, le dijo, tu soñada lumbre;
pero ese abismo, sólo Dios lo salva".

Todo lo comprendió. Y amó a aquel hombre
        como las tumbas aman;
como se aman dos fuegos de un sepulcro,
al confundirse en una sola llama;

como, de dos deseos imposibles,
        se unen las esperanzas;
cual se ama, desde el borde del abismo,
el vértigo que vive en sus entrañas.

CANTO QUINTO

I

¿Quién es ese indio pálido, que cruza
        las lomas solitarias,
y atraviesa el chircal y los bañados,
y una virgen conduce en las espaldas?

Camina vacilante, como un ebrio;
        en convulsiones rápidas
se sacuden sus miembros, y, en sus brazos,
oscila a veces la preciosa carga.

Es el indio imposible, el extranjero,
        el salvaje con lágrimas;
la última gota de una sangre fría,
que aun no ha bebido la sedienta pampa.

II

        El sol ha recorrido
        la mitad de su marcha,
y los viajeros, sin cesar, caminan
a través de las lomas solitarias.

        Oyen, por todas partes,
la metálica voz de la chicharra,
y al *mamangá,* que zumba dando vueltas,
y al *camoatí,* que hierve entre las ramas;

el trémulo volido
de la perdiz lejana,
y, en el quebracho, el golpe vigoroso
del *carpintero,* leñador con alas.

El aire está poblado
de susurros que pasan;
como en un velo de cristal envuelto,
el campo brilla, entre aureolas diáfanas.

Con intervalos breves,
del arbusto en las ramas,
su cantarcillo igual lanza el chingolo,
prolongando la nota con que acaba;

y se oye, repetida
a diversas distancias,
la misma melodía quejumbrosa,
que va, viene, contesta, ruega o llama.

El zorro, entre las chircas,
la larga cola arrastra,
huyendo a saltos, y volviendo, a veces,
el puntiagudo hocico entre las zarzas;

la pesada cabeza
inclina el cardo seco; de su blanda
plumazón se desprenden las semillas,
como enjambres de estrellas apagadas,

que vuelan en flotantes remolinos,
o en el suelo se arrastran;
se detienen, y emprenden nuevamente
el camino sin rumbo, atolondradas.

Y, con Blanca en los brazos,
el indio no descansa;
camina lento, sin cesar camina,
dejando atrás las lomas solitarias.

III

Cruzan por los bañados
cubiertos de espadañas,
sobre las cuales, desarrolla al aire
el penacho gentil la paja brava;

allí, los mirasoles
abren las verdes alas,
y lanzan estridentes alaridos
los pesados *chajás* en las barrancas.

Tiemblan los amarillos pajonales,
y brillan las *tacuaras,*
y, entre los cardos secos y caídos,
cruzan la lagartija y las iguanas.

Quejidos de palomas invisibles,
y voces de calandrias,
y notas como golpes sonorosos,
de los dormidos sauces se desgranan,

y pueblan el silencio de los aires,
mezclados con las ráfagas
de aromas puros, hálito del campo,
y de perdidas flores ignoradas.

A grave paso y lento, la cigüeña
recorre las cañadas,
o, rozando los juncos al alzarse,
los abanica con las alas blancas,

y, bogando a compás firme y solemne,
tranquila se adelanta,
y se aleja, y se aleja, hasta perderse,
diluida en el aire y la distancia.

En las aguas inmóviles
se reflejan las garzas,
que dormitan, o cruzan cadenciosas,
como formas de espuma, entre las cañas;

los insectos se cuelgan
en sus hilos de plata,
o trepan por sus redes, que parecen
hebras de sol, o cristalinas arpas;

y con Blanca en los brazos
sigue el indio su marcha,
despertando a su paso en la maleza
los venados, que huyendo se levantan,

y, en la lejana cumbre de la loma,
a mirarlo se paran,
proyectando, en el cielo, la silueta
del cuerpo esbelto y enramadas astas.

IV

Y los viajeros siguen.
Y, sobre ellos, las águilas,
en inmensos balances, se remontan,
del transparente espacio soberanas.

Gritan los teru-teros,
cuyas alas armadas
zumban, en vuelo sesgo y atrevido,
que el aire, en todas direcciones, rasga.

O corren por el suelo,
y huyendo se agazapan,
abandonando el nido silenciosos,
para gritar después a la distancia.

Brillan, entre las flores,
la pequeña coraza,
y la armadura azul, y el yelmo de oro
del picaflor, armado por las auras,

para librar temblando
sus rápidas batallas,
contra los ingenios que invisibles flotan,
y los ovarios de las flores guardan.

Y todo, para el indio,
luce, resuena y pasa,
como adioses confusos y postreros,
que se van para siempre, y que se abrazan.

Él sigue, sigue siempre
con Blanca en las espaldas;
nada escucha; su cuerpo ya no tiembla;
ya las heridas de sus pies no sangran.

No ha salido del labio del charrúa
ni una sola palabra;
el movimiento de su paso es rítmico,
como el balance de una cuna. Blanca,

sobre el brazo, en el hombro del salvaje,
la cabeza descansa;
las horas cierran sus hinchados párpados.
La virgen duerme... Por sus labios pasa

el aliento a compás, y en ellos deja
una sonrisa amarga,
lejana transparencia de un ensueño,
que se mueve en el fondo de su alma.

V

Se ha detenido *Tabaré*, de un sauce
bajo las ramas trémulas;
está inmóvil, absorto; para el indio,
la frágil niña aniquiló la tierra.

Sólo siente, en su oído, acompasada,
la tibia intermitencia
del aliento de Blanca, que, dormida,
sobre su hombro, descansa la cabeza.

Percibe sus latidos melodiosos,
que el pecho le golpean,
como el ritmo de un canto sin sonidos
que, sin tocar su cuerpo, a su alma llega.

El indio no se mueve; como en éxtasis,
entre los brazos lleva
a la virgen que duerme, como el ave
duerme en el nido que en la rama cuelga.

VI

Se acerca el sol a la última colina,
y Blanca no despierta;
duerme tranquila. Su jornada, el indio
de nuevo emprende, cuidadosa y lenta.

Su pie desnudo, por guardar silencio,
esquiva la hoja seca,
su mano, sin esfuerzo, suavemente,
separa la silvestre enredadera;

del lugar en que anida el teru-tero
con cuidado se aleja,
por evitar sus gritos, que, de Blanca,
el dulce sueño interrumpir pudieran.

Y sigue, y sigue, y cruza, una tras otra,
las colinas desiertas;
se pierde en el cardal de las cañadas,
y aparece, de nuevo, por la cuesta.

VII

¿Los veis allá en la loma? El viento fresco
de la tarde que llega
despierta a la española que, en su torno,
derrama la mirada con sorpresa.

¿Cómo pudo dormir? Un raro ensueño,
que casi no recuerda,
acaba de volar, dejando en su alma,
como el calor del pájaro que vuela.

Queda en el nido, un rastro de algo triste,
que a precisar no acierta;
algo como un acorde, cuyas notas
siguen vibrando aún, pero dispersas.

Blanca mira al charrúa. Con el dedo,
éste a la virgen muestra
una columna de humo que, a lo lejos,
sobre la masa de árboles se eleva.

¡El Uruguay!
¡San Salvador!
La niña
una mirada intensa
ha clavado en los ojos del charrúa,
azules y tristísimos. La estrella

brillaba en ellos, pálida, lejana,
agonizante y trémula,
la estrella solitaria de las tardes,
que las colinas últimas pasea.

El indio miró a Blanca, y, sobre el pecho,
inclinó la cabeza;
su mirada era fría y extenuada,
cual la última que envía entre las breñas

el inerme venado que allí muere
sin lanzar una queja,
lamiéndose la herida dolorosa,
y ya sin sangre, en su costado abierta.

La niña, sobre el hombro del charrúa,
y entre las manos yertas,
ocultó el rostro, cual si hubiera oído
una angustiosa inesperada nueva;

algo como el anuncio de la muerte,
que ya tarde nos llega,
de alguien que, al expirar, nos ha llamado,
y que oímos, tal vez, sin darnos cuenta.

¿Qué ha visto Blanca al despertar, y hallarse
con la mirada aquélla?
¿Por qué rompió, de pronto, en un sollozo,
y en un llanto de lágrimas acerbas?

Lloraba a gritos, con la cara hundida
entre las manos gélidas,
y, a través de las lágrimas, miraba,
levantando un momento la cabeza,

al indio en cuyos brazos se veía,
a la corriente inmensa
del Uruguay, y a la columna de humo
que se elevaba transparente y lenta.

VIII

Tabaré oyó de Blanca los sollozos
con fría indiferencia;
mudo, impasible; la mirada estaba
muerta en sus ojos; todo ausente en ella.

Estaba en pie, pero insensible, frío,
frío como la tierra;
parecía extenuado; mas, de pronto,
como empujado por ajena fuerza,

su cuerpo helado descendió la loma,
con la española a cuestas,
cuyos largos sollozos resonaban
en la salvaje soledad desierta.

Y el grupo aquel, atravesando el llano
en siniestra carrera,
como la sombra que en el suelo cruza
de obscura nube que los vientos llevan,

se hundió en la sombra del cercano bosque,
cuyos talas y ceibas
parecieron cerrarse tras el paso
del indio y la española.
Tal se cierran

las aguas o el sepulcro, en cuyo seno
se hunden o se despeñan
la flor que se desprende de su rama,
y el hombre que resbala de la tierra.

CANTO SEXTO

I

El sol va descendiendo lentamente,
y sus rayos oblicuos,
como ligeros seres, embozados
en diáfanos cendales amarillos,

van y vienen, flotando entre los árboles,
se bañan en el río,
se arrastran por el campo o, escondiendo
el rastro de su vuelo fugitivo,

van a posarse en el *ombú* lejano,
a cuyo lado mismo
el *urunday*, envuelto en los vapores,
duerme en la sombra el sueño vespertino.

En la nube de bordes inflamados,
de su agrandado disco
el sol oculta una mitad; la otra
alumbra el campo con su triste brillo.

Al desprenderse entero de las nubes,
desciende como el ígneo
escudo de batalla de un arcángel,
que cruza lentamente lo infinito,

dejando tras de sí, por los espacios,
sobre un campo rojizo,
trozos inmensos de armaduras de oro,
y jirones de púrpura encendidos.

Los rumores del valle se evaporan;
los vientos han huido
a echarse fatigados en las islas,
donde, a poco volar, duermen tranquilos.

II

Sólo sobre una loma, separado
del bosque de espinillos,
está un ombú, de los que allí parecen
para medir la soledad nacidos.

En el tronco del árbol apoyado,
de pie, mudo y sombrío,
los brazos sobre el pomo del montante,
y con los ojos en el suelo fijos,

Don Gonzalo de Orgaz, que todo el bosque
en vano ha recorrido,
y ha traspuesto las lomas y barrancas,
sin hallar de su hermana ni un vestigio;

que, recién apagadas, las hogueras
del bosque vio, junto al cadáver frío
del indio viejo, cual si viera el lecho
que el tigre acaba de dejar, aun tibio,

con la noche en el alma y en la frente,
comprime de su espíritu
la tempestad siniestra, que se arrastra
de su ira y su dolor en el abismo.

Algunos hombres de armas lo rodean,
mudos y pensativos.
También el Padre Esteban, en sus labios
asoma, pero queda sin abrirlos,

una frase de amor no articulada,
que, al fin, se desvanece en un suspiro.
Todos callan; debajo de la cota
del capitán golpean los latidos.

III

Los soldados comprenden
la pasión de Gonzalo en su silencio.
El que reina en el mar, cuando las nubes
anuncian tempestad, no es más siniestro.

Hay chispas comprimidas, del hidalgo
en los ojos inmóviles y negros;
tiene su pecho el palpitar de la onda
próxima a reventar; hay en sus nervios

una tensión violenta,
que sacude su cuerpo por intérvalos,
con un espasmo rápido, que cruza
por sus rígidos miembros.

IV

¿Quién osará romper con la palabra
aquel mutismo terco
del hermano de Blanca, sin que estalle
la tempestad latente de su pecho?

Miran todos al monje; solo él sabe
del alma los secretos;
él vio nacer al capitán; él solo
supo calmar sus ímpetus extremos.

—Gonzalo, amigo, escúchame,
dijo por fin el viejo misionero;
¿Por qué entregarte a ese dolor sombrío?
Aun no es de noche... al bosque volveremos...

Volveremos, y acaso...
¿Por qué desesperar? Acaso el cielo,
mi buen Gonzalo, a tu dolor reserva,
y a tu congoja, el que el humano intento

no alcanza a vislumbrar, próvido amparo,
y benigno consuelo.
Al dolor sobrevive, y a la muerte,
la esperanza que a Dios pide su aliento.

Pon la tuya en tu Dios, amigo mío;
sólo Él es fuerte y bueno.
Oye, Gonzalo... vuelve en ti... confía...
no encones tu dolor, cede a mi ruego...

La ira de Gonzalo,
cual si saliera de un sopor interno,
estalló, como el rayo, cuando siente,
desde su nube, la atracción del suelo.

Sus atónitos ojos
por el campo vagaron un momento,
hasta que, al fin, una mirada ardiente
subió del alma, hasta apoyarse en ellos,

y saltar sobre el monje,
y en él clavarse, con el fuego intenso
que templaba los nervios del hidalgo,
para que en ellos estallase el vértigo.

—¡Vos! gritó amenazante,
al monje devorando con el gesto,
¡vos... me venís a hablar de una esperanza
que sólo vos, matasteis en mi pecho!

¡Vos, que, con arte indigna,
me indujisteis al mal con vuestros ruegos,
me mostrasteis hermanos en los indios,
e hijos de Dios en ese infame pueblo!

¡Y que aun en Dios confíe!
¡Y a mí me lo decís, ira del cielo!
¡A mí, que lloro al ángel de mi vida,
perdido por seguir vuestros consejos!

¡Qué! ¿Creéis que mi hermana,
de mi madre el legado postrimero,
pasto de la pasión de vuestros indios,
ha de quedar, en extranjero suelo?

¡Oh! Yo os juro que antes
que tal suceda, escucharé en silencio
que llamen a mi madre prostituta,
bastardo a mí, y a mi blasón plebeyo.

¿No sabéis que mi Blanca
lleva en las venas ésta, que yo llevo,
sangre de Orgaz, que agravio no tolera,
ni sobrevive al deshonor? Sabedlo,

y... ¡volvedme mi hermana!
Oh, me la volveréis, ¡voto al infierno!
¿No decís que aun es tiempo de ir al bosque?
¿Pues cómo aquí os halláis? ¿Cómo aquí os veo?

¿Qué hacéis? Id a la selva,
a buscar vuestros indios, sólo enfermos,
vuestros hijos de Dios desheredados...
Buscadme aquel salvaje prisionero,

a quien por vos tan sólo,
por vuestros ruegos, abrigué en mi seno.
Id al bosque, ¿qué hacéis? ¡Oh! por la sombra
sagrada de mi madre, yo os prometo

que ese sayal que os cubre
no embotará la punta de mi acero.
¡Hablad! ¡Dadme mi hermana, Padre Esteban!
¡Dádmela! ¿Dónde está? ¿Qué la habeis hecho?

V

El anciano callaba;
miraba a don Gonzalo por momentos,
y tornaba a doblar, mudo, la frente,
en serena actitud permaneciendo.

Callaban los soldados,
mientras Gonzalo, tembloroso y ciego,
buscaba en vano, en el humilde fraile,
provocación o enojo cuando menos.

—¡Damián! ¡Garcés! ¡Ramiro!
gritó por fin, pues lo que yo le ordeno
no obedece de grado, por la fuerza
llevadlo al bosque, y retornad... ¿Qué es esto?

¡Qué! ¿No me obedecéis? ¿También vosotros
contra mí os conjuráis? Damián: ¿Tú entre ellos?
¡Bajáis las frentes! ¿Cómplices acaso,
traidores todos sois? ¿Tambien sois reos?

VI

Los soldados vacilan
en dar a aquella orden cumplimiento;
se miran entre sí, y esquivan todos
ser designados por mandato expreso.

El furor del hidalgo
toma creces al verlos;
las metálicas piezas de sus armas
crujen, con sus nerviosos movimientos;

sobre el callado anciano
va a lanzarse frenético,
pero los hombres de armas se interponen,
todos a una, en ademán resuelto.

VII

—¡Capitán! gritó el uno,
¡cuidad de no tocarle, por el Cielo!
¡No le toquéis! clamaron los soldados,
¡por vuestra vida, capitán, teneos!

—¡Ah, turba miserable!
el hidalgo gritó retrocediendo;
¿Me amenazáis, ralea de villanos,
gente soez de corazón de cieno?

¡Me amenazáis, cobardes!
Yo os mostraré como se aplasta el cuello
a la víbora inmunda, que se arrastra
para morder la planta a un caballero.

VIII

Los soldados esperan,
con la espada desnuda, y con abierto,
y ya duro ademán, el de Gonzalo
temido ataque, que el hidalgo es fiero.

En su mano, la espada
se veía temblar, cual si en el hierro
continuase la vida, y lo animara,
del corazón y el brazo del guerrero.

El primer rudo golpe
ha sonado del hierro contra el hierro;
Gonzalo apoya la nervuda espalda
en el tronco del árbol, y de nuevo

alza el armado brazo.
Se adelanta el anciano a detenerlo,
cuando clama una voz:
—¡Por entre el bosque!

—¡Un indio!
—¡El indio!
—¡Por el bosque! ¡Vedlo!

—¡Dónde! grita Gonzalo,
los encendidos ojos revolviendo.
—¡Atraviesa aquel llano!
—¡Llega al soto!
¿Lo véis? ¡Es él!...
—¡Es Blanca, vive el Cielo!

IX

Por allá, entre los árboles,
apareció un momento
Tabaré, conduciendo a la española,
y en la espesura se internó de nuevo.

De Blanca se escuchaban
los débiles lamentos;
aun vierte, sobre el hombro del charrúa,
el llanto aquel que reventó en su pecho.

El indio va callado,
sigue, sigue corriendo,
siempre empujado por la fuerza aquella
que sacudió sus ateridos miembros.

Va insensible, agobiado,
y en dirección al pueblo;
siempre dejando, de su sangre fría,
las gotas que aun le quedan, en el suelo.

Grito de rabia y júbilo
lanzó Gonzalo al verlo,
y, como empuja el arco a la saeta,
de su ciega pasión lo empujó el vértigo.

Los ruidos de su arnés y de sus armas,
al chocar con los árboles, se oyeron
internarse saltando entre las breñas,
y despertando los dormidos ecos.

Han seguido al hidalgo
el monje y los soldados. Allá adentro
se va apagando el ruido de sus pasos;
el aire está y los árboles suspensos...

Un grito sofocado
resuena a poco tiempo;
tras él, clamores de dolor y angustia
turban del bosque el funeral silencio...

. . . .

X

¡Cayó la flor al río!
Los temblorosos círculos concéntricos
balancearon los verdes camalotes,
y entre los brazos del juncal murieron.

Las grietas del sepulcro
engendraron un lirio amarillento.
Tuvo el perfume de la flor caída,
su misma extrema palidez... ¡Han muerto!

Así el himno cantaban
los desmayados ecos;
así lloraba el *urutí* en las ceibas,
y se quejaba en el sauzal el viento.

XI

Cuando al fondo del soto
el anciano llegó con los guerreros,
Tabaré, con el pecho atravesado,
yacía inmóvil, en su sangre envuelto.

La espada del hidalgo
goteaba sangre que regaba el suelo;
Blanca lanzaba clamorosos gritos...
Tabaré no se oía... Del aliento

de su vida quedaba
un exterior apenas, que sus miembros
extendidos en tierra recorría,
y que en breve cesó... Pálido, trémulo,

inmóvil, don Gonzalo,
que aun oprimía el sanguinoso acero,
miraba a Blanca, que, poblando el aire
de gritos de dolor, contra su seno

estrechaba al charrúa,
que dulce la miró, pero de nuevo
tristemente cerró, para no abrirlos,
los apagados ojos en silencio.

El indio oyó su nombre,
al derrumbarse en el instante eterno.
Blanca, desde la tierra, lo llamaba;
lo llamaba, por fin, pero de lejos...

Ya *Tabaré,* a los hombres,
ese postrer ensueño
no contará jamás... Está callado,
callado para siempre, como el tiempo,
como su raza,
como el desierto,
como tumba que el muerto ha abandonado:
¡Boca sin lengua, eternidad sin cielo!

XII

Ahogada por las sombras,
la tarde va a morir. Vagos lamentos
vienen, de los lejanos horizontes,
a estrecharse en el aire entre los ceibos.

Espíritus errantes e invisibles,
desde los cuatro vientos,
desde el mar y las sierras, han venido
con la suprema queja del desierto:

con la voz de los llanos y corrientes,
de los bosques inmensos,
de las dulces colinas uruguayas,
en que una raza dispersó sus huesos;

voz de un mundo vacío que resuena;
raro acorde, compuesto
de lejanos cantares o tumultos,
de alaridos, y lágrimas, y ruegos.

El sol entre los árboles
ha dejado su adiós más lastimero,
triste como la última mirada
de una virgen que fuere sonriendo.

Cuelgan, entre los árboles del bosque,
largos crespones negros;
cuelgan, entre los árboles, las sombras,
que, como aves informes, van cayendo.

Cuelgan, entre los árboles del bosque,
tules amarillentos;
cuelgan, entre los árboles, los últimos
lampos de luz, como sudarios trémulos.

La luz y las tinieblas, en los aires,
batallan un momento;
extraña y negra forma cobra el bosque...
La noche sin aurora está en su seno.

Y, cual se oyen gotear, tras de la lluvia,
después que cesa el viento,
las empapadas ramas de los árboles,
o los mojados techos,

brotan del bosque, en que el callado grupo
está en la densa obscuridad envuelto,
ya un metálico golpe en la armadura
del capitán o de un arcabucero,

ya un sollozo de Blanca, aun abrazada
de *Tabaré* con el inmóvil cuerpo,
o una palabra, trémula y solemne,
de la oración del monje por los muertos.

FIN DEL POEMA

ÍNDICE ALFABÉTICO

ÍNDICE ALFABÉTICO DE ALGUNAS VOCES INDÍGENAS EMPLEADAS EN EL TEXTO

AHUÉ. — Árbol indígena. Reyes, en su *Geografía de la República*, dice de él lo siguiente: "En los sotos e isletas desprendidos de los ríos al N. del territorio, se encuentra un hermoso árbol, frondoso y de alto porte, madera blanca y fuerte como el guayabo, cuya maléfica sombra rechaza toda vegetación en sus contornos, y que daña instantáneamente al que, por ignorar sus propiedades, se cobija en ella, causando un sopor y aniquilamiento que generalmente acarrea fatales consecuencias. Creemos, por la tradición que hemos oído, que los indios le llamaban *ahué* o *árbol malo*.

BIGUÁ (¿GRACULUS CARBO?). — Ave palmípeda, de la subfamilia de los *Graculidos*. Es negra, de largas alas, y se encuentra muy comúnmente en los ríos, a cuyas orillas se agrupa en bandadas. Acaso tiene analogías con el *Cormorán;* no he encontrado con perfecta exactitud su clasificación científica.

CAICOBÉ (SENSITIVA). — La voz guaraní quiere decir *planta que vive.* Es conocida la propiedad que tienen sus hojas de plegarse, como movidas de un resorte, al más mínimo contacto exterior.

CAMALOTE (ESCHORNIA SPECIOSA). — Planta acuática que se ve comúnmente en las orillas de los ríos, arroyos y lagunas: sus hojas frescas, grandes y brillantes, flotan en la superficie de las aguas, y sus flores son blancas o moradas. Constituye el verdadero marco de casi todos nuestros arroyos, lagunas y ríos. Tomo de la obra del doctor don Alejandro Magariños Cervantes, *Palmas y Ombúes,* lo siguiente, que él a su vez transcribe de una

publicación periódica y de un artículo suscrito por *un isleño:* "Circunscribiéndome a la planta acuática, dice, pues hay otras muchas de diferentes formas, pero de iguales condiciones de vegetación, diré del *pontederia,* vulgo *camalote* que se sostiene a flote en virtud de ser los tallos de sus hojas en forma de vejiga periforme hueca, y posee raíces capilares negras por las que extrae del agua las substancias de que se alimenta

"El camalote es, por lo tanto, planta enteramente acuática, y necesita bastante agua para su desarrollo, el cual no puede tener lugar en la orilla que las bajantes dejan al descubierto y donde se marchita y muere pronto.

"En los innumerables recodos de los ríos, donde el agua es profunda y tranquila, se desarrolla el camalote con profusión, y forma una masa enredada de raíces que hacen difícil cortarlo para dar paso a las embarcaciones, porque el enredo está debajo del agua y no en la superficie

"En ésta, las plantas se aprietan tanto, por efecto de la multiplicación infinita en espacio limitado, que sobre sus tallos - boyas contiguos, recoge y sostiene a flote la tierra que depositan las tormentas de las Pampas Sobre ésta nacen otras diversas plantas, y pronto se forma una isla flotante que basta a sostener el peso de venados, tigres y otros animales Algunos fugitivos de nuestras luchas civiles lograron escapar de sus verdugos, navegando río abajo sobre esas islas vegetales flotantes.

"Cuando el río sube y extiende su caudal de agua cubriendo las orillas inmediatas al camalote, éste se encuentra libre del obstáculo que oponen a su marcha las configuraciones de la costa, y por poco que el viento lo empuje hacia el hilo de la corriente, emprende su camino triunfal aguas abajo, hasta perderse desmembrándose poco a poco en alta mar Los he visto fuera de sonda al enfrentar el Río de la Plata"

CAMOATÍ — Nombre indígena de los grandes panales de miel que construyen con barro entre las ramas de los árboles las abejas o avispas silvestres

CANELÓN (MYRSINE SP.) — Árbol de hoja carnosa de un verde obscuro y que crece muy comúnmente entre las piedras y en las riberas de los arroyos y ríos de la República O. del Uruguay.

CARANCHO (POLLYBORUS VULGARIS). — Ave del orden de las *Rapaces diurnas*, familia de los *Falconídeos*, acaso la mas común y la más rapaz entre las de su especie que existen en la República Es de un color gris obscuro y se posa muy comúnmente en el suelo. Los indios le llamaban también *caracará*, sin duda por la analogía fonética de esa voz con el desapacible graznido del ave.

CARPINCHO (HIDROQUERO CAPIBARA). — Animal mamífero del orden de los *Roedores*, familia de los *Cávidos* Para la descripción de este animal, el mayor y más notable que se conoce en el orden de los roedores, dejo la palabra a Azara, que fue el primero que lo hizo conocer a la ciencia· "Los guaraníes, dice, le llaman *capugua,* de donde le viene el nombre español de capibara; los indios le designan con el nombre de *lakay* si es pequeño, y de *otschagú* si es grande. Habita el Paraguay hasta el Río de la Plata, y sobre todo a las orillas de los ríos, lagos y corrientes, pero sin alejarse más de cien pasos de ellas. Cuando se le asusta, lanza un sonido fuerte y sonoro, que podría traducirse por *¡ap!* y no asoma más que la nariz. Si el peligro es grande o tiene el animal alguna herida, se sumerge y nada muy grandes trechos debajo del agua... Largos ratos se sienta sobre sus patas posteriores sin moverse... Los pequeños siguen a su madre; son muy fáciles de domesticar, se les puede dejar libres; salen y vuelven; acuden cuando se les llama y se alegran cuando se les acaricia".

El *carpincho* sale del agua a pacer generalmente al caer la tarde; suele andar en manadas, corre y da grandes saltos al lanzarse al agua con estrépito dando el fuerte grito a que se refiere Azara.

CEIBO o CEIBA (ERITHIRA CRISTA GALLI). — Arbusto o árbol que, a las veces, alcanza una altura de ocho metros; su madera es liviana, porosa y acuosa; sus hermosísimas flores son de un color rojo muy vivo.

CIPÓ. — Enredadera muy resistente, con cuyo tejido fibroso pueden hacerse cuerdas de tanta consistencia como las de cáñamo.

CURUPÍ (SAPIUM AUCAPARIUM). — Árbol mediano, tiene una savia blanca, lechosa y muy venenosa; con el extracto de sus hojas se ha sustituído el acónito. Los indios del Gran Chaco envenenan todavía con aquella savia la punta de sus flechas.

CHAJÁ (CAUNO CHAVARIA). — Ave zancuda, de la familia de los *Caunos* Su nombre en guaraní (yajá), remedo de su graznido, quiere decir *¡Vamos!* Es de color ceniciento y tiene las patas encarnadas. Las articulaciones de las alas tienen dos púas o espuelas aceradas cada una; la del ala derecha es mayor y más fuerte Es ave de bastante corpulencia, llega hasta medir más de un metro de vuelo. Es muy común en las lagunas, ríos y bañados.

CHINGOLO (ZONOTRICHIA AUSTRALIS). — Ave del orden de los *Paserinos* o pájaros cantores. He hallado al *chingolo* clasificado con este mismo nombre en la gran obra de Brehm, *La Creación;* lo manifiesto, porque muy comúnmente la fauna sudamericana brilla por su ausencia en las obras de historia natural. Así describe Audubón, transcrito por Brehm, las costumbres del *chingolo:* "De repente se ven todos los cercos y jarales cubiertos de aquellos preciosos pájaros; aparecen en bandadas de 30 a 50, saltan a tierra para buscar su alimento; pero a la menor alarma se refugian todos en el más espeso matorral. Un momento después aparece un pájaro en las altas ramas, síguenle un segundo y un tercero, y entonces da principio a un agradable concierto. Su voz es de una

dulzura tan agradable que a veces me extasiaba oyéndolos. Por la mañana, sin embargo, lanzan gritos estridentes que podrían traducirse por *twit*".

Ese es, efectivamente, nuestro conocido y pequeño *chingolo*, cuyo canto dulce consta generalmente de cinco notas y que, durante las siestas, se oye diseminado en los cardales o en los pequeños arbustos.

GUAYABO (EUGENIA CISPLATENSIS). — Árbol de mediana estatura, originario del Brasil meridional, Uruguay y República Argentina. Su fruto es comestible y su madera oscura.

GUABIYÚ — Árbol de la familia de las *Mirtáceas*, de hoja carnosa y verdinegra, y de fruto dulce y agradable.

GUAYACÁN (POLIERIA HYGROMÉTRICA). — Arbusto pequeño, de madera muy dura y resistente y flores copiosas y muy blancas.

HUM. — Nombre que los charrúas daban al Río Negro. (V. URUGUAY). — *Hu*, que se pronuncia con un sonido nasal, quiere decir *negro*, en guaraní.

JAGUARETÉ. — Compuesto de las voces guaraníticas *jagua* (perro), *reté* (cuerpo), quiere, pues, decir, *cuerpo de perro*. Es el tigre americano; según Humboldt, es de las mismas dimensiones y fiereza que el tigre real. Su altura hasta la cruz llegará a 0,80 metros y a 1,45 desde el hocico hasta la raíz de la cola, que mide 0,68 metros. Es el más grande y el más fuerte del orden de los *Félidos*, grupo de los *Leopardos*, y el más temible del nuevo continente. El pelaje en la mayoría de los individuos es de un amarillo rojizo, si bien predomina el blanco en el interior de las orejas, las mandíbulas, la garganta, la parte interior del cuerpo y la interior de las piernas Todo su enorme cuerpo está cubierto de manchas, unas veces pequeñas, negras y circulares, y otras grandes en forma de

anillos ribeteados de rojo y negro. Muy abundante en tiempo de la conquista, hoy el *jaguareté* está en vías de completa extinción en nuestro país.

LEOPARDO — (V. JAGUARETÉ).

MBURUCUYÁ (PASIFLORA CŒRULEA). — Enredadera conocida también con los nombres de pasionaria, pasiflora o flor de la pasión, el pueblo ha hallado en sus hermosas flores representados los atributos de la pasión del Salvador. Su fruto es comestible, amarillo exteriormente y rojo en el interior.

MACACHÍ (OXALIS ARTICULATA Y LOBATA). — Planta de las *Tuberáceas*. Sus rizomas son comestibles y de un gusto dulce

MAMANGÁ. — (Se le suele decir *mangangá;* la etimología guaranítica exige, sin embargo, la voz que yo he adoptado y que es la que se emplea en el Paraguay y Corrientes, donde aún se habla el guaraní). Nombre indígena de los *abejorros*, insectos de la familia de los *Himenópteros Tipos gruñones*, los llama Landois "Posados perezosamente en las flores, dice un autor citado por Brehm, siempre están zumbando, y parece que no se ocupan de otra cosa". La especie más común es negra con algunos segmentos del abdomen blancos, hay otras en que el escudete y los primeros segmentos del abdomen son amarillos y rojos, y también todos amarillos Todas o casi todas las variedades de este insecto existen en la República Oriental del Uruguay La expresiva voz guaranítica *mamangá* significa algo como *cosa que zumba dando vueltas;* describe el insecto.

MOLLE (MOYA ESPINOSA) — Árbol indígena de mediana estatura, crece tortuoso, y sus ramas son espinosas, su fruto es comestible, aunque algo resinoso, cualidad muy común en los frutos de la flora indígena.

MIRASOL. — Ave del orden de las *Zancudas*, familia de las *Pluviales*. Tiene analogías con el *Pluvial dorado* y el *variado* Es de un color verde o almendra con orlas negras, y las largas patas negras; o bien verde claro, con las patas amarillas. El pico es largo y sumamente agudo. Habita los pantanos

NUTRIA (MYOPOTAMUS COYPUS). — Es un animal del orden de los *Roedores*, especie de rata de agua, que hace su cueva a orillas de los ríos y arroyos y al pie de los barrancos Se le ve, sobre todo al caer la tarde o de noche, nadar en las corrientes o correr por las márgenes de los arroyos y ríos.

ÑACURUTÚ (BUHO VIRGINIANUS) — La voz guaranítica quiere decir· *jibado, encogido;* algo como actitud recelosa o de acecho. Ave de rapiña nocturna, de la familia de los *Estrígidos*, subfamilia de los *Otidos*, correspondiente acaso al *gran duque* de Europa Se distingue por los mechones de plumas en forma de cuernos sobrepuestos a las orejas. Los ojos grandes, aplanados, movibles y de un color amarillo vivísimo, aumentan en el ñacurutú ese carácter fantástico de las aves nocturnas tan ocasionado a despertar las curiosas supersticiones del vulgo.

ÑANDÚ . — Nombre guaranítico del avestruz americano.

ÑANDUBAY (PROSOPIS ALGARROBILLA PROSOPIS ÑANDUBEY). — Árbol indígena de grandes dimensiones; su fruto es agrio y contiene tanino, su madera es de construcción, sólida, dura y muy pesada, se usa muy comunmente para postes de cercos y como combustible.

OMBÚ (PIRCUNIA DIOICA) — Llamado en España *Belombra*. Árbol originario de América (aunque existen opiniones en contra), frondoso y elevado Alcanza una altura de 16 a 18 metros, descuella, por consiguiente,

sobre los otros árboles, aunque de ordinario crece aislado en el territorio uruguayo, y busca siempre las alturas. Es el árbol de nuestras ruinas y de nuestras soledades. Aún hoy, cuando éstas desaparecen, el pueblo mide las distancias y designa los parajes por medio de referencias a antiguos y conocidos ombúes.

PAJA BRAVA (COLÆTÆNIA GINERIOIDES) — Grama que se cría a orillas de los arroyos y ríos, su hoja es larga, muy brillante y dentada; en el centro de éstas se levanta una caña, en cuya extremidad se forma un penacho blanco. Se usa para techos de *ranchos* o pequeñas casas de campo y también como adorno de los salones.

PARANÁ GUAZÚ. — (V URUGUAY).

QUEBRACHO (QUEBRACHIA LORENTZII, LOXOPTERYGIUM LORENTZII). — Árbol de 10 a 15 metros de altura y de un metro de diámetro en el tronco; su madera es obscura, pesada y durísima, los indios construían con ella sus armas; hoy se emplea en construcciones fuertes, como durmientes de ferrocarril, masas de rodados, enmaderados de casas, tablazón de buques, etc.

SARANDÍ. — En guaraní quiere decir lugar donde hay mucha maleza. *Saran*, maleza; *dí*, sitio donde hay mucho. (Blanco, colorado y negro. *Phyllanthus Selowianus, Cephabanthus Sarandí*). Arbusto común en las riberas Crece en la misma orilla de las corrientes, de modo que las aguas bañan de ordinario los troncos.

TABARÉ. — El nombre de *Tabaré* se encuentra en el *Viaje al Río de la Plata y Paraguay*, de Ulderico Schmidel, aventurero alemán que acompañó al bravo y honesto Alvar Núñez en su memorable expedición al Paraguay.

También Rui Díaz de Guzmán, en su *Historia Argentina*, nos da a conocer ese nombre, aunque en distinta acepción que Schmidel.

Éste nos presenta a un cacique, *Tabaré*, que hizo sudar el hopo, como decía Cervantes, a los bizarros expedicionarios de Alvar Núñez, en las inmediaciones de la Asunción, que los indios llamaban *Lambaré*.

No es ese, sin embargo, el protagonista de mi poema.

¿Cuál es, entonces?

Otro; y para explicaciones basta y sobra con lo dicho.

Quede sólo sentado que *Tabaré* es el nombre de un cacique que un día existió, y que la voz *Tabaré* es genuina y muy característica de la lengua *tupí*. Lo cual, unido al sonido eufónico de esa voz, me indujo a adoptarla para designar con ella a mi protagonista; y, por fin, que la palabra *Tabaré* está compuesta de las voces *Taba*, pueblo o caserío, y *ré*, después; es decir, el que vive solo, lejos o retirado del pueblo. (Acotaciones de Angelis a la Historia de Rui Ríaz).

¡Ojalá que mi *Tabaré*, olvidado por los historiadores, porque no lo vieron, o no quisieron, o no pudieron verlo, resulte, sin embargo, más histórico que el *Tabaré* de Schmidel o de Rui Díaz!

Mucho pedir es eso; sin embargo, lo diré sin vana pretensión: no creo que los cronistas de la conquista (incluso el bueno del arcediano Centenera, que tantas cosas archicuriosas vio por estos mundos con los ojos de la imaginación que dio vida a *La Argentina*), no creo, digo, que los cronistas hayan visto a aquellos indiotes estrafalarios, que tanto que hacer dieron a los heroicos conquistadores, con mayor intensidad que la con que yo he visto a mi imposible charrúa de ojos azules.

Yo creo firmemente que las historias de los poetas son, a las veces, más *historia* que la de los historiadores. Los criterios se imponen, es cierto, a la humanidad; pero la inspiración se impone a los criterios, y vaya lo uno por lo otro.

¿Qué sitio de la tierra en que pudiera haber nacido hubiera dado mayor longevidad al bueno de D. Alonso

Quijano que el cerebro de Cervantes, sitio privilegiado en que nació con su indigestión de libros de caballería?

¿Tiene, acaso, una vida más real en el criterio de la humanidad el rey D. Felipe que el loco de Don Quijote?

Y puesto que, a pesar de mi aversión a prólogos y proemios y otras zarandajas, estoy cayendo, quieras que no, en ellos (puesto que no en otra cosa que en un prólogo a *parte-post* se está convirtiendo esta nota), vayan algunas ideas que están en este momento retozando bajo los puntos de mi pluma.

Alguien, cuya opinión me merece respeto, me decía, después de conocer el plan de mi poema: ¿Por qué no personificar la raza en una mujer? ¿No sería ello más fácil, más verosímil y más conducente al propósito fundamental de la obra?

Nó; debí personificarla en un hombre casi imposible, como pude haberla encarnado en una fiera no clasificada por los sabios, y que, a pesar de ser fiera, nos inspirara compasión, y hasta amor y ternura.

¿No es hermosa la ternura humana puesta en un tigre agonizante? ¿No es posible? Y si se consigue despertarla, ¿no puede llegar a ser original?

La fiera raza charrúa, aun para pedir una lágrima de compasión, debía presentarse encarnada en *Tabaré*, y no en *Liropeya*, la virgen salvaje de nuestra leyenda indígena.

Era imposible que, al asomarse el poeta al abismo en que duerme la estirpe indómita el sueño de la tierra; que, al llamarla a gritos desde el borde lejano, le hubiese contestado desde el fondo una voz de mujer.

Eso hubiera sido acaso el idilio salvaje, la leyenda vestida de plumas de colores. Yo llamaba a la epopeya.

Quien me ha respondido no lo sé. He escrito la respuesta en estos versos.

¡La epopeya! oigo clamar al tratadista de retórica y poética. ¡La epopeya, con un salvaje obscuro por protagonista, y con un caserío y una selva por teatro! ¡La epopeya en verso asonantado, y sin octavas reales!

¡Oh adoradores de las venerables tradiciones de forma! Yo, que venero al viejo padre Homero; yo, que no concibo el arte sin la *belleza* de la forma, no creo, sin embargo, que esté dogmáticamente establecida la *forma de la belleza.*

Inoculad el espíritu épico en un organismo literario hermoso, y habréis realizado la epopeya.

¿No existen epopeyas dramáticas? ¿No se ha llamado epopeya al *Quijote*, a *La vida es sueño* o a los cantos de Ossián?

La epopeya no es una forma literaria: lo que la caracteriza es el agente que imprime movimiento e *impone* desenlace a la acción.

¿Y lo maravilloso?, se me dice. Precisamente, lo maravilloso en la epopeya es la desaparición de la voluntad humana como agente de la acción, a fin de que ésta sea movida por una fuerza superior.

Y cuando la criatura desaparece, no hay término medio; tiene que aparecer el Creador.

La encarnación de sus leyes misteriosas en los sucesos humanos se llama creación épica.

Los antiguos hablaban del *Hado.*

¿Por qué se habrá conservado la palabra sin sentido "*fatalidad*" en los diccionarios de las lenguas cristianas?

No me incumbe indicar cómo están personificados estos principios en *Tabaré:* si él es acreedor a algo más que a la indiferencia, la crítica lo dirá.

Baste con lo dicho, en cuanto al espíritu de la obra.

En lo que se refiere a la forma, ¿será digna de ser tenida en cuenta por la crítica la labor que he condensado, no ya en la estructura de la estrofa, pero sí en la de la frase, que he procurado arrancar al estudio de la lengua *tupí*, procurando desentrañar el pensar y el sentir del indio, de la índole del idioma, y buscando el medio de hablar *tupí en castellano?*

Sueño frío, cuerpo que fue, tiempo de los soles largos, luna de fuego, con su claro significado de *muerte, cadáver,*

verano, estrella, y cien otras que el mismo contexto indicará, son imágenes bellísimas indudablemente; pero ellas no son hijas sólo de la inspiración del poeta, sino de una investigación laboriosa de la etimología de las voces guaraníticas con que el indio expresaba esas ideas.

Mucho habría que decir sobre este punto; pero tampoco me incumbe hacerlo: ahí está la obra. Lo que había de decir yo al respecto está o no en el poema; y, en cualquiera de los dos casos, holgaría en esta nota.

Por la misma razón creo fuera de sazón toda observación sobre fauna, flora, filología, costumbres charrúas..., etc.

No soy yo quien debe decir si en estas páginas se respiran o no las auras de la patria uruguaya; si el poema es nacional; si sus árboles son nuestros árboles, sus rumores son nuestros rumores, sus alboradas y sus siestas y sus tardes, las tardes, siestas y alboradas de nuestra tierra incomparable; si el pájaro que canta, y la enredadera que trepa, y el río que corre, y la loma que despierta o se arropa en su neblina, y la estrella que tiembla en su luz, son o no nuestras lomas, y nuestras estrellas y nuestros cantos.

¡Oh, si lo fueran!

Creo que he andado, al escribir esta obra, por sendas no holladas u holladas poco por plantas humanas.

No me es dado, sin vana pretensión, aspirar al título de creador; me daré por bien servido si consigo el de explorador medianamente afortunado.

TALA (CELTIS SELLOWIANA). — Árbol acaso el más común y característico de los bosques uruguayos: alcanza una altura de 8 a 12 metros, y su tronco llega a tener hasta medio metro de diámetro, la madera es sumamente fuerte y se usa hoy para postes, cabos de herramientas, etc, y como buen combustible. Sus frutitas son comestibles.

TERU-TERO (VANELLUS CAYENENSIS). — Ave del orden de las *Zancudas*, familia de los *Hoplópteros*. Acaso corresponde a la llamada *ave fría de espolón*. Está caracterizado por un espolón o púa acerada que tiene en la articulación de las alas. El *teru-tero* es el centinela de los campos; a todas horas, sin excluir las de la noche, anuncia la más mínima novedad por medio del grito estridente que le ha dado nombre.

URUCÚ (VIXEA ORELLANA). — Planta originaria de América. La masa pulposa que envuelve sus semillas es de un color encarnado-anaranjado, y tiene olor a violetas. Es sustancia tintórea que aun hoy emplean los indios matacos y chiriguanos para teñirse el cuerpo de un color anaranjado vivo.

URUGUAY. — Grande y hermoso río que limita por su parte occidental la República Oriental del Uruguay, y en cuyas márgenes y las del Río de la Plata vivió la raza charrúa, así como las demás tribus cuyos nombres y costumbres figuran en el poema.

Varias opiniones se han emitido sobre la etimología de la voz *Uruguay*. Quién afirma que quiere decir *Cola de gallina;* quién *Río de los caracoles (rivière des limaçons d'eau)*, o de los moluscos *(des ampullaires)*.

Mis estudios en ese sentido, me hacen descomponer esa voz en esta forma *uru — uá — i*. *Urú* significa pájaro, y también un pájaro determinado, especie de ruiseñor que figura en el poema; *uá* significa cueva, antro, concavidad; *i*, que tiene en tupí un sonido nasal característico, significa, agua o río, según se use sola la voz o combinada con otras.

Uruguay significa, por consiguiente, agua que brota de cueva donde hay pájaros, o *Río de los pájaros*.

Corra esta opinión en lo que pueda valer.

El gran río nace en la falda occidental de la sierra general del Brasil; desemboca en el Río de la Plata, después de un curso de doscientas cincuenta leguas en que

recoge el tributo de innumerables afluentes. El mayor y más hermoso de todos ellos es el *Río Negro*, llamado *Hum* por los charrúas, el cual atraviesa de este a oeste la República Oriental y recoge en su largo curso las aguas de más de la mitad del territorio.

A alguna distancia de la desembocadura del *Río Negro* hállase la del arroyo *San Salvador*, cuyas márgenes y las de aquél son el teatro de este poema.

El río *Uruguay* en su desembocadura recoge la prodigiosa cantidad de aguas de los ríos *Paraná* y *Paraguay*, o más bien dicho, todas ellas se juntan para formar una gran desembocadura llamada *boca del guazú*. Esta, conjuntamente con el Plata, era llamada por los indios, *Paranáguazu*, que quiere decir río como mar (*Para*, mar, *aná*, adverbio comparativo; *guazú*, grande).

El *Uruguay* tiene un curso de doscientas cincuenta leguas sin contar el Plata; traza grandes sinuosidades; forma innumerables islas, es hoy navegable hasta la barra del *Piratín*, y, con muy poco esfuerzo, no tardaría en serlo hasta muy cerca de sus fuentes, que brotan del corazón de la America Meridional. La circunstancia de correr de norte a sud y de atravesar, por consiguiente, distintas latitudes y climas, puede dar idea de la importancia del gran río que, con el *Paraná*, forman el Eufrates y el Tigris americanos, incomparablemente más extensos y más ricos que los que hicieron nacer en sus márgenes a las Nínives y Babilonias de la antigua opulenta Mesopotamia.

URUNDAY (ASTRONIUM JUGLAUDIFOLIUM). — Árbol alto y frondoso de las selvas subtropicales donde llega a una altura mayor de veinte metros. En el territorio oriental del Uruguay donde existe no alcanza esas colosales proporciones; pero las adquiere muy considerables. Su madera es de construcción, muy buena, sumamente sólida y resinosa; une a su solidez cierta elasticidad, circunstancia que hace muy verosímil el supuesto según el cual los indios construían sus arcos de las ramas de este árbol con preferencia.

YACARÉ. — Reptil del orden de los cocodrilos, familiá de los Caimanes. En la obra de Brehm, *La Creación,* lo veo con el nombre de *chacaré,* probablemente por adulteración o arreglo oficioso de la voz tupí *yacaré* o más bien porque el que tradujo al castellano del alemán la citada obra era poco versado en achaques guaraníticos. Baste, pues, saber que el *yacaré* de los guaraníes es el reptil llamado *caimán.*

APÉNDICE

EL LIBRETO DE "TABARÉ"

I

Cuando llegó a mis manos la carta de Tomás Bretón, el insigne músico español que escribió *Garín* y *La Dolores,* leía yo la página en que Anatole France nos dice lo siguiente: "No temamos demasiado prestar a los artistas de otros tiempos un ideal que ellos no tuvieron jamás. No es posible admirar, sin un poco de ilusión; y comprender una obra maestra es crearla en sí mismo de nuevo... Cada nueva generación de hombres busca una emoción nueva, ante las obras de los viejos creadores".

El maestro Bretón me hacía saber por su carta, fechada en Buenos Aires, que, de muchos años atrás, abrigaba el propósito de escribir una ópera, interpretación musical de mi poema *Tabaré;* el propósito se había convertido para él en obsesión; la música de su obra era "un perpetuo ensueño de su oído"; había venido a América, a la tierra de *Tabaré,* con el objeto principal de ver si se oía esa música en la naturaleza y en el espíritu popular. En resumen: me pedía autorización, y también concurso intelectual, para llevar a ejecución su pensamiento.

Yo le contesté inmediatamente que sí, que era suyo todo el caudal de sonidos que pudiera hallarse

en *Tabaré,* y que yo, por mi parte, no dudaba de que, en esos versos debe de haber algo que suena armoniosamente, pese a los versos.

Al manifestar esto último, recordaba yo que el mismo Anatole France, cuya página leía, me había dado el placer de oirle decir a mis compatriotas, en conferencia pública: "Tenéis una epopeya nacional, que ha sido traducida en todas las lenguas: el poema *Tabaré,* que data, según creo, de veinte años atrás. Ha sido vertido al francés, y he podido entrever su invencible encanto. Juan Zorrilla de San Martín es hoy, para la América del Sud, lo que Longfellow para la del Norte: la voz, la grande voz del río y de la llanura. Su obra fue, según la bella expresión del mismo poeta, "amasada con el limo de vuestra tierra virgen y hermosa".

Si hay en esta transcripción algún pecado de vanidad o vanagloria, como lo está diciendo, con razón acaso, el que esto lee, sírvame de atenuante, además de nuestra común humana flaqueza, lo muy a propósito con que hago la reproducción, como se verá. No es esto decir que tenga empacho, por otra parte, en confesar que no me siento con fuerzas para desdeñar el aplauso de mis semejantes; confieso que la esperanza de haber realizado algo bello se vigoriza en mí tanto más, cuantos más hombres dicen que han tenido sensación de belleza en lo que yo he hecho. Y esa esperanza no debe sernos vituperada a los que la tenemos como único estímulo, de tejas abajo; y mucho más si se considera que, ese anhelo de vivir en el alma de los demás hombres, es el mayor homenaje que al hombre tributamos.

¡La grande voz del río y de la llanura! También este Anatole France ha oído música, pues, voz de la

naturaleza, más o menos lejana, en mi poema. Pues bien: yo declaro haberla percibido cuando lo escribí; también yo sentí, con mayor o menor intensidad o vaguedad, aquello que decía Schiller en su carta a Goethe, cuando le describía el proceso anímico de su inspiración: "Primero invade mi espíritu una especie de disposición musical; la idea concreta viene después".

Esa disposición musical, o lejana armonía, no es otra cosa que el despertar, en la memoria, de las ideas pasadas o sensaciones dormidas. Éstas se buscan mutuamente, como los insectos de élitros sonoros, para fecundarse; resuena nuestro cerebro como una caja armónica fuertemente sacudida; nuestro corazón se paraliza un momento, como si recibiera un golpe, y reemprende en seguida, con mayor rapidez, su movimiento rítmico.

Eso es, sin duda, lo que se llama el advenimiento del Numen. Las Musas de los griegos eran hijas de la Memoria.

Lo que viene después, la idea concreta de que habla Schiller, no es otra cosa que la intervención de la conciencia, que, en compañía de la razón, elige las imágenes salidas de las células cerebrales, las ordena, las ilumina, y las hace servir de transmisoras de emoción entre un alma y otra.

Acaso es esa la diferencia fundamental entre la ciencia y el arte: en la primera no vibra o vibra poco el corazón; en la segunda éste domina; pero son un acorde. Varias facultades no son diversas almas; la verdad vibrante conmueve el corazón del sabio. Y dice Novalis que, siendo, como es, la poesía lo real absoluto, una cosa será tanto más real cuanto más poética. Ese es el núcleo de toda mi filosofía, dice.

Hay música, pues, allí donde existe inspiración, incorporación del espíritu humano a la eterna armonía en que se confunden lo verdadero, lo bueno y lo bello.

Conocidas son las preciosas páginas de Carlyle sobre Dante, en que habla de eso, de la *sustancia musical* de que está formado el pensamiento rítmico.

"Si vuestra composición, dice, es auténticamente musical, no solamente en la palabra sino en el corazón y en la sustancia, en los pensamientos y articulaciones, en toda la concepción, entonces será poética; mas nó de otra manera. ¡Musical! ¡Cuánto se encierra en esta palabra! Un pensamiento musical es el que ha penetrado hasta lo más íntimo del corazón de las cosas, y puesto al descubierto lo más recóndito de sus misterios"...

"Todos los viejos poemas, el de Homero como todos los demás, son auténticamente cantos... Sólo cuando el corazón del hombre es transportado a las regiones de la melodía, y el acento mismo de su voz llega a convertirse, por la grandeza, profundidad y música del pensamiento, en notas musicales, sólo entonces podemos llamarle poeta".

II

Convengamos, pues, en que puede existir algo de eso en *Tabaré,* si es que éste es un poema real. Pero no basta con eso, o mucho me equivoco, para que la elección de Bretón merezca ser alentada, sin estar un poco sobre aviso. Bien es verdad que mi compatriota Alfonso Brocqua, que es un noble artista, ha oído esa intrínseca palpitación de vida mu-

sical americana en *Tabaré*, y la ha inoculado en inspiradísima partitura que me encanta; pero el músico uruguayo ha hecho con mis versos lo que Schumann, pongo por caso, con los de Heine, su compatriota alemán: ha traducido en música los versos mismos.

Y lo que Bretón va a hacer es otra cosa. La ópera, género a mi parecer menos intenso que el otro, por lo más extenso, no es sólo deleite difuso del oído; lo es al par concreto de los ojos y de la atención. No basta, para que haya ópera, que se oiga música; es preciso ofrecer espectáculo, color, personajes visibles, fábula interesante, acción dramática.

¿La hay suficiente en *Tabaré?* Ese fue el problema que yo sometí a la consideración de Bretón al contestar su carta, y el que me propuse a mí mismo: el libreto, el cuadro y desarrollo escénicos de la ópera *Tabaré;* no tanto los versos, por más que siempre hubiera querido que fueran los míos, ingenuos y todo, como son.

Y eso fue lo que hizo que me encontrara en mi poema con personas sonoras, tan nuevas para mí, que parecía que mis estrofas habían retoñado con el tiempo; me hallé con cosas puestas allí por otro que no era yo propiamente; que se habían puesto a sí mismas. Y recordé aquello de la predisposición musical, generadora de ideas, de que habla Schiller, y lo del crítico francés, que nos aconseja no temamos atribuir a los artistas un ideal que ellos mismos no tuvieron. Y también la frase de Platón: "Los poetas dicen cosas grandes y sabias que no entienden".

III

La fábula de mi poema, como concebida que fue a los veinte años, es infantil; tan infantil como su versificación, llena de candores e ingenuidades, que hoy no escribiría, por cierto, pero que me parecen en extremo amables y dignos de indulgencia, como si lo fueran de un niño que vivió conmigo, y a quien yo quise con predilección.

Los cinco personajes del quinteto clásico, el tenor, la soprano, etc., etc., se distinguen perfectamente, me parece, en aquella fábula. Se escuchan también en ella los dúos de amor, que son de orden, según se ve, por ahora; los concertantes polífonos; los cantos guerreros o crepusculares; los coros de soldados y de salvajes, y lo demás. Pero, ¿qué se puede hacer con todo eso, que no sea muy vulgar?

Como pensara en ello, se me aparecieron, reclamando su puesto en el cuadro escénico, los otros personajes de *Tabaré:* los productores de la interna melodía que precede a la idea concreta, verdaderos cantantes; la voz del río y de la llanura, que dice France; la idea que los artistas no tuvieron, pero que debemos atribuirles, si hemos de comprenderlos como es debido. Esos personajes, que no son de carne y hueso, figuran en el poema, sin embargo, y deben encontrarse en el libreto.

Estarán en la ópera, se me dice; sonarán todos ellos; pero para eso está la orquesta, con sus riquezas de instrumentación, cuerda, metal, madera; hasta ruidos, si se quiere.

Pues bien: he ahí el problema. Yo creo que nó; que no ha de ser en la orquesta, sino en la escena

misma, donde esos personajes, el árbol, el grillo, el camalote, el lirio, la hoja seca, deben hablar. Conviene, y es preciso para explicar eso, que conozcamos algo de la generación o genealogía literaria de *Tabaré.*

IV

Bien recuerdo las influencias que obraban en mi espíritu cuando escribía mi agradecido poema. Nada me ha causado mayor alegría que el verlas descubiertas por la crítica magnánima; es esa una satisfacción parecida a la que uno experimenta cuando oye decir que se parece a su padre. Es grato, dígase lo que se quiera, ser *hijo de algo,* de padre conocido, de vieja y notoria estirpe. Maurice Barrés, que es a quien debe *Tabaré* el mayor elogio recibido, vio en él la estirpe de Dante, *l'allure du Dante,* dice; Juan Valera fue quien advirtió muy bien la influencia del barón Munch-Belinghansen, el poeta austriaco que escribía con el pseudónimo de Federico Halm; otros han creído descubrir otros parentescos. Y para que mi pequeña obra no carezca de lo que tienen las grandes, no le ha faltado un buen crítico denigrante, que se ha dado un trabajo penoso, digno del de Avellaneda, el matador literario del manco Cervantes, para demostrar que todas esas influencias no son otra cosa que plagios de tomo y lomo.

Dice Plutarco: "Se debe ir a buscar la luz al hogar ajeno; pero no demorarse mucho en él, sino encender lo más pronto posible la propia antorcha".

Todo es asunto de ver si yo me he demorado más de lo regular en las casas ajenas, cuyas puertas están abiertas de par en par para todo el mundo.

No son difíciles de percibir, por cierto, las luces que me alumbraban, al escribir *Tabaré;* las de Dante se distinguen, claras como un día de sol; las reminiscencias de Shakespeare parecen escritas en mis versos con tinta roja o azul; bien fáciles de tocar con la mano son las influencias de Homero y Esquilo, que yo deletreaba con pasión, o adivinaba en traducciones deplorables; nada digamos de las de los clásicos castellanos, las de Cervantes sobre todo, que yo me sabía de memoria. ¿Y quién, que tenga ojos, deja de ver, como las vio Valera, no sólo las de mi Gustavo Bécquer, geniecillo amable y querido, despertador de mi adolescencia poética, sino también las fortísimas de Goethe y Schiller y Ossian, que hacían resonar mi recién nacido corazón, como un escudo, con los golpes de sus verbos inauditos, y *comenzaban* a extirpar, en mi vocabulario, los adjetivos afónicos de la retórica? ¡Vaya usted a saber las flores de que la abeja forma, en su laboratorio, la miel de su vida!

Entre esas voces que me llamaron, hay una, la de Dante, que es la que ahora me viene a cuento, porque nos aclara el concepto que dejé pendiente sobre quién ha de hablar en el libreto. Me encuentro con un canto de *Tabaré,* el primero del último libro, que está sugerido, todo él, por algunos tercetos de la *Divina Comedia:* por aquellos tan conocidos del canto XIII del Infierno, en que el poeta, conducido por Virgilio, se encuentra con los condenados por suicidas. Están allí convertidos en árboles nudosos, de ramas y troncos epilépticos, en los que se posan las repugnantes arpías, de mirada humana. Se oyen voces y quejidos; pero no se ve a nadie. El Grande italiano, a indicación del latino, su maestro y guía,

rompe una rama del que cree árbol insensible, y sale sangre, y el árbol grita: ¿Por qué me lastimas? ¿No tienes instinto alguno de piedad?

...Perchè mi scerpi?
¿Non hai tu spirto di pietà alcuno?

Y volvamos, con esa impresión despertadora, al libreto de *Tabaré.* Véase si hay en el poema, que sí debe de haberlos, algunos de esos árboles dantescos, cuerpos vivos arraigados en mi tierra, que sangran, que gritan y se quejan, e increpan al que pasa. Si los hay, como es posible, esos seres atormentados, magníficos barítonos, tenores agudos, bajos profundísimos, deben verse, no sólo oirse, en el cuadro escénico de la ópera; debe vérseles hablar con *Tabaré,* como deben verse los lagartos o iguanas, y los *ñacurutús* o lechuzas enormes, con cuernos de plumas y ojos amarillos como monedas enrojecidas, y humano espíritu; y los grillos y las lagartijas; y también las cosas acurrucadas detrás de los troncos, que espían al indio fugitivo, y siguen tras él después que pasa de largo; y las hojas caminantes, secas o verdes, secas sobre todo, que lo miran y lo interrogan; y las sombras llenas de luz de luna, que se ven con toda precisión, como pueden verse los ojos de la cabeza que forma el sauce llorón que se mira en el arroyo. Yo vi todo eso. No sé si lo dije; probablemente nó. Hay también remeros extraños que tripulan el *camalote* o isla flotante, arrastrada por la corriente; y fuegos fatuos intencionados como mariposas; y otras muchas criaturas llenas de sonoridades, que sería largo de contar.

Todos esos personajes lo son del drama; lo son tanto o más que Don Gonzalo y que Blanca, y tanto

como el mismo Tabaré, su interlocutor; debe vérseles, no sólo oírseles, si se quiere transformar el poema en comedia divina. Si bien se observa, el arte, en todas sus manifestaciones, no es otra cosa que una condensación, una personificación, mejor dicho; atribuye a las cosas, al Universo, las cualidades de las personas; da a éstas la facultad de convertirse en cosas sonoras. No puede menos de ser así, desde que el arte es expresión. El hombre mismo, la mujer, trasladados de la naturaleza al arte, son sólo signos, "la victoria más bella de la naturaleza explicándose a sí misma", dice Emerson.

El que indico es, pues, el único camino por donde podría llegarse, en mi concepto, a la interpretación musical de lo verdaderamente hondo, que no sé si existe en mi poema, pero que yo tuve la ilusión de inocular, sin darme cuenta, en su frágil organismo: la de un espíritu épico que ha querido hacerse visible en sus formas infantiles; la sustitución de una raza por otra en un continente predestinado, y la oblación compasiva de la raza vencedora, para aplacar los manes de la vencida y muerta.

O mucho me equivoco, o ese pensamiento es épico. Si no lo ha realizado el poeta, no hubiera hecho poco con sugerirlo al que sabe de la otra lengua, de la en que cantan las esferas.

VI

Creo que me explico, más o menos vagamente, sobre lo que sería el libreto que yo hubiera concebido para una ópera que se llamara *Tabaré:* el libretista, como el traductor, y más que éste, tiene que ser el poeta del poeta.

El cómo y cuándo debieran aparecer y cantar los extraños personajes que denuncio, es harina de otro costal: asunto de maquinista escénico.

Yo, por mi parte, recuerdo que, en *Las Ranas* de Aristófanes, las ranas cantan esta estupenda sinfonía: "Somos amadas de las bellas musas que pulsan dulces arpas. Y de Pan, el de las patas de cabra, que se goza en que los juncos suenen la flauta. Nos ama el dios excelso de la cítara, el padre Apolo, pues hacemos crecer, en el agua turbia de nuestras charcas, la caña que es soporte de la lira. Cuando el sol fulgura, hallamos placer en saltar entre el junco y la pimpinela, y en nadar y cantar al mismo tiempo. Y cuando el padre Zeus manda la lluvia, hundidas en el fondo del estanque, confundimos nuestras voces ágiles con las burbujas hervorosas."

Todas esas maravillas (no conozco nada más bello) pueden ser dichas por la orquesta, no hay que ponerlo en duda; pero es mejor lo sean por las ranas personalmente, artistas recomendables en todo sentido, muy finas de patas, y amables de voz y de expresión.

Pero como todo eso no es fácil, antes lo juzgo dificilísimo para quien no esté al tanto de los recursos escénicos, no seré yo quien ponga mano en el libreto de *Tabaré,* así me lo pida el mismo Wagner redivivo, cuanto más un artista de carne y hueso. Con haberlo sugerido para este caso, y para otros análogos, yo he salido con mi intento, que no era otro, como se ha visto, que el de comentar la página de Anatole France que leía cuando recibí la carta de Bretón, el buen amigo y maestro.

VII

No puedo disimular el placer que me causa el pensar en que mi obra pueda seguir retoñando en emociones nuevas para nuevas generaciones; mi alegría se parece a la que debe experimentar el labrador, cuando, de noche, desde su cama, oye caer la lluvia sobre la tierra en que echó semillas; acaso la del muerto que, desde su eternidad, siente germinar, en el tiempo, la simiente de buenas inspiraciones que dejó en la vida. Porque, como dice France, cada nueva generación busca y encuentra una emoción nueva en las obras viejas; pero es sólo en las que tienen simiente viva de emoción, en las que fueron ingenuas y sinceras, así sean tan balbucientes como *Tabaré*. Esto explica la sugestión misteriosa de ciertas palabras simplicísimas, vulgares muchas veces, que, como ráfagas de viento, sale de las pronunciadas por los genios. Éstos nos describen las cosas con un adjetivo que parece incoloro; nos narran los sucesos con verbos al parecer insípidos; nos conmueven con una tontería. Uno quiere hacer otro tanto, y no da en el clavo, fracasa. Es que uno no cree, como ellos, en sí mismo.

Creer en nuestro propio pensamiento, dice Emerson; juzgar que lo que es verdad para nosotros, en nuestro propio corazón, es verdad para todos los hombres, eso es genio. Repudiamos, sin embargo, dice después, con ligereza, nuestras ideas porque son nuestras. En cada obra de genio reconocemos nuestros propios pensamientos desdeñados: vuelven a nosotros con cierta majestad prestada.

En eso, pues, en el secreto que ciertas obras tienen dentro, de origen misterioso, se distinguen las

vivas de las muertas o de artificio; no en el verso, en la frase, en la estructura. Sólo las primeras nacen, crecen y se reproducen según su especie, que es lo que se llama vivir; las otras, las de artificio, duran lo que la moda, lo que el colorete en la cara de un difunto más o menos inmóvil; se las lleva el viento, secas o podridas, en cuanto pasa la estación.

¿Cómo no había yo de decir a Bretón que sí, que hiciera, en buena hora, su ópera *Tabaré,* pues ello me permitía forjarme la ilusión de que mi obra, que ya puede considerarse vieja, acaso tiene vida dentro, puesto que persiste y engendra seres de su especie?

No deseo otra cosa, y lo tengo a gran ventura. De aquí para delante de Dios, como dice Sancho, autorizo a los músicos presentes y futuros, a hacer salir de su jaula, cuya llave dejo aquí, todas las criaturas melodiosas, pájaros y espíritus, que puedan estar encerradas en mis versos. Que salgan, y canten su himno al sol. Y que den gloria a Dios, y lleven a los hombres la paz y la alegría de las conciencias puras.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN.

